

Maestría en Criminología (UNL)

Título:

Nunca la vi llorar.

La vida de una transa entre la calle y el after-office
(2023)

Tesista: **Nahuel Roldán**

Director: **Esteban Rodríguez Alzueta**

Índice:

Prefacio

Introducción: ser transa, ser dealer

Capítulo 1: Cofradía de la Flor Solar

Capítulo 2: Nokia 1100

Capítulo 3: Freelance

Capítulo 4: After-office

Capítulo 5: Picnic

Epílogo: El tráfico callejero y el tráfico privado

Apéndice metodológico

Prefacio

De bien pibitos los veíamos ir y venir por las calles del barrio, sentarse a fumar en la plaza o charlar esperando el tren en la estación, creíamos que eran novios o algo por el estilo. La Keka era una joven que inmediatamente llamaba la atención por su belleza curvilínea, un rostro de nena, que aparentaba menos que su edad. Su media sonrisa, transformaba sus ojos, un halo de picardía la volvía aún más deseable. El Moneda era una suerte de imitación sudamericana de Mike Tyson. Robusto, con un cuello ancho y corto, pero buenazo. La Keka y el Moneda andaban siempre juntos. De él nadie sabía su nombre, le decían el Moneda, porque inmediatamente, cuando te saludaba te pedía una moneda para comprarse una cerveza. Más por costumbre que por necesidad.

“¿Qué hacen acá pendejos?”

“Ey, Moneda... ¿todo bien...?”

“¿Tienen una moneda para una fresca?”

Siempre algo de dinero le dábamos. Que el Moneda saludara y se quedara hablando un rato en la calle con el grupo, nos generaba un sentimiento de protección. El Moneda vivía con su madre y dos hermanos menores en una

casilla que había construido en un terreno tomado a seis cuadras de la casa de la Keka. Él pasaba todos los días, cerca del mediodía, caminando por el frente de mi casa para ir a lo de la Keka. Luego se quedaba todo el día en la casa de ella—a veces hasta altas horas de la noche, en especial, si era fin de semana.

Un día los perros se volvieron locos y los ladridos se entremezclaron con los gritos de la Keka. Una motito despegó arando y luego escuchamos un golpe, como una explosión. Era un sábado a la tarde y salimos a la vereda, mi madre, mi tía y yo. También salió el vecino de enfrente y la vecina de al lado. La Keka con un palo le pegaba de forma repetida a un joven que, con la cara y la remera toda ensangrentada, solo se cubría con las manos y se apoyaba en el paredón de la casa de la esquina, donde se había chocado con su moto. La Keka estaba enceguecida, retrocedía con pasos largos, gritaba “a mí no me vas a cagar, rastrero”, tomaba envión y con potencia espetaba un palazo en alguna parte del cuerpo del joven. La escena se repetía... “si te veo por acá de nuevo no la contás, rata” y ¡pum! Nadie se atrevía a intervenir. Al joven le tocaba resistir, no podía escaparse ni tampoco devolver la agresión.

Pasaron unos minutos hasta que llegó un patrullero. Se bajaron dos policías y con una extraña parsimonia se acercaron a la escena. La Keka le pegó un último palazo al joven y con el palo en la mano usándolo de puntero y señalándolo mira a los policías y les dice: “esta rata me quiso robar”. Llegó una segunda patrulla, esta vez, una camioneta. Los primeros policías se quedaron hablando con la Keka—que estaba furiosa, se mantenía parada pendulando en la punta de sus pies, gesticulaba exageradamente y apuntaba el pecho al cielo. La situación se tranquilizó un poco. Algunos vecinos volvieron a entrar en sus casas.

En ese momento pasó corriendo como un rayo el Moneda. Disminuye la velocidad y franquea caminando al joven, que estaba exhausto y cubierto de sangre, sentado—con la cabeza casi colgando entre las rodillas—en la vereda, apoyado en la pared. El Moneda lo mira fijamente como tratando de reconocerlo o quizás de recordarlo. Continúa caminando hasta donde estaba la Keka que seguía hablando con la policía, ya al otro lado de la calle. “Dónde estabas pelotudo... esa rata me quiso robar”. El Moneda no responde. Y los dos

se van caminando a la casa de la Keka. Luego, dos policías subieron la moto a la camioneta y metieron al joven en la parte de atrás de la cabina. La tarde volvió a su habitual tranquilidad de fin de semana.

Esto pasó quince años atrás de mi trabajo de campo. Mucho tiempo después, hablando con la Keka, me contó que el Moneda era una suerte de “guardaespaldas”. Ella no le decía “soldadito”, porque eso era degradarlo y no connotaba el vínculo afectivo que los unía. “Nunca garchamos con el Moneda... no iba por ahí. Fuimos amigos desde la secundaria, pegamos onda enseguida, no hablábamos mucho... pasábamos muchas horas sin decir nada. Pero estábamos casi todo el tiempo juntos”.

Un tiempo después, la policía desalojó a la familia del Moneda, destruyeron la casilla y, en ese terreno, hoy están haciendo unos dúplex lujosos. Nunca más volvimos a verlo. La Keka me dijo que se habían ido a otra provincia, y que no volvió a hablar con él. Supone que se fue ofendido porque ella no había intervenido a su favor con la policía para que no lo desalojaran. “Pero posta, posta... no sé qué le paso... Éramos amigos de toda la vida y laburamos juntos por casi diez años... hicimos mucha plata”.

A través del Chino—uno de los jóvenes que vendía y distribuía para la Keka, pero que también oficiaba de “guardia” en la casa de ella—pude contactarme con el Moneda—hicimos una videollamada de un par de horas. El porqué de su huida a otra provincia es diferente a lo que cree la Keka.

“No me fui porque nos tiraron abajo la casa... bueno, en realidad sí. Pero no es por eso que te dijo la Keka. (...) Me acuerdo que en ese tiempo ella se estaba abriendo de la policía. Había juntado buena guita y estaba buscando poder comprar en otro lado. No quería vender más para los ratis. Ya se había cargado a

un par de transas y casi no tenía competencia... Y siempre decía que para ella vender era como una 'empresa'. Quería poder meterse en negocios legales con la plata de la merca, pero necesitaba abrirse de la policía. Pero vos no podés decidir, así como así dejar de vender la merca de los ratis... no es tan fácil. La policía se entera de todo y nunca va a dejar que te independices ¿me entendés? (...) El quilombo vino ahí... los ratis no te arman causa directamente a vos. Te mandan mensajes de otra forma. A mí me levantaban los de calle [del servicio de calle] a uno de mis hermanitos cuando salía del colegio y me lo dejaban en casa al rato... esos son mensajes ¿me entendés? Unas noches antes del desalojo me cargaron a un auto sin patentes, sin nada, y me fajaron... y me dijeron que si dejábamos de vender para ellos que terminábamos en cana. A mí nunca me preocupó caer en cana, me preocupaban mis hermanos, por eso me fui. Por eso no hablé más con la Keka... ella estaba decidida en abrirse, se estaba metiendo en un bardo”.

Introducción: ser transa, ser dealer

Febrero 2019

Estábamos ahí sentados, en unas mesas de madera clara y ángulos rectos, las sillas igual de incómodas. Era la tercera y, sin saberlo en ese momento, también la última vez que iba a poder visitar a la Keka, que me esperaba siempre de buen humor y reflexiva: "Ando mejor, desde que estoy adentro que no consumo, la verdad que no me vino tan mal caer en cana". Después de esta última visita volví dos veces más a la Unidad 54, pero ella no quiso verme. La restricción de ingresos por la pandemia pero, sobre todo, una serie de malos entendidos y mala comunicación hicieron que ella no quisiera hablar más conmigo. En cierto modo sentí alivio. Y usé esta contingencia para hacer algo que uno nunca sabe cómo hacer: abandonar el trabajo de campo.

Esta última visita fue bastante extensa. Hablamos de la cárcel como un *refugio*. En el momento de la charla no le di ninguna importancia, pero luego de un tiempo, releendo las notas de aquel encuentro noté su insistencia en lo favorable que fue terminar encarcelada. "Hacía muchísimo tiempo que no lloraba. La tercera noche que estuve acá... lloré toda la noche. Al otro día tenía la cara explotada de tanto llorar. Necesitaba llorar.

No sé cómo explicarte... menos sentimientos tenés mejor te va en el negocio. Llegá un momento que te olvidás lo que es llorar. Siempre tenés que esconder lo que te pasa por adentro... tenés que hacer de cuenta que lo que pasó, vos ya sabías que iba a pasar”.

Curiosamente su condena no tenía nada que ver con la venta de drogas. Le hice un chiste, que tuve que explicar—“sos como Al Capone”. La cuestión era que en la cárcel no estaba preocupada por las represalias ni de la policía ni de la barra brava. “Me preocupan mis hijos... pero no les va a pasar nada. Con este tiempo en cana estoy saldando varias movidas. Aunque tengo un poco de guita guardada por si necesito entregar algo”. Era el Chino el que había quedado a cargo de cualquier entrega o arreglo que se tenga que hacer para proteger a los hijos de la Keka. Era de suma confianza—había ocupado el lugar del Moneda cuando este se fue. El Chino era poco ágil, con un cuerpo regordete, cara redonda y ojos achinados—casi siempre estaba bebiendo alguna gaseosa. No tenía la apariencia amenazante que tenía el Moneda. Parecía el hijo de un *rikishi*. Siempre me tuvo desconfianza. Al principio no me hablaba, prácticamente no me saludaba. Lisa y Lea, otros dos chicos más jóvenes que él, que vendían cocaína para la Keka y que pasaban mucho tiempo en su casa, se acoplaban a la actitud del Chino. Incluso frente a la Keka me ignoraban por completo.

Y siguieron sin prácticamente hablarme por cuatro o cinco meses, hasta finales del 2015 que la Keka les contó que yo, hacía un tiempo atrás, me había resistido a un intento de robo, el ladrón me había apuñalado y, aun así, “el flaco, así como lo ven, lo hizo correr al rata”. Tuve que mostrar mi cicatriz para que la historia se terminara de confirmar. “Estos pibes rastreros hay que reventarlos... no sirven para nada”—casi exclamó el Chino repentinamente un día que yo esperaba que me siga ignorando, como los anteriores. “A la Keka no le roban... porque saben que no

pueden. Pero si sos un transa cualquiera tenés que dormir con un ojo abierto. Desconfía hasta de tu sombra... no estás tranquilo nunca. Los ratas esos son faloperos y rastrosos y están en todos lados". En ese momento sentí que comenzaba mi trabajo de campo.

* * *

La primera vez que hablé con la Keka fue algo casual. Estábamos en la parada del colectivo. Era el año 2012. Y entre medio de ese movimiento pendular de la cabeza, que uno realiza cuando mira para un lado y para el otro de la calle, tratando de divisar a lo lejos la llegada del bondi, crucé miradas con la Keka, hice un gesto con la cabeza saludando y esboqué una pequeña sonrisa—"A vos te conozco desde que eras así de pibito", me dijo. Volví a sonreír y dije: "Si, somos vecinos". En ese momento no tenía en mis planes realizar ningún trabajo de investigación con ella, ni con su historia. Subimos al bondi y viajamos sin volver a cruzar ni palabras ni gestos.

Recién en el 2015 cuando ya venía realizando algunas lecturas vinculadas a la criminología, luego de otro cruce típico entre vecinos y en una corta caminata con ella desde el almacén, volviendo a casa, fue que se me ocurrió escribir algo sobre su vida. No para un trabajo de tesis. En ese momento pensé que podía escribir un artículo para una revista o jornada de investigación. Los primeros encuentros y charlas en la puerta de su casa me hicieron cambiar de idea. Pensaba que ella no iba a querer hablar conmigo. Que no iba a querer contarme de su negocio de venta de drogas. Lo que sucedió me sorprendió, aunque no fue—según otras investigaciones—en absoluto extraño: ella se convirtió en un torrente de palabras, de historias y anécdotas.

Esta es la historia de dos ciudades, de dos mujeres, de dos *formas* diferentes que adquiere el mercado de la venta de drogas ilegales. Intentaré, aunque precariamente, realizar una comparación entre lo que podemos observar como un sistema de tráfico¹ callejero, anónimo y público, y otro, de *proximidad afectiva*, íntimo y privado. Que, además, son formas de comercializar drogas en posiciones diferentes de la estructura socioeconómica. La Keka fue una *transa* que principalmente vendía en la calle, en puntos claves, que llegó a vender grandes cantidades de cocaína por mes, tener una “banda” numerosa y controlar un territorio que contenía varios barrios. Lupe, por su parte, fue una *dealer* que también vendió varios kilos de droga por mes, pero con clientes de una clase social adinerada, con una estrategia íntima y fraterna—centrada en una venta basada en la amistad—“indoor” y privada, duplicando las ganancias de la Keka.

Como sostiene Mangai Natarajan (2006: 171) “la mayor parte de las investigaciones sobre el tráfico de drogas se refieren al comercio al por menor o ‘callejero’”, un tipo de negocio centrado en el “narcomenudeo” que realizan generalmente los pobres. ¿Pero qué sucede cuando los traficantes y los consumidores no son pobres, morochos y no sufren alguna desventaja estructural evidente? ¿Se entiende el tráfico de los blancos de clase alta en términos de desviación o subcultura criminal?

En este trabajo trataré de exponer que las implicaciones, las estrategias y los riesgos en el tráfico callejero y en el tráfico privado y afectivo son bien diferentes. Los vínculos con otros sujetos e instituciones, como la policía u otros competidores, de la comunidad y de la red comercial de ventas de drogas cambia sustancialmente. La *inversión* para cultivar amistades lleva mucho tiempo y es muy costosa—esta inversión no es necesaria en ambos

¹ Utilizaré la palabra “tráfico”, no tanto por referirme a una cuestión cuantitativa—de cantidades de kilos de drogas que se venden o distribuyen—sino más bien por una cuestión cualitativa, para diferenciarla en términos económicos de otros tipos de transacciones, ventas o intercambios.

tipos de tráfico, al menos no tiene la misma forma, los mismos objetivos y el mismo costo. En este sentido, no realizar una venta pública y callejera y, por el contrario, realizar una venta “indoor”—o como la llamamos aquí de proximidad afectiva o íntima disminuye mucho los riesgos de la transacción. Trataré de señalar beneficios y desventajas de ambos tipos de tráfico.

* * *

Esta tesis se inserta en una serie de “segundos” estudios que ponen en crisis las conclusiones de un primer conjunto de literatura que consideraba a las mujeres que se vinculaban a las económicas ilegales—ya sea en el delito predatorio o en el tráfico de drogas—como subordinadas a los hombres, como víctimas y situadas en la periferia de las economías, carentes de las cualidades necesarias para el éxito. El lector distinguirá un posible cuestionamiento a esta visión de las mujeres como víctimas pasivas e impotentes, alineando esta investigación al argumento de Barbara Denton (2001: 4) de que las traficantes “no eran víctimas y ciertamente no eran santas”. Las mujeres, entonces, no están marginadas en un mundo dominado por los hombres, pueden tener éxito como traficantes y aún más, pueden utilizar sus “atributos femeninos” en su beneficio.

Con esto no queremos decir que la economía de la droga no esté controlada por los hombres (Grundetjern y Sandberg, 2012) o que el mundo del delito no se presente como un universo fuertemente masculinizado (Cozzi, 2022a, 2022b). El trabajo de Jody Miller (2001) observó como las mujeres traficantes destacaron la importancia de ser “uno más de los chicos”. Estas mujeres utilizan un conjunto particular de estrategias para tener éxito, las cuales implican en su mayoría algún tipo de “masculinidad callejera”. En este sentido, las mujeres traficantes tienen

que ser especialmente cuidadosas con su imagen en una economía de la droga que favorece mucho a los hombres.

El cambio de paradigma que sucedió en la década del 60 implicó dejar de considerar el consumo de drogas en función de la psicopatología para pasar a una visión de las drogas y sus consumidores desde los fenómenos sociales y culturales. Así es como ciertas etnografías describieron a los consumidores masculinos de heroína como sujetos responsables que ejercían una considerable capacidad de decisión en relación a su consumo y a su vida (Preble y Casey, 1969). Por supuesto, en la interesante etnografía de Preble y Casey no había mujeres. Una cuestión que vista en retrospectiva es explicada por Fraser y Valentine (2005) en función del género de los investigadores. Sostiene que la calle fue tomada por etnógrafos varones privilegiando relatos y perspectivas de sus informantes masculinos.

Los estudios han tendido a explicar el consumo de droga entre los varones como algo normativo e integrado en una cultura masculina del riesgo y la violencia, mientras que el consumo en mujeres lo explican como algo desviado y que compromete los roles de género, familiares y domésticos (Campbell, 2000). En tanto que la posibilidad de insertarse en redes de venta de drogas con relativo éxito fue dado a la mujer—para este grupo de estudios—por una condición estructural del debilitamiento de las redes callejeras dominadas por hombres (Fagan, 1994)². Fue recién al comienzo de la década del 90 que los estudiosos empiezan a prestar atención a las mujeres como participantes activas en los mercados callejeros de drogas—desempeñando funciones de liderazgo, con independencia de los hombres y experimentando fracasos y éxitos similares a los que vivían sus

² Para una crítica del funcionamiento de este “debilitamiento estructural” como facilitador para la inserción de las mujeres en los mercados de drogas, proponiendo que lo que sucedió fue un reforzamiento y reproducción de las relaciones de raza y género existentes, ver, Maher y Curtis (1992) y Miller (1995).

homólogos masculinos (Bourgois, 1989; Baskin *et al.*, 1993; Mieczkowski, 1994).

Sin dudas, la bibliografía que revisa la participación de las mujeres en la economía de la droga es reducida, en especial, en comparación con aquella que explora las hazañas y comportamientos de los varones. Aun así, los estudios cualitativos y las etnografías han aportado importantes ejemplos de experiencias vividas de las mujeres traficantes. Esta tesis pretende ser una más de estas. Aunque no ambiciona que sus “resultados” sean generalizables. Por supuesto, una revisión exhaustiva de la bibliografía existente sobre la participación de las mujeres en la economía de la droga permitiría obtener una imagen más completa—pero este no es el lugar para ese trabajo³.

³ Para un trabajo que propone una meta-síntesis cualitativa, que tiene el potencial de aumentar nuestra comprensión de la gama de roles y experiencias femeninas en la economía de la droga, ver: Maher y Hudson (2007).

Capítulo Uno: La Cofradía de la Flor Solar

Diciembre 2018

Ingresé por un pasillo y crucé unas cuantas puertas de reja hasta llegar a la sala de visitas de la cárcel de mujeres de Florencio Varela. Las prisiones siempre dan una sensación de homogeneidad en su apariencia y deterioro—siempre me cuesta recordar los colores de las paredes, siempre pienso que es el mismo en todas las cárceles. Que incluso el revoque descascarado forma siluetas igualitas.

Iba saludando cordialmente a las guardias que me iba cruzando. Hacía dos meses que la Keka estaba en la cárcel, faltaban cuatro meses para que se estableciera la cuarentena obligatoria a causa de la pandemia del covid-19 y faltaban siete meses para el juicio. Le había llevado tres paquetes de cigarrillos—aunque solo pasaron dos la requisita inicial—, un alfajor triple y un kilo de yerba mate (que terminó en una bolsa plástica ante la verificación de que no contenga drogas). Por mensaje de texto me había pedido especialmente que le llevara una foto de su hijo. Apenas ingresé a la sala de visitas retumbó un “vení flaquito, agarrá aquella silla”. Tenía su

habitual media sonrisa y apenas me senté, dijo relajada: “Hoy las pibas en la peluquería me arreglaron el nido de la cabeza”. Sonreí y coloqué sobre la mesa, como una ofrenda, los dos paquetes de cigarrillos. Antes de abrir uno de los paquetes y prender un pucho, miró rápidamente la foto, la dobló a la mitad y la guardó en el bolsillo del jean ajustado—“¿De cuándo es?”. “De hace una semana en la esquina de tu casa”. “Mirá que grande está el pendejo”. Seguimos charlando sobre su estadía en la cárcel, sobre lo que pensaba hacer cuando salga y vuelva al barrio y otras cosas.

* * *

Fines de la década de 1970

Raúl Ramírez era jefe de calle de la novena de Villaverde a fines de los setenta, una época difícil. Era un policía recto, tenía esa fama. Su personalidad y vocación de servicio le habían dado muchos enemigos, no solo en la calle, sino también dentro de la Fuerza. La transición democrática no cambió nada de su trabajo. El jefe Ramírez siguió siendo como era, y manejando la calle como la manejaba. Era un hombre de contextura grande, de pelo negro y grueso, y con un bigote ancho—un estilo que era casi generalizado en la policía y en el ejército en aquella época. Los bigotes se los dejó cuando fue ascendido a jefe de calle y ya no participaba asiduamente del patrullaje callejero nocturno—antes usaba una barba corta, que le daba un estilo más desprolijo, una especie de camuflaje.

Villaverde en aquella época no era el mismo barrio que estuvo bajo el control de la Keka. Muchos de los primeros habitantes habían llegado para comprar un terreno con el crédito del banco provincia que otorgaba con bajísimas tasas de interés el primer gobierno de “El general”. El estilo del

barrio fue configurado por esa posibilidad crediticia. Los Ramírez compraron un terrenito y construyeron una casa prefabricada de estilo “americano”—la misma que sigue en pie hoy en día, la misma que, aunque, derruida, fue en la que vivió Keka hasta “caer en cana”. Con un alambrado bajo y una puertita de reja, un frente con pasto y algunos rosales, paredes blancas. Una casa prolija, que encajaba con las otras casas iguales que se iban construyendo a los alrededores—casi siempre los vecinos quedaban con uno o dos baldíos de por medio. Casas que, con el tiempo, se fueron transformando y cambiando, marcando un ascenso económico y social en el barrio—de casas americanas con techos planos o con una pequeña caída hacia un lateral pasaron a ser *chalets* de tejas francesas o coloniales, ladrillos a la vista y rejas altas. Otras fueron derrumbadas y se construyeron casas futuristas con cemento visto. La casa de los Ramírez nunca cambió.

El jefe Ramírez era segunda generación de policías en su familia, su padre y su tío también formaban parte de la Fuerza. Aunque Raúl hizo casi toda su carrera con el padre ya retirado. La vida policial de su padre y de su tío le habían heredado algunos enemigos y por eso Raúl, en su momento, solicitó el cambio de destino. Villaverde parecía un lugar prometedor. Un terraplén que se esperaba se convirtiera en una zona residencial de clase media y media alta—las proyecciones fueron correctas. El barrio fue creciendo de acuerdo a lo que se auspiciaba.

Ramírez antes de ser jefe de calle, era un policía que patrullaba las manzanas todos los días. Era de la “vieja escuela”, conocía los nombres de todos los vecinos. Quienes eran hijos de quién, dónde vivían, a qué colegio iban y en cuál quiosco o esquina se juntaban. Un antiguo policía de proximidad—que vivía en el barrio, cuyos hijos iban al colegio del lugar y su esposa compraba en el almacén de la otra cuadra—que tenía lazos más fuertes con la comunidad que con la comisaría. El jefe Ramírez sabía que su compromiso y su rendición de cuentas era primero con los vecinos que

con sus superiores. Por eso cuando “enganchaba” a un pibe “mandándose alguna” en la plaza o en la calle, lo llevaba con sus padres y no a la comisaría. “Que te viera la policía o el director de la escuela mandándote alguna en la plaza o en la calle era como que te vieran tus viejos. La cagada a pedos que te comías por la policía nunca iba a ser contradicha por tus padres”—me decía un vecino que conoció mucho a la familia Ramírez. “Y si encima te enganchaban vestido con el uniforme del colegio o en horas escolares... el quilombo se te extendía hasta el otro día en la escuela, era así como te digo”. El sistema de reproche y castigo, la policía, lo construía junto con la familia y la escuela. Casi nunca intervenía el sistema penal.

La familia Ramírez era una familia policial. El abuelo era policía, Raúl era policía y el segundo de sus hijos decidió ser policía. El jefe Ramírez estaba casado con Nora, y con ella tenían dos hijos y una hija. El más grande hizo la colimba y se quedó en el Ejército hasta ser sargento—luego pidió la baja. El segundo—el Pepi—se hizo policía. Y antes que el jefe Ramírez muriera, compartió algunos años con su padre trabajando en la novena.

La Keka llegó a la familia en el año 1981, un día típico de primavera. De alguna forma la “trajo” María, la hija menor del matrimonio Ramírez. María tenía 17 años y solía pasar mucho tiempo en la isla Paulino. Participaba, junto con otros jóvenes de Villaverde, de forma intermitente de los jirones de la legendaria Cofradía de la Flor Solar. Algunos fiduciarios de aquella comunidad hippie y de rock psicodélico, ya venidos a menos, aún seguían haciendo sus tertulias—de drogas y alcohol—en la isla Paulino, y allí se convocaban jóvenes de clases acomodadas. Se contaban historias, convertidas en leyenda, sobre Skay y Solari o sobre Quique Gornatti y Kubero Díaz. En esos días, en esas ya no tan míticas reuniones, nació Keka. No sé cómo se llamaba su madre, pero era amiga de María—tenían más o menos la misma edad. Tampoco se sabe quién fue su padre. Lo cierto es que la madre de Keka se arrepintió de criarla justo en el hospital,

después de parirla. María y su novio fueron quienes la llevaron de urgencia, inesperadamente.

“No quiero tenerla”, dijo después de parir. María no sabía qué hacer. Entonces hizo lo que le pareció mejor: llamó a su padre. El jefe Ramírez acudió al llamado y así como llegó, a través de arreglos rápidos, se llevó a Keka. Por mucho tiempo nadie supo nada sobre la joven madre. María no volvió a ir a la isla Paulino. Keka ahora era una Ramírez, pertenecía a una familia policial—y cristiana. Años después trataría de contactar a su madre biológica.

* * *

Keka tuvo una infancia breve. En 1993 una muerte inesperada desencadenó la desintegración familiar de forma abrupta. Y aunque esa descomposición se venía prefigurando, nunca terminaba de suceder por la figura como jefe de familia de Raúl Ramírez. Aunque esa no fue la cuestión que más impacto en la vida de la Keka.

La relación de la Keka con su padrastro era un vínculo basado en el respeto y la disciplina. El jefe Ramírez no era muy demostrativo y afectuoso, el amor estaba disimulado en las acciones de cuidado y protección. La familia y la comunidad eran lo mismo para este policía, en los dos ámbitos actuaba de la misma forma.

Keka había sido bautizada, había tomado la comunión y se había confirmado. Los sacramentos cristianos fueron recibidos por un mandato familiar y no escolar: Keka hizo el primario y el secundario en una escuela pública (subsidiada) del barrio, en donde no era necesario estar bautizado para ingresar—a diferencia de otras escuelas privadas y católicas de la zona que lo requerían.

“Después de la muerte del viejo Ramírez nadie la defendía”—me dijo el padrino de confirmación de Keka, un vecino del barrio. “Nora la odiaba y la hermana andaba en otra, no le daba bola. De los hermanos mejor no te digo nada. La veían como una pibita para... bueno vos me entendés, sobre todo el que era policía”. De un día para el otro, la Keka, quedó bajo la custodia de Nora—su madrastra, aunque en la escuela decía que la señora que iba a buscarla todos los días era su abuela. Ese buen gesto, por parte de Nora, duró solo algunos meses. Al poco tiempo Keka volvía sola a su casa—y cada día volvía más tarde. “Empecé a quedarme en la plaza Rivadavia. No hacíamos nada. Estábamos tirados todo el día... hasta que se hacía de noche. Nos quedábamos ahí cuando nos rajábamos del colegio...”—me contaba, en uno de los encuentros en mi casa. Volver a su casa era una opción aburrida, pero sobre todo conflictiva. Su hermana María, que durante algún tiempo era confidente y cercana, ahora se la pasaba en la casa de su novio. El espacio hogareño era el ámbito de dominio de Nora, y para ella la Keka era su *Cenicienta*—“apenas llegaba me ponía a limpiar... era su *chepibe*”.

Por supuesto que la calle fue para la Keka un lugar de diversión y ocio, pero fue sobre todo un lugar donde escapar de la vileza y maltrato del hogar. Muy rápidamente ella se dio cuenta que la velocidad de la calle y la velocidad del hogar son bien distintas. Y tuvo que aprender y desarrollar una serie de estrategias y tácticas, armarse con un *portfolio* de habilidades y redes sociales de contención y apoyo. Pasaban, con algunos compañeros del colegio, todo el día en la plaza o en alguna esquina. Tomando cerveza y fumando cigarrillos—“de los caretas”—y también marihuana. “En aquel momento todos queríamos tener alguna historia de amor con la Keka... no sabés lo que era, una piba muy hermosa”—“Era sin dudas la más linda del curso, o de la escuela [se ríe]”, me contaban dos compañero del secundario de la Keka. Aunque ella siempre estaba interesada por los jóvenes más grandes, de los cursos que seguían al de ella. Tuvo varios novios en esa

época, pero “nada serio... disfrutaba mucho pasar tiempo con la barra. Si el flaco era muy celoso, lo mandaba a volar”.

Una tarde como cualquier otra, dos años después de la muerte de su padrastro, y con un hábito callejero ya establecido, pero con tan solo 15 años, un vecino del barrio frena con su moto en la plaza, cuando ya estaba terminando la tarde, y le dice a la Keka que se suba para llevarla a la casa— “No me acuerdo porque subí...”. Una vez arriba de la moto, después de hacer unas cuadras, el hombre cambia los planes. “De esa secuencia me acuerdo de una cosa nada más... el momento que da media vuelta la cabeza, arriba de la moto, y me dice ‘tengo que pasar a buscar algo por mi casa’”. El hombre la lleva a su casa, la hace entrar y la viola apuntándola con un arma. Le dio cinco pesos para que se tome un remise y vuelva a su casa. “Ella nunca contó nada a nadie... el tipo ya no vive acá en el barrio, no me preguntes qué le paso, porque no sé. Muchos, pero muchos años después me lo contó a mí. Yo no lo podía creer, imagínate. Desde ahí empezó a drogarse y a emborracharse, ya casi no iba al colegio, perdió el último año... fue desde ahí, estoy segura”—me cuenta, Lili, la almacenera, quien fue como una madre para la Keka.

El acontecimiento de la violación es algo que la Keka le contó a muy pocas personas. Luego hay cierto rumor del evento. Quienes lo saben a ciencia cierta concluyen que es el disparador de la drogadicción y el alcoholismo; quienes solo conocen el rumor o, ni siquiera, escucharon hablar de lo sucedido afirman que “todo se desbandó cuando murió Ramírez”—como me decía un vecino veterano de Villaverde.

Lo cierto es que, a finales de la década del noventa, la Keka comienza a vender cocaína. “Empecé a menudear, llevaba caramelitos y los vendía en la estación de tren o en algún bar a conocidos. Hacía algo de plata, y me la quedaba casi toda para mí. La merca me la daba mi hermano. Al principio me la traía ya cortada y armadas las bolsas. Después de un

tiempo, unos meses, me explicó como pesarla y hacer las bolsitas... Me estaba probando...". La cocaína le llegaba cortada con algún analgésico. La Keka le llamaba "fifti-fifti", aunque ella creía que el porcentaje de cocaína que tenía era menor al 50%. Comenzó vendiendo unos 50 gramos por mes. Todo estaba estandarizado, al principio solo vendía, y de a poco le fueron delegando tareas menores. Las que hacen los que están más abajo en la jerarquía del mercado. "Armaba las bolsitas de 1 o 3 gramos y en ese tiempo los vendía entre 80 y 100 pesos... que eran 100 dólares [se ríe]. Era carísimo por la mierda que estaba vendiendo".

Poco tiempo después, el Pepi—el hermanastro policía de la Keka—le trajo el primer kilo. Ella recuerda a la perfección ese momento. El kilo fue un pasaje de rito. Lo que para otro joven implica su primer auto, o las primeras vacaciones con amigos, o el viaje de egresados a Bariloche. Para ella, ese simbolismo estaba puesto en la venta de su primer kilo de cocaína.

Capitulo Dos: Nokia 1100

Noviembre 2018

“Quise vender en la cárcel, pero es un bardo... tenés que adornar mucha gilada”—“¿Querés vender acá adentro o desde acá adentro?”, le pregunté. “Desde acá adentro sigo vendiendo... los pibes me mantienen al tanto. Lo que es complicado es vender acá adentro, te la tiene que pasar el servicio sí o sí... y todavía no tengo el dato de nadie que esté adornado”. Se había enterado en un “rancheo”, que había unas mujeres que ingresaban drogas. “Son un grupo de mujeres que vienen a visitarte y te pasan merca o pastillas. Dicen que son familiares tuyos. Algunas incluso vienen con bebitos en brazos. Están bien organizadas... lo tienen bien pensado al negocio. Y cobran bastante caro para meter la merca. Es un buen negocio [Repite varias veces en voz baja, pensativa]”. Le digo en broma que no estará pensando en meterse en esa—“No flaquito, yo ya estoy de vuelta [se ríe]”.

Luego de una charla de casi una hora la Keka me confesó que en realidad estaba cansada de esa vida. Que quería un cambio—“Veinte años vendí merca, flaquito... estoy cansada”. Estábamos pasando el invierno del 2018,

y era la primera vez que venía a la cárcel a verla. Le había llevado una campera y una medias canchán para aguantar el frío en la celda (por un mensaje ella me había aclarado que no lleve nada de ropa oscura, porque no la dejan pasar en la requisa). “Voy a parecer Piñón Fijo con esto [bromeó]”. Le había llevado una campera verde claro y una medias rosa pálido. “Mientras no tengas frío”, le dije—“Necesito calefacción centralizada para no tener frío acá. Una de las paredes de la celda chorrea agua de la humedad que entra... No hay forma de no tener frío acá”. No supe que contestar, y después de un silencio, agregué “si necesitás algo más la próxima vez que venga te lo traigo”—“Con esto voy a andar bien flaquito. Espero que no haya una próxima vez, espero salir pronto”. En ese momento ni ella ni yo sabíamos que su estancia en la cárcel se iba a extender casi tres años más.

* * *

Enero 2000

Siete años antes de que Pedro naciera, su consumo de cocaína había empezado a disminuir a medida que aumentaba su éxito como vendedora de drogas. “Tuve años muy oscuros de mucho alcohol y drogas, pero sobre todo alcohol. Tenía la luz apagada... no sé cómo explicarte. La luz se apagaba en un lugar y se me prendía en otro lugar completamente diferente. No sabía qué hacía ahí, ni cuánto tiempo había pasado. En ese tiempo tuve a Clara y espero que ella no se acuerde de esos primeros años de su vida...”.

Me habló poco de esos años y yo tampoco le pregunté mucho. Quizás porque tenía cierta ansiedad—visto en retrospectiva—para llegar a esos otros años de los que ella me había hablado al pasar: los años de *dealer*

realmente exitosa—“yo me veo como una empresaria, soy dealer para gente de mucha guita”.

A fines de los 90, la Keka comenzó a vender la cocaína que le daba su hermanastro policía, que en ese entonces trabajaba en el servicio de calle. Comenzó vendiendo pequeñas cantidades, a algunos amigos y amigas, en las plazas o en alguna esquina, en encuentros ocasionales o juntadas cotidianas. El enganche estuvo siempre en el dinero. Al principio el Pepi le daba la droga ya “estirada” y ella solo la fraccionaba, pero no le pedía un porcentaje del dinero de la venta. Eso cambió rápidamente cuando las cantidades fueron en aumento. La Keka empezó a vender drogas con 19 años—“no sabía nada... no conocía los códigos ni las formas”. Pero el hermanastro le daba todas las indicaciones, “al principio cada 15 días me traía un poco de merca y me decía ‘vos vendé entre conocidos’”.

En el 2001 nació Clara—su primera hija. La crisis económica argentina mermó el negocio de menudeo de la Keka. Amigos que ya no compraban, que ya ni siquiera aparecían en la esquina. El padre de Clara nunca aportó mucho a su manutención. La Keka sobrevivía porque tenía su casa—no alquilaba—y porque alguna vecina la ayudaba con los alimentos y pañales de Clara. “Muchas veces salía a entregar los papeles con Clara en brazos”. En ese tiempo Lili fue un sostén importante para la Keka. Consolidaron una amistad verdadera, duradera. La ayudó a “recatarse” y a criar a su hija. “Sin Lili no hubiese llegado hasta hoy. Creo que Clara tampoco. En esa época de transa consumía mucho. A mí la merca y el alcohol mezclados me dejan tirada”.

* * *

Rápidamente, en su rol de transa, se dio cuenta de que la *apariencia* importaba mucho. Cuando ella llegaba a vender en la estación de tren y aparecía con su hijita en brazos, ese conocido de un conocido que iba a comprarle se sentía más confiado y con menos miedos. Pero a medida que fue adquiriendo cierto *portfolio callejero* se animó más. Comenzó a viajar a estaciones de tren de localidades del conurbano profundo—no solo por el ramal Constitución, sino también por el vía Temperley. A medida que sus fronteras territoriales se desdibujaban el *anonimato* se volvía la condición más característica de las ventas—prácticamente la totalidad de sus ventas las hacía a personas que no conocía. Sus ganancias aumentaban, pero también los riesgos.

El tren fue un sistema de distribución muy eficaz. La Keka empezó a vender viajando de una estación a otra. “Al principio yo estaba super paranoica... no quería vender cerca de casa por miedo a que sepan dónde vivo y vengan a robarme o cosas peores. En la estación de tren me pasaba de un lado al otro de las vías, me subía al tren y me bajaba en otra estación. Entregaba, me cruzaba y me subía a cualquier tren que venía”. Era una forma de ingresar en el territorio de otros transas y volar por debajo del radar. Entrar, vender y salir sin ser detectada. Había días que lo hacía con Clara en brazos o en el cochecito, otras veces lo hacía vestida de colegiala, con su antiguo uniforme de colegio. “Nadie sospecha que una piba vestida de jumper estuviera vendiendo droga ¿me entendés?”—me contó en una charla, entre risas, en el porchecito deteriorado de su casa. “Yo en ese tiempo tenía 22 o 23 años, pero vos me veías y parecía de 16... tenía mucha cara de nena”.

Luego de algunos años—antes del 2005—el Pepi llegó a la casa de la Keka con un kilo de cocaína pura. “Esa tarde no me la olvido más... esa cuatro-ceros valía mucha guita ¡no estaba cortada! Era una bomba”. En ese

tiempo un kilo de cocaína peruana pura—sin rebajar—costaba entre 10 y 13 mil dólares—estirada su valor se duplicaba o triplicaba.

En esos años la Keka ya era conocida en Villaverde como transa. Cuando tuvo un poco más de seguridad y confianza en sí misma, se focalizó en vender por el barrio. Al norte, se extendía una zona de clase media baja, habitada por familias obreras que no avanzaron a la par de los vecinos de la zona céntrica de Villaverde. El Percha, un transa más importante, que distribuía más cantidad que la Keka, era el que controlaba ese territorio. Hasta ese momento había prácticamente ignorado la actividad de la Keka. Por dos razones, la primera era que ella vendía poco, a veces ni siquiera vendía en el barrio, y la segunda, porque el Percha sabía que la droga que la Keka vendía se la daba la policía. Cuando el Pepi empezó a traerle más cantidad de cocaína la primera razón se diluyó y el Percha estableció una relación tensa con la Keka. “Cuando arranqué, yo rebajaba mucho la merca y la vendía barata. Entonces los pibes que antes le compraban al Percha empezaron a buscarme a mí. Yo en ese tiempo no entendía nada. Ahora que vos me hacés acordar pienso que era una loca de mierda. No sé cómo no terminé muerta en una zanja... [se ríe] bueno en realidad sé por qué no”.

La razón estaba a la vista, la *merca* era policial: “Cuando tomé conciencia lo que implicaba vender la merca de la policía, ahí empecé a creérmela. ¿Para qué me iba a ir a la loma del orto a vender? Me podían chorear o meter un tiro... cualquier cosa me podía pasar. Ahí fue cuando me di cuenta, si yo vivía en un barrio tranquilo, sin quilombos, y la poli me controlaba el territorio. Tenía que vender por la zona... era algo obvio”.

Fue a través de un acontecimiento violento que la Keka se dio cuenta que podía utilizar a la policía como fuerza de choque para expandir su territorio y eliminar a la competencia—“ese momento fue cuando pegué un salto

en la guita que hacía por semana... yo podía decidir quién vendía y quién no en la zona”.

“¿Qué pasó? ¿De qué zafaste de pedo?”

“Un día estábamos con el Moneda y con Canino [el padre de su hija] en una plaza tomando unas birras. Ya se estaba haciendo medio de noche y nos dieron ganas de pegar unas líneas. Entonces les dije que me esperaran ahí y yo iba hasta casa a buscar unos paquetitos. Estaba a un par de cuadras. Voy caminando, y cuando llego veo que me habían reventado la casa. Estaba todo revuelto y me habían robado toda la merca. Habían incluso tratado de prender fuego la casa y no pudieron. Yo apenas vi eso lo llamo al Moneda al celular. ‘Boludo me chorearon todo’. Y al toque un auto frena a las chapas en la puerta de casa, se bajan unos flacos y me cagan a piñas ahí, en la puerta de casa. Me sangraba la nariz y la boca. Y ya me estaban pateando en el piso y en eso llegan corriendo el Moneda y Canino. Los chabones se suben al auto y se rajan”.

La Keka juntaba una buena cantidad de plata por mes y se había comprado un celular y le había comprado otro al Moneda. Ese primer atisbo de proyección *corporativa* prácticamente le salvó la vida: la comunicación rápida a través del Nokia 1100 hacía que el negocio funcionara mejor. “Los pibes del Percha andaban siempre calzados... Se la daban siempre con alguna otra bandita. Saqué barato que me cagaran a palos y nada más”, recordaba la Keka. Esa misma noche le avisó al Pepi del robo y de la paliza. Al poco tiempo de dar aviso, un auto del servicio apareció, y a la madrugada del otro día la policía ya sabía que el ataque lo había pergeñado el Percha.

“A la otra semana le cae un allanamiento y los ratis le revientan la casa... se lo llevan detenido, le hacen causa y termina en cana (...) A finales de esos meses no podía estirar más la merca que tenía para seguir vendiendo. Tuve que llamar al Pepi para que me traiga más”.

A veces las entregas se las hacía el hermanastro, otras veces simplemente frenaba una patrulla o un auto sin identificación y le dejaban un paquete como si fuera una entrega del correo. El 40% de la ganancia era para la Keka y el 60% era para la policía—un porcentaje generoso que respondía a su vínculo familiar, según le había dicho varias veces el Pepi. “Yo siempre supe que ella vendía droga que le daba su hermano policía”—me decía la vecina de enfrente de la casa de la Keka. Varios vecinos sospechaban lo mismo, pero muchos no lo sabían con certeza. Esta vecina de enfrente me aseguró que varias veces vio cómo un policía salía del patrullero con un paquete, “a veces una caja de cartón, otras simplemente una bolsa de supermercado... al menos que la policía le haga la compra mensual de supermercado [se ríe]”, y lo dejaba en la casa de la Keka.

La Keka tuvo en sus inicios como transa ciertas ventajas. Ella misma supo desde el principio que ser transa era adquirir cierta *precariedad legal*—al sufrir un robo o una agresión, la posibilidad de denuncia formal era nula. Esto es algo habitual en el universo transa, pero no fue habitual para la Keka. Ella contaba con el poder policial jugando a su favor. Esta cuestión, para nada menor, le allanó el camino de su éxito como vendedora de drogas—incluso siendo mujer, en una economía ilegal que está fuertemente masculinizada.

El Percha ya no estaba, y aunque juró venganza, su territorio fue controlado rápidamente por la Keka. “En poco tiempo aprendí mucho. A pensar cómo manejar el territorio, hasta dónde llegaba y cómo cuidar las fronteras. Aprendí cómo pasarle información a la policía para cuidar mi territorio, pero también supe cómo usar la violencia en algunos casos y en

otros no. Para serte sincera... la verdad que te das cuenta que aprendiste algo cuando no tenés que reventarle la cabeza a alguien para que te respeten". La venta en esa zona la delegó a uno de los secuaces antes fiel al Percha. El Semilla era un joven alto y flaco, casi raquítrico, que se movía con movimientos lánguidos. Era muy amigo del Lechu, un ex compañero de la secundaria de la Keka. El Lechu fue el nexo para un encuentro y negociación entre el Semilla y la Keka. Ella le aseguró una venta tranquila y buenas ganancias si mantenía controlado el territorio y reportaba cualquier problema a ella a través del Lechu.

La Keka no exigía una forma de actuar especial—"Si ellos andan con fierros yo no me meto... a mí me importa que cada semana me traigan lo que venden y que cada mes me cierre en la ganancia que espero. Yo nunca tuve armas ni tampoco fui a ninguna venta calzada. No soy boluda tampoco... obvio que cuando las ventas se hicieron más importantes no iba sola, el Moneda siempre me acompaña. Él es el que mete miedo y yo hago el negocio. Un par de veces alguno se quiso pasar de vivo y lo tuve que parar al Moneda para que no se pudra todo... lo importante siempre es hacer la venta".

Ella "enfriaba" la situación cuando se ponía tensa; a pesar que el comprador era el que de alguna manera quería engañarla, y que, en la mayoría de los casos merecían una buena "cagada a palos", al priorizar el intercambio, ella simulaba estar "a favor" del cliente demostrándole que le estaba evitando una paliza o una situación violenta. Establecía estrategias sumamente efectivas para la gestión del riesgo y para la fidelización de la clientela—demostraba estar atenta a las necesidades de los clientes. Aquellos compradores que estaban al borde de ser golpeados, no se volvían a "hacer los vivos", pero seguían comprando.

El territorio seguía creciendo, de hecho, se expandió tanto que la nueva relación de tensión la tuvo con Machete—un transa extremadamente

violento que controlaba ciertas zonas de clase más baja del barrio vecino al noreste, un barrio que no era totalmente lindero, porque tenía un parque y un arroyo como una frontera natural. En un encuentro que tuve con Machete en la cárcel, me comentó—con su voz ronca de fumador, prácticamente se encendía el siguiente cigarrillo con el final del anterior: “Ella corría con el caballo del comisario”—recuerdo que en ese momento en la sala de visita pensé “sí, literalmente”. Según Machete, fue solamente el hecho de tener a su favor el poder policial lo que hizo que ella fuera exitosa, o eventualmente, que lo haya vencido en el control territorial y ocupar su lugar cuando él cayó preso. Mi trabajo de campo me reveló otros motivos: la Keka tenía una forma de ver la venta de drogas como si fuera un negocio legal, como si estuviera constituyendo una empresa—y sí, claro, también tenía el poder policial.

La disputa territorial con Machete comenzó cuando la Keka implementó una estrategia publicitaria para captar nuevos clientes. En el momento que se dio cuenta que había saturado el mercado en la zona que controlaba, ideó un sistema de *fidelización* de los clientes. “Es algo bastante común... más de lo que pensás. No lo inventé yo... creo [se ríe]”—“Pero explicame como lo organizaste”—“Era bastante sencillo... Les daba unos gramos de marihuana al Lea y al Lisa y los mandaba a las plazas, las esquinas... los lugares donde se juntan los pibes... y ellos les regalaban la marihuana a los pibes. Donde hay olor a porro y pibes cagándose de risa siempre aparece alguno preguntando dónde se puede comprar. ¿Me entendés?”.

El regalo de la marihuana era una pequeña inversión, que tenía dos objetivos: por un lado, generar fidelidad en los que ya eran clientes—al ser leales siempre recomiendan donde comprar—y, por otro, captar nuevos clientes. Los puntos donde se regalaba, generalmente, no era en el territorio propio. Las dádivas se iban adentrando en territorio de otro transa.

Hacia el año 2007 la Keka era una transa famosa, que sabía gestionar un negocio próspero *desde* una zona de clase media alta, pero teniendo compradores habituales de clase media o media baja. En ese punto la Keka ya hacía tiempo que no vendía directamente, solo se encargaba de distribuir, a veces armaba los “papeles”—aunque incluso esta actividad rara vez la realizaba—y, controlaba, los libros de las finanzas. Aun así, pocos de sus clientes eran de clase alta—“podía contarlos con los dedos de una mano”, decía. Los puntos de venta eran *callejeros*, con clientes habituales que no conocía, por lo que sus ventas se caracterizaban por ser *anónimas* y públicas, con un riesgo solo atenuado por contar con la protección policial. “Conocía a pocos compradores... siempre les preguntaba a los pibes que me cuenten a quienes les vendían y en dónde”. Había compradores que se “cuidaban” más que a otros. En charlas con el Lisa y el Chino, pero también con Jesica, surgía una distinción entre los clientes: si tenían trabajo o eran desempleados, eran referenciados como “vagos” o “laburantes”. Aquellos compradores con trabajo formal y fijo recibían habitualmente un trato más favorable, una droga de mejor calidad o un mejor precio. Mientras que aquellos sumidos en la “vagancia”, se les cobraba más caro y muchas veces se los engañaba con el peso—se les vendía cantidades menores a las acordadas. “Por la facha, los gestos... por la cara ya te das cuenta si lo podés cagar en algo”. “¿De qué te das cuenta cuando los ves?”—“Te das cuenta si saben o no saben nada de lo que están comprando. No sé cómo explicarte... por más que comprenden siempre, algunos no saben nada. Es como cuando comprás un kilo de milanesas... más o menos sabés cuantas milanesas entran en un kilo [se ríe], bueno el carnicero te las pesa adelante tuyo, pero sabés cuantas milanesas entran. Con esto es parecido, pero tenemos la ventaja que nosotros no pesamos adelante del cliente... pero algunos más o menos saben de qué tamaño es una bolsita de 3 gramos, por ejemplo. Otros no tienen ni idea”, me decía el Lisa. Los clientes con relativamente poco conocimiento del mercado

reciben ofertas más desfavorables. En definitiva, la organización social tiene que ver con la *información* y el *conocimiento*—con quién sabe qué y con cómo se utiliza ese saber para sacar provecho.

Esto tenía una lógica: el “laburante” disfrutaba de un ingreso de dinero quincenal o mensual y era un comprador habitual y recurrente. Mientras que el “vago” un mes podía tener dinero y al otro mes no, o incluso podía un mes comprar cocaína y luego cualquier otra droga a otro transa.

Sacando esta diferenciación las transacciones de drogas generalmente eran “justas”. Incluso la Keka tenía un límite moral en el producto que vendía, que se ligaba a la *calidad* del corte de la cocaína. En varias ocasiones me dijo que ella nunca vendió ni iba a vender “paco” o que a su corte de cocaína nunca le agregó “mierda”—por ejemplo, revoque de pared rayado o piedra caliza, entre otras “porquerías”. “Con mi producto no te vas a cagar encima [lo mira a Lisa y se ríen]”, por supuesto pregunté el por qué—“porque los rascas le ponen lavamisol... te deja la merca blanca y brillante, pero es para desparasitar perros”. El límite moral pretendía conseguir un equilibrio entre precio y calidad; conseguir una buena ganancia sin vender algo de “baja” calidad.

Las estrategias de comercialización y el pensamiento empresarial funcionaban y el dinero se acumulaba. El vínculo con la policía facilitaba, aún más, el trabajo, y la Keka tenía tiempo para tener una relación amorosa relativamente estable. A fines de ese año con el Coqui—según ella su “gran amor”—tuvieron a Pedro. Clara tenía 6 años cuando llegó Pedro. Y fue una pieza fundamental en la crianza de su hermano, sobre todo cuando la Keka fue encarcelada—Pedro tenía 11 años y Clara tenía 17, entre ella y la almacenera cuidaron a Pedro. El Coqui después, de casi 4 años de relación, no pudo soportar el trabajo ilegal de la Keka, y “poco a poco se fue alejando... no sé, es muy difícil tener relaciones sinceras metida en este

mundo". Aún con este final ella me repitió varias veces que él había sido "el hombre de su vida".

* * *

A pesar de que ese 40% de ganancias era mucho para ella, y que incluso le permitía pagarle un "salario" al Moneda, la Keka quería más. Sabía que su final podía ser como el del Percha o el de Machete. Tenía que poder trascender el estatus de transa, por el cual ya era respetada y conocida. Pero ella no estaba pensando en cosas materiales. No quería manejar un auto de alta gama, vivir en una mansión o tener vestimenta de marca. Lo que ella quería era dejar de ser una transa sin dejar de vender cocaína.

De hecho, su casa siempre estuvo en franco deterioro. Solo una vez la pintó y a veces estaba un poco más ordenada que otras. El césped del frente se había enlodado y la pequeña puerta de reja no cerraba sin levantarla un poco. Era una casa que había quedado suspendida en el tiempo, o quizás, que iba siendo arrasada por el paso del tiempo. Lo cierto, es que no se había convertido en un chalet con grandes portones de hierro forjado como las casas vecinas.

En el tiempo en que la visité con cierta asiduidad, siempre había vasos sucios en la mesa del comedor o algún plato con comida rápida—por ejemplo, alguna porción de pizza. Parte del techo y algunas paredes en el living comedor presentaban marcas oscuras de humedad, quizás de una vieja y activa filtración de agua. Las hornallas de la cocina sucias con resto de alimentos. A las alacenas y bajo mesadas de una fórmica laminada azulada no le cerraban bien las puertas ni los cajones. El termo y el mate siempre estaban marchando. Fui en muchas ocasiones el cebador designado, otras veces ella le ordenaba a algún joven que se encargara

del mate. En la casa se respiraba una extraña tranquilidad, como si fuera una pequeña y vieja casa de campo. Solo cuando caía la tarde—especialmente los días de fin de semana—esa tranquilidad se pausaba con el ruido de los cortes de motitos de diferente marca y cilindrada. Aun así, la Keka no incentivaba la realización de fiestas en su casa. Ella prefería un ambiente tranquilo. No permitía que el Moneda y otros jóvenes tomaran cerveza en la vereda o en la esquina, ni que pusieran música alta. La mayor parte del tiempo la pasaban en el patio trasero de la casa. Un espacio pequeño, sin césped, cubierto por unas baldosas de color beige desgastado, donde durante todo el año había abierta una sombrilla encajada en un cubo de cemento, que publicitaba una marca de cerveza, y varias sillas plegables de lona debajo de ella. La Keka se sentaba durante largas horas en ese patio—ingresaba a la cocina cuando refrescaba o comenzaba a caer el rocío.

La puerta de entrada desde el medio día estaba siempre abierta de par en par—la puerta abierta era señal que la Keka estaba en la casa, cuando ella salía y se quedaba alguno de los jóvenes, la puerta se cerraba. Las primeras veces no cruzaba el portal, simplemente me paraba afuera y daba unos golpecitos en la puerta abierta, inmediatamente se escuchaba casi un grito “pasá flaquito”—la Keka siempre estaba mateando y me ofrecía asiento al mismo tiempo que me extendía el mate espumoso y siempre a la temperatura justa. “Vos entrá directamente, no golpees, acá yo no tengo nada que esconder”—esto me lo repitió varias veces en diferentes días y la paradoja me resultaba interesante y, hasta cierto punto, enigmática: ser la jefa de un emprendimiento de venta de drogas y considerar que no tiene nada que esconder frente a un extraño que va a su casa para observar su vida y luego escribir sobre ella.

Hacía tiempo que a algunos compradores ya les había dicho donde vivía, lo cual funcionaba como una autorización para que pasaran por su casa a

comprar (en diferentes días, vi al menos cinco veces por cada día llegar autos o camionetas de alta gama, por lo que siempre supuse que la Keka les daba su dirección a los clientes más adinerados, había hacia ellos un trato más cercano y privado).

“En un momento dejé de sentir esa paranoia que sentía al principio cuando era una pibita. Me acuerdo que volvía caminando de la estación de tren con los bolsillos llenos de billetes y sentía todo el tiempo que me perseguían. Estas en una, dormís mal, mirás con sospecha a todo el mundo...”. En cierto modo, esa sensación vertiginosa que sentía cuando comenzó a vender drogas, se fue aplacando a medida que su territorio se expandió y cuando dejó de vender y ascendió en la jerarquía del negocio. “No sé cómo explicarte, pero cuando vos sentís que el lugar, que es tuyo, tiene su frontera bien lejos de tu casa..., eso te da un poco de tranquilidad ¿me entendés? No porque no puedan llegar al toque a mi casa o no sepan donde vivo, sino porque el que venga a mandarse alguna ya sabe que está caminando en mi territorio y ese mismo cagazo que sentía yo cuando sabía que estaba vendiendo en el territorio de otro ahora lo siente el que se mete en el mío”. Esto incluía, no solo a vendedores menores que quisieran hacer transacciones en el territorio de la Keka, sino que funcionaba también como gestión de la delincuencia. Los ladrones—oportunistas o rateros—en especial, en busca de drogas o de dinero para comprar drogas tenían la circulación prohibida en el territorio de la Keka; “Cuando sos transa, antes de odiar a la policía, aprendés a odiar a los ratas”.

Realmente nunca supe cuánta gente estaba al mando de la Keka. Conocí a los más cercanos. No tarde tanto en darme cuenta que su inteligencia y perspicacia la volvían una fabuladora extraordinaria. Y en repetidas ocasiones cuando yo le preguntaba sobre el tamaño de su organización me decía un número de “empleados” diferente—a veces cincuenta, otras

veinte y en momentos más reflexivos me decía “la clave en todo esto es tener gente de confianza, pocas, pero de confianza”.

La Keka conocía a todos los que trabajan con ella, varones y mujeres. El Moneda fue el único que cobraba una suma fija por mes. Los demás trabajaban por comisión: más vendían, más ganaban. Ella conocía a todos, pero tenía relación con pocos: el Chino, Lea, Lisa y las novias de estos últimos—Mirella y Jesica. También el Semilla y el Lechu paseaban de vez en cuando por su casa. Y finalmente el Panza—que era a quien había dejado gestionando el territorio de Machete—que trabajaba junto con el Trapo y el Negro (a estos últimos dos nunca los vi, solo los escuché nombrar). “Yo sé que con Lea hay dos pibes que venden para él, pero laburan por la droga, Lea no les paga nada...”. Esto, según me explicó la Keka, es bastante común: muchos jóvenes participan del negocio solo para conseguir drogas para su consumo personal.

* * *

Ella tenía pensamiento empresarial: hablaba de su actividad como “la empresa”, las personas que la acompañaban eran “empleados” a los que le pagaba un “salario” o “trabajaban por comisión” y estaba preocupada por “escalar” el negocio. Cuando un joven recibía droga y no pagaba, pero pedía unos días para entregar el dinero, ella se refería a la situación como “abrir una línea de crédito”. Estaba todo el tiempo enfocada en no cometer los mismos errores que sus competidores y nunca confiarse por “correr con el caballo del comisario”.

Esta forma *empresarial* de ver el negocio del tráfico de drogas le permitió darse cuenta de que, si bien vender cocaína para la policía le daba cierta protección vinculada al sistema de represalias contra otros que quisieran

aprovecharse de su *precariedad legal*, había otras cuestiones que se presentaban como un obstáculo. Necesitaba una mayor inserción en la vida legal, que le funcionara para mantener las apariencias. Esto no resultaba tan fácil. Lo único que conocía y sabía hacer era vender drogas y, por otro lado, no quería dejar de hacerlo. Todo su tiempo había estado dedicado a aprender y obtener un *portfolio callejero*, nunca había trabajado de nada más. ¿Cómo iba a lograr conseguir un trabajo formal? ¿Cómo tenía que hablar? ¿Qué formas de vestir, de moverse, de pararse, de gesticular eran las correctas para vincularse con las personas que habitaban ese mundo legal?

Capítulo Tres: Freelance

Septiembre 2018

Clara nunca llevó amigas o amigos a su casa. En alguna charla, Clara me comentó que le daba vergüenza el estado de la casa. Iba a un colegio católico privado de la zona. Lili había conseguido que la escuela aceptará a Clara. Sus compañeros y amigos del colegio eran de un nivel socioeconómico relativamente alto. Su mejor amiga era la hija de un reconocido juez de la ciudad.

El círculo de pertenencia era de alto nivel económico y—como me decía Clara—“mis amigas ya piensan qué carrera van a seguir en la universidad. Algunas quieren hacer lo que hacen los padres. Yo en esas conversaciones me quedo callada... a veces invento que quiero estudiar algo, pero en realidad no sé qué me gusta”. Una diferencia reconocida entre los jóvenes de clases bajas y clases altas es la longitud temporal de la proyección del futuro de su vida que pueden realizar y permitirse. Ciertas comodidades económicas permiten pensar el futuro a más largo plazo. Incluso esta posibilidad es una de las causas más comunes en el desistimiento de la delincuencia.

Aun con este futuro mejor, que la Keka estaba tratando de darle a su hija, era muy estricta con Clara mientras iba llegando a la adolescencia—le controlaba la junta de amigos y los tiempos en la calle. “Ella tiene que estudiar y nada más.

Yo me puedo encargar que no le falte nada... nunca quise que tenga la infancia chota que tuve yo". Clara tenía horarios estrictos para volver del colegio y para permanecer en la plaza. El Moneda y otros amigos de la Keka que "pasaban el rato" en su casa, varias horas por día, funcionaban como controladores de las actividades callejeras de Clara y como intimidadores de sus amigos. "Si la engancho fumando un porro la cago a patadas en el culo. Mi vida ya es así... yo ya tengo que vivir con mis quilombos, pero ella no" —sentenciaba la Keka.

Este control y disciplina se desdibujó un poco cuando la Keka fue encarcelada. Ella nunca dejó que sus hijos fueran a visitarla mientras estuvo presa. Aunque siempre estuvo "en contacto", a través de las visitas de Lili y las mías se mantenía al tanto de la vida en el barrio. Durante un periodo de casi seis meses siguió controlando la venta de drogas desde la cárcel. Cuando Lisa y Lea fueron detenidos por la policía ella le ordenó al Chino que deje de vender. "No se puede manejar nada desde la cárcel... tenés que mover mucha plata. Mucha más plata que la que hago yo. Y mirá que yo hago mucha guita. Hay que adornar a muchos muñecos. (...) Y las personas poderosas a las que le vendías ¿vos pensás que te van a ayudar? Una vez que estás en cana no te contestan más los mensajes".

La orden al Chino fue que deje de vender y cuide a sus hijos. Los recursos que la Keka guardaba eran exclusivamente para mantener a salvo a los hijos. Los cuidados habituales: la comida, la vestimenta, el colegio estaban cubiertos por Lili. Los cuidados de los que se hacía cargo el Chino eran otros. Estaban vinculados a posibles represalias o "ajustes de cuenta".

* * *

Noviembre 2007

Cuando el territorio se triplicó y las ventas crecieron exponencialmente "la empresa" contrató nuevos trabajadores. Comenzaban los últimos años en los que la Keka iba a vender la cocaína de la policía. Se sumaron al negocio Lisa y

Lea, amigos más jóvenes del Chino. Este último hacía más de tres años que estaba trabajando con la Keka. Lo había traído el Moneda en el 2007, era hermano de una exnovia.

Dos años después el Moneda iba a abandonar el barrio y su lugar de “miembro de más confianza” lo iba a ocupar el Chino. Tenía 21 años cuando llegó a la empresa de la Keka. Era un joven que venía de una familia acomodada de Villaverde. Su padre tenía una empresa de contratación y alquiler de máquinas de construcción. El Chino había ido a un colegio bilingüe y abandonado la Universidad donde estudiaba administración de empresas. “No soy un rebelde que hace esto para ir en contra de mi viejo ni nada de eso. Que se yo, acá me siento respetado. El Moneda es más que un amigo. Cuando fue novio de mi hermana era mi familia. Él se paraba de manos cuando unos giles del barrio me pirañaban guita y un par de veces me robaron el celular. La Keka me respeta y nos paga bien. Somos una familia, nos cuidamos. Además el trabajo me gusta... aprendo más acá que administrando la empresa de mi viejo”.

La Keka se dio cuenta inmediatamente del potencial que tenía incorporar al Chino a su “empresa”. El Chino ordenó las cuentas. Inició unos cuadernos escolares de tapa dura donde anotaba las transacciones, el porcentaje de pureza, los gramos y el dinero. Quién lo vendía, en dónde, y cuándo se registraba la entrega del dinero. En otra columna anotaba los gastos, los “salarios” y las “comisiones”. La Keka revisaba los libros y le pedía al Chino que le explique cómo registraba las transacciones. “Para que te vaya bien tenés que saber hacer todo... desde la venta más chiquita hasta la entrega más grande. Y saber qué pasa en cada lugar y en cada momento. Quién te está ventajeando o a quién hay que mandarle un mensaje, ¿me entendés?” —me decía la Keka.

El Chino llevaba las finanzas y fue el encargado de eso hasta que la Keka dejó el negocio. Los números ordenados hicieron que el dinero se acumulara más que antes. El incremento del dinero era una señal de prosperidad. Y a la Keka le seguía preocupando solo una cosa: independizarse de la policía. No podía dejar que la policía supiera que ella estaba “ahorrando” dinero. Cuando el Pepi—que había ascendido a Jefe de calle—le preguntaba sobre las ganancias, ella

respondía que se le iba casi todo en “pagarle a los pibes”. Que la distribución en un territorio tan grande le costaba mucho.

Era lo único que en ese entonces la ponía un poco paranoica: que la policía supiera que estaba acumulando dinero. Sospechaba que si la policía se enteraba podía simular un robo de otro transa y “reventarle la casa”. Un modus operandi que, fanfarroneando le había contado el Pepi, la policía utilizaba para sacarle todo el dinero a transas que vendían para ellos, sin que estos se rebelarán y no quieran vender más su cocaína.

* * *

El paso a la “legalidad” no fue nada fácil. La novia de Lea fue quien le tendió el puente a la Keka para conseguir un trabajo en una tienda de venta de ropa y carteras que estaba en la calle céntrica de Villaverde. Era un comercio de una marca de vestimenta e indumentaria muy reconocida, que apuntaba a tener clientes adinerados. “Estaba recontra nerviosa el día que fui a la entrevista” — me contaba mientras tomábamos unas cervezas en mi casa. “Tuve que comprar una buena pilcha para no desentonar. Me acuerdo que el Chino casi no me reconoció cuando me vio que salía de casa. Me había pintado un poco los labios y me había puesto tacos (...) tuve que ir en remise porque no sabía caminar con esos zancos”.

La Keka consiguió el trabajo. Su aspecto físico, acompañado de su capacidad para encajar y utilizar un vocabulario formal y elegante, hicieron que la dueña del comercio prácticamente no dudará en contratarla.

Ese abril de 2011 fue el mes de su primer trabajo formal y “legal”. Obtuvo una cuenta bancaria, aportes jubilatorios y obra social. Pero sobre todo obtuvo una excusa para independizarse de la policía. Habló con su hermanastro y le dijo que iba a vender dos meses más y que por sus hijos y para mejorar su vida, no quería estar más metida en el negocio. El Pepi no dudó y aceptó que la Keka le pidiera una salida. “Como vos quieras, pero no vas a durar nada con ese sueldo

miseria que te van a pagar’, me dijo despreciándome, creo que estaba seguro que yo iba a suplicarle volver a vender”. Lo que el Pepi no sabía es que la Keka había juntado mucha plata y con ayuda del Chino había calculado que podía vivir casi un año sin vender drogas. En ese tiempo iba a poner en marcha un plan que venía tanteando hacía un tiempo: necesitaba otro proveedor que le diera la droga.

La Keka es fanática hinchada de un club local que juega en la primera del fútbol argentino. Siempre que jugaban de local iba a la cancha y cuando podía también lo hacía de visitante. Dos años antes la Keka había recibido una oferta por parte de uno de los capos de la barra brava del club. Ella ya era conocida por los transas de otras localidades y, por supuesto, también era bien conocida por la barra brava. Nunca les vendió, la Keka sabía que el territorio más al sur de Villaverde lo controlaba la barra brava. Ellos distribuían y vendían.

“¿Es un territorio que quiere manejar la policía?” —le pregunté.

“La verdad que no lo sé. A veces pienso que si la policía lo quiere lo consigue (...) Igual la policía siempre recibe algo. No importa quién venda. De la cometa azul no zafás”.

La oferta del barra brava venía cargada de un claro interés sexual. La Keka lo sabía y por esa razón—entre otras—la había rechazado en otras ocasiones. Pero cuando el trabajo legal y la posibilidad de independizarse de la policía se hicieron realidad, averiguó si la oferta seguía sobre la mesa. Rápidamente le llegó el mensaje de que seguía disponible. La oferta *completa*. Tenía que aceptar una “cita” con quien—ella ya sabía—era el segundo al mando de la barra brava. “Empecé a recibir la merca de ellos. Y sí, tuve que aceptar tener sexo con el chabón. Varias veces. Tuvimos una relación... o algo así. En la cancha todos pensaban que era la novia. Yo no negaba nada... A mi me servía”.

Mientras su placard crecía en ropa “cheta” y seguía manteniendo su trabajo en el comercio de ropa, se le presentó un nuevo dilema: no podía volver a vender cocaína en el territorio que seguía siendo de la policía y que antes gestionaba

ella. “Si volvía a vender a la misma clientela que tenía antes me estaba regalando ¿Cuánto podía tardar en caer en cana?”. Tenía que encontrar otros clientes y otro territorio. Su situación era atípica, lo más habitual para los traficantes es conseguir proveedores de droga y no clientes.

* * *

Con el pasar de los meses la Keka se hizo muy amiga de Elisa—su compañera de trabajo—y de Helena—la dueña de la tienda. Helena era una emprendedora exitosa del mundo de la moda. Casada con un ministro de la provincia de Buenos Aires. Participaba en eventos, desfiles y fiestas de la alta sociedad porteña. Tenía una casa grande y lujosa en un country hacia el sureste de la casa de la Keka. Un barrio cerrado donde tenía como vecinos a otros funcionarios provinciales.

Los esquemas de interacción cambiaron muy rápidamente. La Keka tuvo que dejar de ser la Keka. Mucho del *portfolio callejero* que durante más de diez años había acumulado no le servía en esta nueva etapa de su vida. Comenzó a usar su segundo nombre en la tienda y con sus nuevos amigos. “Cuando me llamaron por mi primer nombre enseguida les dije que todos me llamaban por mi segundo nombre... no era verdad, pero sentía que mi primer nombre ya estaba quemado. Así que me empezaron a decir Lupe”⁴. Lupe era su nuevo yo, un personaje que funcionaba como su alter ego.

Siempre me sorprendió la capacidad que tenía para cambiar su tono de voz y la incorporación o no en su discurso de palabras que le daban una fuerte personalidad en un código callejero, y cuando hablábamos en mi casa privadamente tener charlas fluidas sin ningún “berretín”, con palabras pomposas y elegantes. Por lo cual ese *switch* entre la Keka y Lupe, entre la *transa* y la *dealer* no fue un problema para ella. Su infancia y su adolescencia

⁴ El sobrenombre verdadero de la Keka es un diminutivo de su primer nombre y fue el que usó durante toda la primera etapa del negocio de ventas de drogas. A partir de este momento ella comenzó a usar su segundo nombre que, por razones obvias, también lo he modificado.

fue pendular entre lo popular y lo “concheto”. No tenía un resentimiento de clase. Se insertó en una estructura de sentimientos casi ajena, pero en la cual nunca fue una extraña—los demás rápidamente la veían como una más.

Después de participar en algunas fiestas comenzó a consolidar un nuevo grupo de amistades. Lupe, Elisa y Antonia se volvieron inseparables. Con Elisa trabajaba en la tienda, y después de cumplir el horario laboral pasaban el fin de semana en casa de Antonia, haciendo previas y viajando a Capital a diferentes boliches. Lupe tardó un poco en poner sobre la mesa, junto al vodka y el champagne, algún papel de cocaína. Pero cuando lo hizo fue bien recibido por sus nuevas amigas. “Me lookeaba con la ropa del trabajo, a veces la usaba y después la devolvía, otras veces la compraba con descuento. Helena no tenía problemas... Y si no me prestaba algo Elisa que tenía una cantidad increíble de pilcha”. Elisa era la única que conocía la historia completa de Lupe—“Nos contábamos todo, yo sabía cosas de ella también”.

El tiempo transcurría y cada vez sus experiencias se iban alejando más y más de la Keka. Le llevó alrededor de seis meses conseguir nuevos clientes. Pero no solo cambiaron los clientes, sino también el territorio. Ya no era la calle, las esquinas o las plazas, ahora su geografía eran departamentos lujosos, autos de alta gama o boliches glamorosos. Un pasaje de lo público a lo privado, que no solo implicaba mayor intimidad y confianza, sino también la disminución de los riesgos.

Ella sabía que no podía invitar a sus nuevas amigas a su casa en Villaverde—quizás en ese momento comprendió a su hija. Clara, no solo no invitaba a sus amigas a su casa, sino que prefería estar la mayor cantidad de tiempo en la casa de alguna amiga. Pedro, por su parte, se crío prácticamente con los hijos de Lili, tres varones que se parecían más a su padre que a ella. Un hombre grandote, de piel muy blanca y rosácea, con narices y pómulos redondeados y cabello lacio y fino—sus hijos eran clones más jóvenes.

Ni para Lupe, ni para Clara, el problema era el barrio—que para ese momento ya era considerado un barrio “cheto”—sino que era el estado de su casa. Lupe no tenía una solución fácil y rápida. No podía hacer un cambio drástico de la

vieja y deteriorada casita—no quería llamar la atención de la policía—pero tampoco podía tener un negocio próspero sin una vivienda adecuada. Después de casi un año sin vender la droga policial, no había recibido ningún mensaje de su hermanastro. Entonces tuvo una idea: “Yo prefiero no tener nada a mi nombre... no me preguntes porqué. Supongo que hay algo de persecuta. Algo en el fondo me dice que no puedo... a pesar de tener un trabajo legal, yo quiero seguir vendiendo, es lo que mejor me sale. Lo que realmente sé hacer”.

Lupe quería alquilar un departamento en la ciudad, a unos quince kilómetros de Villaverde. Así que le pidió a Elisa que ella firmará el contrato de alquiler. Fui muchas veces a ese medio sexto piso amueblado. Un departamento enorme, lujoso—pero que nunca fue su hogar. Servía para mantener las apariencias. Se volvió el lugar donde concretaba la mayor cantidad de transacciones. Con lo que vendía la primera semana de cada mes pagaba el alquiler. Todo lo demás eran ganancias.

Con un trabajo y un departamento, la nueva vida estaba casi completa. Durante la semana estaba en su casa de Villaverde (o en la de Elisa), y cuando llegaba el fin de semana la pasaba en el departamento de la ciudad. Primero eran reuniones de una centena de personas, vendía a amigos de amigos, a conocidos de amigos. El intercambio económico venía cargado de un sentido social—el *anonimato* ya no era una característica de sus transacciones. De a poco en las fiestas privadas y en los vips de ciertos boliches empezó a ser conocida en su rol de *dealer*.

El Chino compartió esta nueva vida y acompañó a Lupe en sus nuevas experiencias. Era el que se encargaba de comprar el alcohol y la comida cuando Lupe organizaba esas pequeñas e incipientes reuniones. Él encajaba perfectamente en este grupo de jóvenes adinerados. Tenía vocabulario universitario y apariencia de “chico bien”. Su padre era un reconocido empresario y tenía el dinero suficiente para seguir el ritmo de gastos. Por su parte, Lea y Lisa, quedaron un poco relegados. Vendían pequeñas cantidades de drogas, pero ya no juntaban la misma cantidad de dinero que años atrás. A veces el Chino, que era el que—en esta nueva etapa—cortaba, pesaba y

empaquetaba la cocaína para Lupe, los llamaba para que lo ayuden y les pagaba unos pesos.

“Con Jesi estamos cultivando marihuana en el jardín de su casa. Tenemos seis plantas grandes. Nos guardamos nuestras propias semillas. Y estamos vendiendo un frasco de mermelada de cogollos a cinco mil pesos”, me decía Lisa con su forma de hablar pausada, casi santiagueña. Con ese emprendimiento, Lisa y Jessica, cubrían ciertos gastos y se daban uno que otro gustito. Ellos convivían en la casa de la madre de Jessica. Una mujer de unos 67 años, que había sido madre después de los 40 años. Era docente jubilada, que incluso había llegado a ser directora de escuela. Ahora pasaba sus días, la mayor cantidad de tiempo acostada en su cama, mirando televisión. Jessica sabía que Lisa era un mujeriego reconocido en el barrio, y por eso lo había invitado a vivir con ella y su madre—de esta forma podía controlarlo con cierta eficacia. La casa de Jessica era lo suficientemente grande para que todos vivieran juntos sin molestarse. El Lisa no tenía trabajo, y su excusa para no buscarlo era que no tenía un título universitario—“hoy en día el secundario no te sirve para nada”, decía. Trabajar con la Keka, en su momento, era su ideal de trabajo. Ahora cuidaba las plantas de marihuana, jugaba a los videojuegos en la PlayStation y, de vez en cuando, pasaba el rato en la casa de Lea.

Jesi trabaja como preceptora en un colegio del barrio—un trabajo que le había conseguido su madre. Ella mantenía los gastos de la pareja. A la Keka—para ellos seguía siendo la Keka—la veían cada vez menos. Extrañaban los mates y las cervezas en la casa de ella—incluso más que las grandes ganancias. Cuando se encontraban con ella, siempre les dejaba algunas bolsitas de unos diez gramos. Ellos la rebajaban un poco, armaban paquetes de 1 y 3 gramos, y los vendían.

Lupe estaba cada vez menos disponible para su antigua “junta”. Cuando estaba en Villaverde, pasaba poco tiempo en su casa. Sentía que ya no le gustaba su “rancho”. Le molestaba la suciedad y la decadencia, las paredes descascaradas y el olor a humedad. Lupe empezó a vivir como un problema a la Keka, le pesaba el mundo de la Keka. La gota que caía constantemente de la canilla de la cocina. Prefería escaparse a la casa de Elisa a tomar Martini o Gin-tonic y “darse un

toque”. “Ese tipo de vida es muy seductora. Es un viaje de ida. Es la buena vida ¿me entendés? Tomás buen alcohol, comés buena comida... hasta la resaca del otro día es distinta”.

Elisa vivía en un barrio cerrado a las afueras de Villaverde. Hija de un magnate de joyas. Aunque su padre había muerto a mediados de la década del 90 y tuvo que soportar la custodia legal de su tío sobre ella y su fortuna. El tío entre malas inversiones y gastos estafalarios dilapidó casi la mitad de su herencia, así y todo, cuando fue mayor de edad recibió el control total de una cantidad de bienes y dinero que le permitía vivir sin trabajar con sus ingresos pasivos.

Elisa trabajaba para matar el aburrimiento. En una charla con ella me contó: “acá en casa me mata el embole. Vivo sola, y esta casa es gigante para mi sola. Creo que yo no hubiese comprado esta casa nunca, en este country... la gente acá es aburrida. Es una casa que tenía mi papá y bueno, me mudé acá. Es tranquilo y lindo, pero aburrido. No conozco a nadie de mi edad acá... Encerrada acá no hubiese conocido a mi *sis* [Lupe]”. “¿Se volvieron muy amigas?” — “Pegamos onda enseguida en el trabajo... yo sé toda la historia de Lupe [me lanza una mirada de picardía]. Bueno no te tengo que contar nada a vos. Yo la estoy ayudando ahora que es *freelancer* [se ríe]”.

* * *

El corte de la cocaína cambió. La barra brava no le entregaba peruana, le daba colombiana. “La merca colombiana es más cara, es mejor... tiene un color medio azulado y rosado... como un terciopelo”, me comentaba el Chino, mientras frotaba los dedos de una misma mano como sintiendo un terciopelo; Lupe que estaba escuchando la conversación desde la cocina, se ríe y dijo en voz alta y grave: “¡un terciopelo!”. Cuando vendía la cocaína peruana la rebaja hasta un 40 o 50%, es decir, la estiraba al doble de cantidad con analgésicos— paracetamol, sobre todo. En esta nueva etapa a la colombiana la rebajaba sólo en un 20%, es decir, el 80% era cocaína y lo otro era cafeína o piracetam. “¿Por qué usas eso para cortarla?” — “Porque alarga el efecto del subidón... una línea

te estimula mucho más. Tardás un toque más en bajar. Un analgésico es más barato, pero menos efectivo. Si vendés algo de calidad lo cobrás más caro y los clientes se vuelven recurrentes a parte que te recomiendan a otros. La marca de Lupe es como una marca de calidad”, me decía con cierto orgullo.

A pesar que ella hacía referencia a la calidad de su producto vinculado directamente con su prestigio como dealer, lo que se podía leer entre líneas, era que la nueva clientela tenía un conocimiento más formado de la droga que compraba y consumía. Lupe sabía que no podía vender una cocaína cortada en un 50%. Ella sostenía que rebajaba menos el producto pero que lo cobraba más caro. Aunque, hasta el observador más distraído, podía darse cuenta que esta clientela adinerada y con más conocimientos de la droga que compraba recibía un trato más favorable que la clientela de clase baja.

El negocio había cambiado su característica principal: del *anonimato* hacia la *amistad*. El hincapié en la calidad del producto respondía, también, a que estaba vendiendo a gente que, de a poco, se iba convirtiendo en su grupo de pertenencia: amigos y conocidos de amigos. Tenía con sus clientes reuniones, fiestas y distintos tipos de encuentros. Intercambiaba historias y brindis. Vender un producto de calidad era importante. Antes, cuando su distribución y venta era callejera, tenía pocos clientes que conocía realmente; o que, a la inversa, la conocían a ella. De la gran mayoría no conocía sus historias ni sus nombres; y la gran mayoría no sabía que ella era la proveedora y distribuidora de la droga. En el tráfico callejero lo que importa más es el sentido económico del intercambio; en el tráfico más íntimo y privado se combina la finalidad económica con un fuerte sentido social.

En el tráfico callejero, la Keka, ocupaba un lugar jerárquico en el “organigrama empresarial”: era distribuidora. Los últimos años, no vendía en forma directa, tampoco “pateaba la calle” ni pasaba horas en esquinas y plazas. En su función de gerenta se ocupaba de controlar y gestionar el trabajo de sus “empleados”. Al transformarse en Lupe volvió a la venta directa—aunque ella no lo consideraba un descenso en la jerarquía empresarial. Los cambios en los tipos de tráfico eran tan notables que, de algún modo, le exigió repensar completamente su estructura empresarial y de emprendedurismo. Cambió el

proveedor, el territorio, cambiaron los clientes, cambió el producto y las formas de utilización de la violencia. Pero sobre todo cambiaron los riesgos y las ganancias.

El *portfolio* empresarial, era diferente al callejero. “Cuando empecé a darme cuenta que no podía utilizar las formas que usaba en la calle...”, me decía una noche que estábamos solos, comiendo sushi y tomando vino tinto, en su departamento.

“¿Te referís al menudeo?”

“[se ríe] ¿Al qué?”

“Al narcomenudeo”, contesto con un poco de vergüenza.

“[larga una carcajada] ¿Al narco-qué?”

Me quedo en silencio y ella se tentó; le encantaba ridiculizarme, se reía a carcajadas.

“Te estoy jodiendo... no me refería a eso. En realidad, lo que cambió fue la forma de interpretar a la gente... me costaba sacarle la ficha, entender los chistes, las ironías, las miradas de complicidad... esas cosas”.

Capítulo Cuatro: Afteroffice

Marzo 2018

“Me mandan a la 54 de Florencio Varela”—me envió un mensaje la que a partir de los acontecimientos que se sucederían desde ese momento, volvería a ser (para mí y para el resto) la Keka. Lo que sabía de ella era que iba a pasar una tarde en la costanera con Pedro—su hijo de 11 años. Después de estar dos días en una comisaría la trasladaron a la Unidad Femenina N° 54 de Florencio Varela. “Los ratis me mejicanearon... porque me estaba yendo bien y no quería volver a vender para ellos. Me mandaron a estos dos muñecos y yo pisé el palito”. Por supuesto, le envió mensaje a su hermanastro, también le escribió a Elisa y a Tato. Ninguno respondió.

Hay dos versiones de lo que pasó. Los acontecimientos descritos en el expediente judicial y los que me contó la Keka. La versión del denunciante es de lo más simple—el expediente judicial, resumidamente, dice algo así: los dos hombres se acercaron a ella para venderle algo, estaba drogada o borracha, los agredió. Le dio un puntazo a uno de ellos. El expediente se titula: tentativa de homicidio.

* * *

Enero 2016

Los hermanos Campos eran los más adinerados del grupo. Su familia tenía una larga tradición militar y empresarial en Argentina. Poseían grandes extensiones de campos y empresas de varios rubros. En el sector vinícola, yerbatero y energético. Los hermanos manejaban las empresas familiares. Tato era el mayor, cuando lo conocí tenía 40 años; mientras que Jordan era el menor, en ese momento tenía 34 años. A Jordan lo vi sólo dos veces, intercambiamos algunas palabras—nunca estaba en el país, viajaba mucho. De los dos era el más inteligente, “una mente brillante de las finanzas”, según su hermano mayor. “Jordan” era un sobrenombre—“le empezaron a decir así unos amigos... por el personaje que hace DiCaprio en *The Wolf of Wall Street* [se ríe]. Es un calco de Jordan Belfort... vive de reviente por cualquier parte del mundo. Pero cuando está en la empresa te hace un *profit* enorme con los ojos cerrados”.

Tato se desempeñaba como CFO de todas las empresas alimenticias y Jordan gestionaba especialmente aquellas del sector energético. Los dos eran licenciados en economía—casi como una tradición familiar—, por su parte Tato tenía una especialización en una Universidad estadounidense en “Costos para la Gestión Empresarial”, mientras que Jordan tenía inconcluso un doctorado en economía. Tato no se perdía ninguna fiesta. Era íntimo amigo de Antonia y estuvo en todas las fiestas que Lupe hizo en su departamento. Se decía que el padre de los hermanos Campos había salvado la empresa de la familia de Antonia, dándole una línea de crédito generosa con muy bajos intereses. Desde allí las familias compartían eventos especiales y almuerzos en algún club de campo exclusivo. Los hermanos eran de los compradores más importante que tenía Lupe.

A lo largo del 2017 estuve en más de 30 reuniones y fiestas en el departamento de Lupe. Y viajamos a Capital casi todos los miércoles al *afteroffice* de Asia de Cuba, uno de los boliches más glamorosos de la ciudad. Y, al poco tiempo, de ese mismo año, otras cuantas veces el *afteroffice* se repetía los jueves en Rose in Rio o en Opera Town.

Como le pasó a Lupe, me tuve que adaptar a un vocabulario diferente y un modo de sociabilidad particular que tiene el *jet set* de la ciudad. Las fiestas son *afteroffice*, *afterparty*, *welcome party*, *glow color party*, *Halloween*. La música es *house*, *minimal*, *funny music*, *dudstep*, *trance* o *uplifting trance*. Los boliches y los bares se nombran como *rooftop* o *skyline*, espacios *outdoors*, *hidden bars* o *speakeasy*. Se aclara si hay *happy hour*, *hype* o coctelería *tiki*, o si el *biergarten* tiene variedad de *draft beer*. Cada lugar tiene su *dress code* y aquellos sitios que tienen el monopolio de la estetización nocturna ofrecen *appetizers*. Siempre que se elige un bar o boliche para ir se hace referencia a algún DJ, bartender o cheff famoso—nacionales o internacionales.

La coctelería y las drogas son parte fundamental en estas fiestas—antes, durante y después del boliche. Pero la fiesta no es solo fiesta, es un modo de sociabilidad compleja. Durante la fiesta se juegan otras cosas, se hacen negocios—se organizan reuniones de trabajo y se proyectan inversiones. Se hacen circular rumores empresariales, subidas y bajadas de acciones. Posibilidades de inversiones en *short* o en *long*. El estímulo a través de las drogas—en especial de la cocaína—es una forma de poder trabajar más tiempo y con más concentración. El capital social es precedente al capital económico—pero el uno fortalece al otro. “La finalidad del consumo es bien distinta... estos están haciendo guita todo el tiempo. Incluso cuando se drogan o están de fiesta”, me decía Lupe.

“Hay un flaco que hace tiempo que no veo... se llamaba Antony. Era el que conseguía siempre la droga... era el dealer del grupo. Andaba siempre en

Niceto Club, vivía por ahí, por Palermo. Vendía buena cocaína. Pero de un día para el otro no lo vimos más. La última vez que lo vi fue en una fiesta de piso compartido en Puerto Madero. Nunca supimos para quien vendía”, me contaba Tato. Me estaba explicando que la llegada de Lupe, por azar o casualidad, fue en un buen momento. El grupo no tenía un dealer conocido y estable que abasteciera de cocaína. Cuanto más inserto está el dealer en el grupo tanto mejor. La confianza y fidelidad de los clientes aumenta mientras más capital social se produce entre el dealer y los compradores—lo que repercute directamente en el acrecentamiento de las ganancias y en la disminución de los riesgos.

Tato estaba siempre impecable, con ropa de marca y a la moda. Corte de pelo y barba prolijos. Sus gestos guardaban cierta compostura glamorosa. Y en las fiestas o reuniones tomaba whisky—cada vez que me veía, quería charlar conmigo y su invitación comenzaba con el mismo latiguillo: “¿Te sirvo un etiqueta azul...?”. Yo decía que no y me servía una copa de vino tinto o algo con menos graduación alcohólica—“cierto que vos estás trabajando”, me decía entre risas.

Fue Tato el que me presentó al resto del grupo, y siempre con un prólogo genealógico bastante detallado de cada quien. “Aquella es hija de un juez, su mamá es artista plástica y su hermano es uno de los dueños de una cadena de gimnasios...”, así me iba contando de los veintipicos, a veces treinta, que se juntaban por fiesta. Nunca me dejó grabarlo. “Vos si querés anotá todo lo que quieras, pero no me grabes...”, me dijo en una de las primeras charlas. Con Elisa sucedió algo similar. En los encuentros siguientes siempre llevaba una libretita o algún papel y una lapicera que me permitiera anotar palabras claves, o frases. Nunca más llevé la grabadora (aunque siempre disponía del celular si era necesario y podía grabar).

Rosario y Steff eran también dos jóvenes mujeres que estaban siempre en las fiestas—*afteroffice* o *afterparty*—andaban todo el tiempo juntas y eran compradoras asiduas de Lupe. Ambas universitarias y con más de un centenar de *followers* en Instagram—donde publicaban todos sus viajes y fiestas. Hablaban varios idiomas; Steff, un francés fluido que intercalaba todo el tiempo con el español. Había una relación de estatus que se generaba en las charlas a través de gustos y sociabilidades de distinción; se definía, por ejemplo, a través de quién conocía o había estado en el mejor *rooftop bar* o el más oculto *speakeasy*. Steff presumía en ser habitué del *Le Perchoir* en París, mientras que Rosario y Antonia hablaban de sus experiencias en el *Westlight* en Brooklyn.

Tato mostraba desinterés por esos alardes públicos y en voz alta, aunque en las charlas más de una vez me contó que en sus viajes a Europa siempre se “hacía una escapada a *Sky Bar by Seen*” en Lisboa. De cada diez palabras cuatro o cinco eran en inglés o en francés. La incrustación en el discurso de palabras extranjeras era un toque de estilo y prestigio—y cuando una palabra traída de un viaje se ponía en boca de todo el grupo, entonces, había un reconocimiento de popularidad.

“Yo le dije a Lupe que tenía que hacer alguna fiesta piso compartido”, me decía Steff. “Trajimos esa idea de un viaje con amigas a Londres, y hacíamos piso compartido en San Telmo... con turistas extranjeros. Se llenaba de gente. De Niceto [Club] nos copiaron la idea, gracias a eso son la *boîte* en Capital... aunque a mí me gustan otras *discoteques*”.

Participé de al menos tres fiestas en el 2017 de piso compartido en el departamento de Lupe (aunque sé que organizó al menos cuatro más). Se juntaba la élite de la ciudad y se invitaban amigos y amigas extranjeros que estaban en el país—esa era la característica principal de este tipo de fiestas. Los extranjeros pagaban la droga más cara; de alguna forma los extranjeros pagaban la fiesta de los demás—de los amigos y amigas—que

obtenían un trato más favorable—pagaban un poco menos y muchas veces consumían gratis. Así lo decía Lupe: “El Chino es el que se encarga de venderles a los gringos... Yo hablo dos palabras en inglés. Pero el Chino se maneja perfecto. El precio casi siempre es en dólares y si es en pesos, igual es más caro”.

“También le dije a Lupe que tenía que dar *lagniappes* para que sus fiestas sean más cool”, se jactaba Steff. La palabra “lagniappes” viene del inglés, pero deriva de la palabra en español *yapa*. Y significa dar un regalo, del vendedor hacia el comprador. Lupe comenzó a preparar unos papeles de 1 gramo que iba regalando mientras hablaba con la gente (esos papeles equivalían a 8 o 10 líneas de cocaína o, como decía el Chino, “te pegás 10 buenos saques con este papel”). A veces, incluso, dejaba una pila de papeles—como si fuera un mazo de cartas—en alguna mesa.

* * *

Lupe, en poco tiempo, se olvidó completamente de la policía. Se olvidó de aquella época de paranoia y “persecuta”. El vínculo que estos jóvenes adinerados tienen con la compra y consumo de drogas es casi *torpe*. Las reuniones, generalmente no eran ruidosas, había algo de música, grupos de personas en diferentes espacios del departamento, charlas, quizás alguna risa exagerada, pero era todo muy medido y modoso.

Nunca durante esas reuniones o fiestas habituales (de casi todos los fines de semana) los vecinos del edificio se habían quejado por ruidos o música alta. Pero las fiestas de piso compartido eran algo diferente. La asistencia se triplicaba, la música retumbaba y todos hablábamos más fuerte. La gente subía y bajaba del sexto piso como si el edificio fuera un shopping. Riendo, fumando y con botellas de alcohol en las manos.

En la segunda de estas fiestas en las que estuve, una vecina llamó a la policía. La música estaba a tope, las ventanas abiertas y la puerta casi no se cerraba nunca. Pude observar a dos policías en la puerta del departamento asomados, hablando con Tato y Lupe—le pedían que bajaran la música. Y era imposible que los policías no vieran la cocaína sobre la mesa ratona rodeada de sillones, con chicas y chicos charlando y riendo. Y alguno de todos ellos era imposible que no vieran a los policías asomándose por la puerta de entrada; ninguno se preocupó por ocultar la droga. La tranquilidad de no correr ningún riesgo por la ilegalidad era absoluta. El pedido policial fue acatado, la música bajó un poco y la fiesta continuó.

Después que la policía se fue, me acerqué a Tato y le pregunté “¿siempre es así que la policía hace como que no ve nada?”—me respondió con soltura y, como cargándole al acontecimiento una lógica innegable: “El padre de aquel tiene contratos millonarios con el gobierno provincial... [se dio vuelta y continuó] aquel es el hijo del fiscal general de Capital... ¿me explico? Puedo nombrarte alguno más si querés. Además, tiene que ver con la gente que somos... no hacemos ruido, no llamamos la atención, pagamos todo a tiempo”, levantó los hombros, tomó de un trago el final del whisky, me dio una palmada y me dijo, “me tengo que ir, mañana tengo una reunión temprano”.

En mis participaciones pude observar que mientras se llevaba a cabo la fiesta, si bien se consumía cocaína a la vista de todos, no se realizaban compras. Lupe me había contado que las ventas de ella sucedían casi siempre en su departamento, pero con antelación a las fiestas o reuniones de fin de semana. Durante la fiesta se consumía y se regalaba droga, pero no se compraba. Esta parecía una regla no explícita que enfatizaba el valor social del consumo de cocaína—no se diferenciaba mucho de poder disfrutar un buen *cocktail*. Nadie fumaba marihuana. De hecho, el olor a

marihuana a muchos de ellos le resultaba molesto y, de cierta manera, era catalogado como un olor poco glamoroso o antiestético. El consumo de cocaína era casi generalizado y se combinaba, de vez en cuando, con alguna pastilla, como éxtasis.

Cuando era la Keka, distribuía y vendía drogas con la tranquilidad de que su proveedor era la policía; ahora siendo Lupe, vendía drogas con la tranquilidad que le daba hacerlo al amparo de los privilegios de clase. El tráfico de drogas, generalmente, se presenta—y se estudia—como el último refugio de los desesperados, pero es más bien la prerrogativa de los privilegiados.

Esta nueva etapa había comenzado apenas un tiempo después que yo iniciara mi trabajo de campo y Lupe en el 2016 vendía entre 3 y 5 kilos de cocaína por mes. Lo que representaba aproximadamente entre 40 y 70 mil dólares mensuales o, lo que equivalía en ese momento, a 500 o 900 mil pesos argentinos. Parte del dinero lo guardaba en la casa del Chino, y la otra en el departamento lujoso que alquilaba con el nombre de Elisa.

En una de las pocas charlas que tuvimos con Lupe sobre la finalidad del dinero (a ella no le gustaba hablar de precios y de ganancias, me daba cuenta que inmediatamente se ponía un poco incómoda y cambiaba de tema), me comentó: “se me va la mitad de lo que hago por mes en las salidas y las fiestas...”—aunque este dinero ella lo consideraba una inversión y no un gasto. De la misma forma que tomó la idea de Steff sobre el *lagniappes* muy en serio y la puso en práctica inmediatamente, Lupe entendió que lo que antes se aprendía y se incorporaba en el *portfolio* callejero, por ejemplo, en el uso y gestión de la violencia, ahora se aprendía en un *portfolio elitista*, en la gestión de los vínculos y las intimidades.

Los regalos—el *papel de yapa*—tenía, sin dudas, una finalidad económica, pero antes importaba su sentido social. Lupe generó un cambio sustancial en sus estrategias de comercialización de la droga. Aquel “programa de

fidelización" que realizaba entregando pequeñas cantidades de marihuana a los jóvenes en plazas, esquinas o parques no tenía el mismo sentido que el *lagniappe*. En el primer tipo de regalo (de marihuana) la Keka negaba el altruismo y la generosidad, haciendo hincapié en su interés económico, como incentivo para más ventas; en el segundo tipo de regalo (los papeles de cocaína) se subrayaba el interés social—para que la "fiesta sea más cool"—aunque subrepticamente podamos encontrar el interés económico.

"Entre la merca y la bebida las fiestitas se llevan 50 mil pesos o más...", me decía el Chino, casi como un contador personal preocupado por los gastos de Lupe. "¿Vos sabés lo que sale un Johnnie Walker etiqueta azul? ¿o un Dom Perignon? Yo tomo cerveza, pero Tato solo toma etiqueta azul o algún otro scotch añejo, o los tragos que hace Chiche... tienen todos ingredientes importados que no conseguís acá en el chino". Chiche era una reconocida *bartender*, había trabajado en alguna isla del mediterráneo, hacía un tiempo que estaba en Argentina y habitualmente era invitada a diferentes bares o boliches. Tato la había integrado al grupo y la vi en todas las fiestas en las que participé. Por supuesto era la encargada de hacer los cocteles: lo que más le pedían era la *Mason Jar*—que contenía Absolut, frutilla y soda de pepino—, también *Three White Soldiers*—Chivas 12 infusionado en Wagyu, Bitter aromático y sal marina— y finalmente, *Green Sky*—Tanqueray Gin, leche de coco, pure de piña y apio. El exotismo me impresionaba, aunque lo que era "exótico" para mí, ellos lo vivían con total naturalidad. La precariedad de nuestras herramientas de inteligibilidad para comprender a "los de abajo", es igual o peor, para comprender a "los de arriba".

* * *

Las dinámicas de traficar como una empresaria se acentuaron. Lupe escuchaba los consejos de sus amigos y amigas adineradas. Había logrado independizarse con éxito de la policía. Tenía un nuevo grupo de pertenencia, amigas y amigos que también eran clientes. Distribuía y vendía drogas en fiestas privadas, pero también en enormes boliches y bares porteños. Volaba por debajo del radar policial (o al menos eso era lo que ella creía).

Algo sustancial había cambiado para Lupe—en este mundo de fiestas glamorosas—la relación con su cuerpo y con su *imagen* de mujer eran diferentes. Ella antes del 2013 utilizaba una vestimenta “masculina”—intentaba usar ropa holgada que no le marcaran el cuerpo, no se peinaba y tenía habitualmente puesta una gorrita de visera o un pañuelo que ajustaba un rodete; presentaba una imagen desalineada y desprolija. Era otra forma de prestar atención a su imagen, ya buscaba evitar el comentario o el “chiste” sexualizado. Cambiaba su imagen de presentación cuando iba a trabajar a la tienda de ropa; o cuando se iba a la casa de Antonia o de Elisa. “En esos momentos sentía que no tenía que esconder mi cuerpo... nadie te decía nada porque es normal vestirse con minifalda y botas. Y vos no me viste, no sé, en el 2008 ponele, ahí sí que ni una calza te usaba. Siempre estaba con chabones y son altos pajeros”. En aquella época, cuando era la Keka, sus principales vendedores (y compradores) eran varones—había alguna mujer vendiendo, por ejemplo, las novias de Lisa y Lea, pero no pasaban mucho tiempo en su casa.

Elisa era su *fashion consultant*, según sus propias palabras. Le había enseñado a Lupe como maquillarse, como combinar colores y qué ropa elegir para cada fiesta u ocasión especial. Lupe se había reencontrado con su cuerpo y con su deseo—uno que era más profundo que el amor romántico. En los más de cinco años que seguí sus experiencias no le conocí una pareja estable, aunque como me decía ella, “nunca estoy sola”.

Si bien la economía de la droga está estratificada y jerarquizada por el género, este principio general de masculinización se desdibuja cuando el estrato socioeconómico va en aumento. Me estoy refiriendo a la posibilidad de que una mujer sea exitosa en lo que hace, y que incluso pueda llegar a los niveles superiores de la jerarquía en el negocio. La sexualización de la mujer en sus "roles femeninos" también disminuye. No en su exigencia de poseer ciertos gustos estéticos y de tener un cuerpo "hegemónico" y "femenino"—quizás estos dos puntos sean cuestiones ineludibles en estos círculos adinerados. Los gustos estéticos prevén vestimenta, moda, accesorios, música, lugares y bebidas o cocktails. Y tener o no un cuerpo que responda a ciertos estereotipos de belleza basados en modelos estéticos hegemónicos permite lograr una más rápida inserción y pertenencia a estos mundos de glamour y *charm*.

Aun así, con estos mandatos estéticos—que son iguales para varones y mujeres—la cualidad sexualizada de los roles femeninos pierde fuerza. Antes de ser Lupe, la Keka pasó por muchos momentos—sacando el acontecimiento de la violación—en donde los varones esperaban que ella tuviera sexo con ellos para garantizar una venta (en muchos casos los clientes la invitaban a "fiestitas"); o "chistes" sexuales que le hacían sus proveedores policiales cada vez que le dejaban el stock mensual. Incluso, en alguna charla con Jessica, me comentó que en algunos lugares y con algunos compradores no podía ir a vender sola—tenía que ir con Lisa. Porque si iba sola le insinuaban, los más sutiles, si "quería enfiestarme con ellos". "Nosotras, con Mire, escuchábamos mucho a la Keka y la copiábamos. Siempre nos decía que no usemos ropa ajustada, ni que andemos de *rochas* cuando vendíamos".

Ahora Lupe vivía la fiesta de otra manera. Porque la "party" es una forma de usar el tiempo libre. El ocio como forma de capital social. Aquellos que por su riqueza y privilegios eran los que podían pasar más tiempo ocioso

con amigos en reuniones, fiestas y cocteles eran los más apreciados y populares. El tiempo ocioso se logra cuando se deja de trabajar por dinero, haciendo que el dinero trabaje para uno—cuando el dinero, y no el trabajo humano, genera más dinero. Algo que percibí rápidamente fue que, si bien la totalidad de jóvenes y adultos a quienes observé y con los que pude conversar tenían acceso a la educación universitaria, muchos estaban graduados y otros tenían inconclusos sus estudios—abandonados o pausados—, ninguno de ellos colocaba el prestigio o el poder en la formación profesional o los diplomas. En varias conversaciones de forma más o menos explícita me lo señalaron, lo que de algún modo era marcarme un límite de pertenencia, y al mismo tiempo, ponerme en una posición de inferioridad frente a ellos en esos encuentros. Si bien hay cierto prestigio dado por los gustos y los consumos ostentosos y las prácticas de distinción—por ejemplo, ser habitué de un bar en París—el acento está puesto en el privilegio de *cómo* usar el tiempo libre. El ocio no puede comprarse como una prenda de marca, o un auto de alta gama, sino que se tiene o no se tiene. Sin dudas yo no tenía la capacidad financiera—ni los contactos, el respaldo social de pertenencia—para experimentar el tiempo libre y el ocio como lo hacían ellos.

El éxito de Lupe, de algún modo, estuvo dado por la capacidad de crear y de vivir su tiempo ocioso. Quizás esta pertenencia acelerada solo sea posible con el comercio de venta de cocaína—por las increíbles ganancias que se obtienen frente a un negocio exitoso. Cuando el dinero sobra tan groseramente es posible no necesitar trabajar. La mantención de su trabajo legal en la tienda de indumentaria, respondía a otras necesidades distintas a la económica, ese trabajo formal cumplía una función diferente en su *portfolio*. Aunque ese requisito—de demostrar que uno es dueño de su tiempo—para pertenecer y, por tanto, obtener el estatus de “dealer del grupo”, implicó un gran sacrificio en relación con su familia y sus hijos.

* * *

Un jueves mientras caía la tarde salimos como tantos otros jueves en auto con destino a Capital. La *discoteque* elegida era Rose in Rio, su flamante *afteroffice*. Viajábamos en dos autos, el Mercedes Benz de Tato y el Suzuki Jimny de Antonia—que ella nombraba como “cute”. Viajé con Tato, en la “camionetita” de Antonia, iba Lupe y Elisa. Llegamos pasadas las 20hs a la costanera. Ingresamos sin hacer fila y nos dirigimos derecho a uno de los VIP. Rose in Rio tiene dos VIP y dos espacios *outdoors*—aunque estos últimos son menos exclusivos, son ideales para una escena romántica viendo el amanecer en el horizonte del río. Nos acomodamos en unos sillones con una minúscula mesa. Tato fue derecho a una barra exclusiva y mandó a llevar a la mesa dos botellas de champagne. Las chicas se desplomaron sobre los sillones, soltaron sus carteras y comenzaron a hablar. Serví la bebida en las copas y realizamos un brindis lento y ensayado para que Antonia pudiera registrar el momento en las redes sociales.

Tato, que no se había sentado todavía, dio media vuelta y se acercó a saludar a una pareja cincuentona que estaba sentada en los sillones de al lado. De repente me hace una seña con la mano indicándome que me acercara.

A penas estoy saludando, Tato exclama: “este es un viejo lobo de mar”. José Luis era un hombre de más de cincuenta años lleno de historias de la noche porteña; dueño de una de las financieras más importantes de Argentina con sucursales en Brasil y México. Era íntimo amigo del padre de Tato, con diversos negocios compartidos. Excelente jugador de golf y un historiador amateur de los *night club* porteños. Sobre su mesita había un vaso de whisky, una copa de champagne, un paquete de cigarrillos y

los sobrecitos de cocaína. Por el envoltorio me di cuenta que no eran de Lupe. Eran dos papeles blancos recubiertos de plástico. Lupe usaba papel manteca de color lila, a veces más rosado, que el Chino dedicaba horas a su confección casi perfecta, como si estuviera haciendo *origamis*. El papel era cortado de dos centímetros de ancho y siete de largo—para contener alrededor de 3 gramos.

“Así que estás escribiendo un libro”—me espetó.

Tardé en responder unos segundos, pensé que no tenía sentido explicarle que estaba haciendo una etnografía para mi posgrado y respondí “sí”, y agregué: “Sobre las fiestas en Buenos Aires y el consumo de cocaína”.

“¿Vos consumís?”

“No”, respondí demasiado rápido.

“Para entender algo, hay que vivirlo”, me dijo casi decretando mi fracaso. “La droga siempre fue parte de la noche. Van de la mano. Desde Mau Mau hasta hoy. Yo consumo desde siempre, pero como me gusta el whisky o viajar. No soy un drogadicto”.

Mau Mau fue una discoteca que se inauguró en Buenos Aires en 1964. Fueron los mellizos Lata Liste los que cambiaron la forma de vivir la noche. Ellos inventaron “el living íntimo para millonarios”. Una discoteca que no tenía mesas altas ni taburetes—todo en Mau Mau era glamour y confort. “Yo no llegué a ir a Mau Mau en su época de esplendor, a fines de los 60 y principios de los 70. Era el codo aristocrático de Buenos Aires, le decían así porque quedaba en una curva que sale de Suipacha”. José Luis sabía todo de la noche de Buenos Aires, le encantaba historizar sobre las discotecas y clubes nocturnos, personalidades y exclusividades. Yo le seguí la conversación y anotaba lo que iba pudiendo. Entre anécdotas e historias

trataba de que me contará algo de su consumo de drogas, dónde compraba y a quién. “Yo conocí a Poli Armentano, era el dueño de Trumps”. Otra celebre disco que juntaba al *jet set* y la farándula argentina. “Éramos parroquianos en Trumps. Estábamos todas las noches, íbamos con Pata Villanueva, Beatriz Salomón, Guillermo Vilas... Y te encontrabas con muchos otros, Coppola, Franco Macri, el hijo de Menem. Ya no existen lugares así. Supongo que porque ahora hay más lugares para elegir”.

A Leopoldo “Poli” Armentano lo asesinaron con un tiro en el rostro. A metros de su departamento en Palermo le dispararon con una 38. La bala le entró por el pómulo izquierdo, le reventó la oreja, perforó el cerebro y le hizo perder el habla y la visión de un ojo de forma instantánea. Igual logró llegar hasta el edificio y dar aviso al encargado, quien llamó a una ambulancia y a la policía. Dos días después murió en el hospital. La investigación judicial sugirió que fue una *vendetta*—un correntino que le había prestado dinero malhabido. Meses después, el presunto asesino, fue detenido en Londres por un cargo de narcotráfico. “Al Poli lo mataron por una transacción grande de cocaína que salió mal”, concluyó José Luis.

“¿Vos tenés tu propio dealer?”, pregunté antes que comenzara una nueva anécdota farandulera. “Si, hace diez años que le compro a la misma persona. Todos acá tenemos nuestro propio dealer. Por ejemplo, la piba esa que está con vos le vende a los Campos y a sus amigos”. “¿Y se puede vender sin tener problemas con otro dealer?”—“Mirá en este ámbito es diferente que en la villa... acá no hay territorios, hay familias... apellidos. Si vos vendés no podés venderle al grupo que es de otro dealer. Ahí te metes en quilombos. Igual difícilmente alguno le compre a un dealer que no conozca. Los dealers más importantes son los que venden a las familias o a los grupos de más guita”.

El *after* terminó cerca de medianoche. Perdí de vista a Lupe, se había ido con alguien. Tato también se había ido—trabajaba temprano el viernes—

se quedaba en un departamento que tenía en Colegiales. Volvimos con Elisa y Antonia.

Capítulo Cinco: Picnic

Enero 2018

Era un día de enero caluroso. Lupe estaba preparando todo para ir de picnic con Pedro. Antonia le había prestado su camioneta "cute". Había armado una pequeña canasta. Gaseosa fría, sandwichitos, un queso pategrás. Solamente le faltaba una bolsa de papitas; que sabía, le encantaban a su hijo. Estaba buscando unas toallas, el día estaba perfecto para unos cuantos chapuzones en el río. Iban a ir a la costanera.

Entre los preparativos sonó el portero del departamento. Era la policía que le pedía si podía bajar. Cuando salió del ascensor vio, a través de la puerta de vidrio de la recepción del edificio, a una mujer policía. Abrió la puerta y apoyado contra el patrullero estaba su hermanastro. El Pepi, estaba vestido de uniforme (le parecía raro verlo así, nunca antes lo había visto vestido de azul), y le costó reconocerlo. Se acercó hasta Lupe y la saludó: "Qué hacés Keka, o preferís que te diga Lupe". Lupe (o la Keka) estaba petrificada. No pudo decir ninguna palabra, sólo disimuló el espasmo con una pequeña sonrisa.

La mujer policía se alejó hacia el patrullero y el Pepi se puso serio: “¿Vos conocés a esta mujer?”—le mostró una foto de Antonia en el celular. “Sí, es amiga de Elisa, mi compañera de trabajo”. “¿Este departamento es de esa tal Elisa?”. Lupe estaba transpirando y trataba de ocultar el nerviosismo, se fregaba las manos contra el jean. Sentía que todo se desmoronaba, que Lupe era otra vez la Keka. Respondió un “sí” entre dientes, casi murmurado. “¿Qué pasó?”—el Pepi guardó el celular y dijo: “La encontraron hoy muerta en la casa. Quemada por la tiza”. Una sobredosis inesperada, insinuó el Pepi. Pero a Lupe le preocupaba otra cosa: ¿Cómo se había enterado su hermanastro del departamento, de Elisa y de Antonia? No quería hablarle mucho para no deschavarse. ¿Acaso sabía también que guardaba dinero en la casa del Chino? ¿Sabía de los hermanos Campos y de qué estaba vendiendo para la barra brava? ¿Sabía de las fiestas y de sus ganancias? ¿Por qué el Pepi había ido hasta ese departamento? ¿La buscaba a ella o a Elisa?

Lo que le quedó claro fue que la policía—toda la policía no—, su hermanastro policía, su antiguo proveedor de drogas, sabía de su nueva “empresa”, y de su *nueva* vida. Ese día se fue al río intranquila pensando cómo volver a poner la situación a su favor.

Los picnics se volvieron un paseo familiar; una de las pocas cosas que le funcionaban como un cable a tierra. Su ilusión era la alegría de Pedro cada vez que ella le decía que el fin de semana próximo iban a la costanera. Alguna que otra vez Clara se había sumado a ellos, pero era casi exclusivamente una salida de madre e hijo. Lupe sentía que le debía esa felicidad a Pedro. Nunca dejó de estar pendiente de sus hijos, pero en el fondo algo le decía que siempre faltaba un poco más—que podía darles un poco más, que pudo haber estado más presente. Los picnics se habían vuelto un ritual que llenaba ese hueco, ese desasosiego que la carcomía.

* * *

Un sábado de marzo del 2018, a la tardecita me llega un mensaje de texto: “Me mandan a la 54 de Florencio Varela”. El mensaje era de la Keka. Así la tenía agendada en mi celular, aunque para mí fuera Lupe en ese momento. “¿Dónde estás? ¿Cómo que te mandan a la 54?”—contesté con una escritura de mensaje de texto. “Los ratis me mejicanearon... porque me estaba yendo bien y no quería volver a vender para ellos...”—me contestó a los pocos minutos. Estaba detenida en una comisaría y antes de sacarle el celular para meterla en el calabozo la dejaron hacer unas llamadas y mandar unos mensajes. El Chino le consiguió un abogado. Cuando llegué a la comisaria lo vi al Chino afuera en la vereda—“No la pude ver, esta con el abogado”, me dijo. Desde ese momento no volví a verla, hasta la primera visita que le hice en la cárcel unos meses después.

La versión de ella es diferente a la que aparece en el expediente judicial: “Estábamos super tranquilos en la costanera, frente al río con Pedro... tomando unos mates”. El día era caluroso, la Keka se fue a dar un chapuzón. Le dice a Pedro que espere cerca de la camioneta, que cuando vuelva del agua le va a comprar unas papas. Pero cuando regresa, desde lejos ve que dos hombres están merodeando cerca de la camioneta. Apura el paso y cuando llega interpela “¿qué quieren?”. La versión de la Keka es clara: intentaron un abuso sexual. Le proponían tener sexo y si ella no quería se podían “coger al pibito”. Cuando escuchó esas palabras, la memoria de su violación emergió como una imagen en cámara lenta: la del tipo girando su cabeza sobre la moto.

Aquel viejo trauma reprimido que no la había afectado a lo largo de su carrera como dealer o transa, ahora se expresa con una fuerza incontenible. Toma un cuchillo campero que tenía para el picnic y apuñala al hombre que estaba más cerca. El hombre retrocede y empieza a caminar

en dirección contraria. La Keka, que estaba en biquini, se coloca una remera—“le dije a Pedro que me espere que me iba a cambiar al baño del parador... cuando volví había dos móviles policiales”. Los policías tardaron un poco en darse cuenta de que había sucedido un apuñalamiento—el hombre que recibió el puntal estaba sangrando para adentro. Un policía se le acerca y le informa que estaba detenida.

Estuvo encarcelada por casi 4 años desde marzo del 2018. En ese tiempo adentro tuvo diferentes hipótesis conspirativas sobre cómo la policía se enteró de su empresa exitosa. Quizás fue uno de “sus chicos”, habían “batido algo” en alguna apretada de la policía, o quizás algún transa enemigo la entregó, o simplemente resulta imposible ocultar ciertas cosas a la policía. La cárcel la arrastró de vuelta a su antigua identidad. Ese tiempo había sido un paréntesis, un soplo de aire fresco entre sus incontables días de sacrificio y dureza. La vida de glamour y privilegios que tantos años le había llevado construir no le pertenecía.

Pero lo cierto, es que lo que más le molestaba a ella, era que esa puñalada durante el picnic, le quitó un genuino momento feliz. En el final, fue a Lupe a quien terminó matando esa puñalada, y con ella ese atisbo de ilusión que alguna vez le hizo pensar a la Keka que una vida de lujos era posible, para sus hijos y para ella. No volví a verla después de la tercera visita en la cárcel. No me contestó nunca más los mensajes. Transformada ahora en una sombra, me saluda con frialdad al cruzarnos por la calle.

Epílogo: El tráfico callejero y el tráfico privado

Cuando la Keka estaba por cumplir un año de encarcelamiento—el Lea y el Lisa cayeron presos. Fue el Chino el que en una visita le informó a la Keka lo que había pasado. En ese momento ella le ordenó al Chino que deje de vender—que se guarde. “La policía los estaba acostando y los mandaba a guardar... yo no podía hacer nada. Es la que tocó”, me dijo la Keka la segunda vez que fui a visitarla a la cárcel. En menos de un año la policía había desbaratado la “empresa” de la Keka, y les había armado una causa a casi todos. El Chino era el único que no había “caído”.

Lea era un joven de clase media, hijo menor de tres hermanos varones. Tenía un hijo que veía muy poco, porque no había terminado la relación con la madre de su hijo en buenos términos. Ella le exigía la manutención del niño y él solo respondía a esa exigencia intermitentemente. Lea vivía con sus padres—cuando lo conocí tenía 25 años y ya hacía al menos 6 años que trabaja para la Keka y hacía 4 años que estaba de novio con Mirella. El Chino era íntimo amigo del hermano del medio de Lea, por lo que tenía un afecto especial por él—lo cuidaba como si fuera su hermano menor.

Cuando la Keka se convierte en Lupe y empieza a alejarse de su antiguo territorio y clientela, sólo se lleva al Chino a su nuevo emprendimiento. Lea y Lisa quedaron olvidados. Y pasaron de tener un estilo de vida sostenido por ganancias abultadas, a tener que rebuscárselas con una billetera más acorde a la vida de clase media. Pero el Chino se resistió a olvidar a sus compañeros—siempre les daba algún trabajo o les regalaba algunos gramos de cocaína.

El Lisa nunca se enganchó en el consumo de coca, aunque fumaba mucha marihuana. En cambio, Lea era un consumidor habitual de cocaína—la mayor parte del día estaba drogado. “Es un boludo, está duro todo el día... hay veces que lo dejo durmiendo en mi casa, porque los padres en cualquier momento lo echan”, me decía el Chino con cierto tono de preocupación.

El Chino no les regalaba cocaína para que la consuman, sino para que la vendan y hagan un poco de dinero—pero no podía controlar lo que finalmente hacían con esos gramos. “Siempre dudo de llevarles unas bolsitas cuando nos juntamos... Quiero que [Lea] trate de consumir menos y, entonces, después me arrepiento de haberle regalado unos gramos de merca (...) Pero cuando pasan unos cuantos días que no le llevé, lo veo re tirado de plata y re bajón porque siente que no sirve para nada. Entonces, la próxima vez que lo veo le llevo unos paquetitos”, el Chino me explicaba el dilema que tenía con Lea.

El cargo de conciencia del Chino fue absoluto cuando, en octubre de 2018, Lea “cae en cana” por tener encima papeles de cocaína listos para la venta. La policía lo detuvo y lo registró cuando salía con Mirella de una cervecería en Villaverde. Le dieron prisión preventiva y lo mandaron a Batán—estuvo dos años y medio preso. Fui a visitarlo dos veces. En la primera visita me relató como lo detuvieron: “Salieron dos motos negras de la nada, se subieron a la vereda con todo. Con Mire estábamos saliendo de la

cervecería, caminando. Había una tercera moto que freno en la esquina. Son esos que están todos vestidos de negro, son como ninjas. 'No corras, no corras...', me gritó un policía y otro saltó de atrás de la moto y me empujó contra la pared. Los otros desde arriba de la moto le ordenaron a Mirella que siga caminando y se vuelva a su casa. Mire empezó a llorar y a gritar que no me pegaran. Un *ninja* me tenía la cara aplastada contra la pared y el otro me dio unas patadas para que abriera las piernas".

"¿Y tenías merca encima?"—"Esa noche había llevado 10 gramos, vendí 5 gramos, nos tomamos 1 gramo con dos amigos en el baño de la cervecería y me quedaban 4 papeles... Después me enteré que eso ya no entra en consumo personal. Me llevaron de las pestañas". "¿Pero cómo sabían que vos andabas con droga?"—Lea me lanza una mirada de complicidad y no responde.

La policía en Villaverde no patrulla el centro—donde están los restaurantes y las cervecerías—deteniendo a los jóvenes de clase media y alta que caminan volviendo a sus casas. Lo que Lea me quería decir con su relato era que ya estaba todo armado, que sabían a quién detener y que iban a encontrar.

En la segunda visita estaba preocupado e inquieto: "Me están apretando para que mande al frente a la Keka y al Chino... dicen que si les digo dónde está la plata me dan la excarcelación. Yo no sé dónde hay plata... pero tampoco voy a botonear a nadie. ¿Vos la ves a la Keka? Vos le podés decir que yo no voy a mandar al frente a nadie". Le respondí que sí y traté de transmitirle cierta tranquilidad. Me fui ese día con algo más que un compromiso, era para mí una misión. Organicé una visita a la Keka, lo más rápido que pude. Le comenté que a Lea "lo estaban apretando para que hable". "Que hijos de puta...", exclamó la Keka entre dientes, y se quedó en silencio un rato, pensando. "Apenas salís de acá andate a la casa del Chino y decile que me venga a ver".

La Keka consiguió, a través de la barra brava del club de fútbol, que Lea pueda “participar” de un rancho dentro de la cárcel, no le habían prometido protección, pero si un poco de tranquilidad—para pasar el día y poder dormir un poco. “Hace dos meses que ranchea con unos medios pesados... está más tranquilo, no lo boludean tanto”, me contaba el Chino que lo visitaba muy seguido a Lea—“No puedo imaginarme lo que es estar preso... pero la familia no lo va a visitar. Yo voy bien seguido, porque quiero que sepa que no está solo”. La “tranquilidad” brindada por el barra brava, le había salido “una guita” a la Keka, pero tenía dos finalidades haber pedido ese favor: por un lado, era garantizar que Lea no hable, y al mismo tiempo, funcionaba como una recompensa a la lealtad de Lea, por no haber hablado desde un principio y por seguir guardando silencio.

Lea jura por su hijo que nunca delató a nadie. Lo cierto es que a los dos meses la policía le allanó la casa a Jessica y Lisa. A ella y a su madre las ignoraron, en el operativo ni siquiera había una mujer policía, por lo que tampoco las registraron. A Lisa le armaron una causa por producción y venta de drogas—incautaron las cuatro plantas de marihuana y 5 frascos de mermelada con cogollos. Lisa estuvo un año y unos meses en Sierra Chica. ¿Lo entregó el Lea? ¿Lo denunció algún vecino? ¿La policía los tenía marcados por trabajar con la Keka? ¿Pagaron indirectamente un ajuste de cuenta porque la Keka se abrió de la policía? Las preguntas son más que las respuestas. Hay que controlar la paranoia y la sospecha, para no sacar conclusiones apresuradas. En especial, porque la policía es experta en producir y aprovecharse de la desconfianza.

* * *

La selectividad etnográfica y penal

Estos encuentros con el sistema de justicia penal son *excepcionales*, al menos por dos cuestiones. La primera tiene que ver con la clase social de los jóvenes—rara vez la policía está especialmente pendiente de las ilegalidades de estos jóvenes blancos, de clase media que viven en un barrio “cheto” de la provincia de Buenos Aires. La segunda cuestión, es que los arrestos parecen responder a una represalia policial.

En diversos momentos, charlas grupales y otras individuales, con todos los protagonistas de esta etnografía, ellos y ellas señalaban una total despreocupación por ser detenidos por la policía o terminar en prisión. De hecho, las veces que nombraban a la policía como una institución de represión de la ilegalidad o a la cárcel como una posible condena judicial, era porque yo les hacía una pregunta, ciertamente, directa. Estos jóvenes no estaban acostumbrados a tener encuentros con la policía, mucho menos, tener que asistir a audiencias judiciales o pasar una temporada en la cárcel. No hay una desconfianza o enojo con la policía—o el sistema estatal punitivo general⁵.

Es de notar, por ejemplo, que cuando Lea es detenido no sabe cómo reaccionar—lo mismo sucede con Mirella, que acata la orden de seguir caminando y volverse a su casa. Lea no pretende salir corriendo, ni resistirse o “pararse de palabra”; la orden policial habitual de “no corras, no corras” no fue lo que hizo que no corra, lo que lo hizo no correr fue la inexperiencia. Incluso ni siquiera intentó descartarse de la cocaína—desconocía cuantos gramos son considerados consumo personal y cuantos no. Sucede lo mismo con Lisa, su “ilegalidad”, cultivando plantas de marihuana, cosechando y vendiendo (a veces regalando) frascos de cogollos, es algo que hace gran parte de los jóvenes universitarios de clase

⁵ A diferencia de lo que describen en sus etnografías Goffman (2014: 200) y Auyero y Sobering (2021).

media en estos tipos de barrios, donde pueden tener una casa con un jardín privado donde plantar o colocar las macetas.

Los etnógrafos urbanos han realizado, mayoritariamente, trabajos sobre jóvenes pobres en constante conflicto con el sistema punitivo estatal y con otros jóvenes—pandillas o bandas (Whyte [1941] 2015; Padilla, 1992; Anderson, 1999; Jacobs, 2000; Venkatesh, 2000, 2008; Gay, 2005, 2015; Jacobs y Wright, 2006; Ríos, 2011; Bucerius, 2014; Goffman, 2014; Cozzi, 2022; Zapata, 2022). Aunque aún nos faltan conocer ciertas prácticas o mecanismos de sociabilidad y explicar un *portfolio* complejo de vínculos y redes sociales de apoyo y sostenimiento, debemos convenir que sabemos más de estos jóvenes pobres y urbanos—y del tipo de consumo y tráfico de drogas que realizan—que de su contraparte adinerada, blanca y privilegiada (Jacques y Wright, 2012, 2014, 2015; Mohamed y Fritsvold, 2010, 2011; Pastor Armas, 2016; Crawford, 2016, 2019, 2021).

La selectividad etnográfica se condice con la selectividad penal⁶, ambos mecanismos hacen foco sobre una misma población juvenil y urbana; pero no solo eso, sino que prestan atención a las mismas prácticas sociales de este colectivo. Erving Goffman (1989: 125) dijo, en unas de las pocas veces que habló sobre el trabajo de campo, que la observación participante la realizan y utilizan dos tipos de “soplones”: por un lado, la policía, y por el otro, los investigadores académicos—aunque en muchos casos la policía realiza un trabajo más rápido y mejor que los investigadores⁷.

Las investigaciones y trabajos académicos—con diversos enfoques metodológicos—se ciernen habitualmente en el estudio de los que se ubican en una posición inferior al lugar que ocupa el o la investigadora en

⁶ Reflexionar sobre este punto es crucial, en el sentido, que proponen Auyero, Bourgois y Scheper-Hughes (2015), que la academia tiene un gran poder en la definición de, por ejemplo, la “violencia” pero, sobre todo, en la determinación de los sujetos que utilizan esa violencia.

⁷ En el mismo sentido, Mark Fleisher (1998: 60-61) argumentó sobre el proceso de *explotación* que puede suceder en la etnografía, estableciendo una comparación entre los criminólogos y los proxenetas, en la medida en que ambos, actúan como intermediarios vendiendo un producto.

la estructura social. La seducción por el mundo de la marginalidad, es igual de potente que la seducción por el mundo de la criminalidad (Katz, 1988). En especial porque ambos mundos son presentados como fuertemente vinculados.

La masculinización del trabajo de campo

Esa selectividad también está masculinizada: tanto para la academia como para la policía. Los investigadores suelen prestar más atención a las hazañas, las experiencias y los relatos de los varones viviendo en los márgenes sociales. Nos cuesta mucho poder notar los elementos cotidianos y las rutinas que desarrollan las mujeres en la participación de la ilegalidad y la criminalidad (posteriormente señalaré algunas excepciones).

Por otro lado, esta etnografía tiene por protagonista a una mujer cuya actividad principal era el tráfico de drogas. Dijimos ya en la introducción que los estudios sobre mujeres vendedoras de droga son minoritarios entre las etnografías o estudios cualitativos del mundo de las drogas, y el número se vuelve aún más marginal si además le agregamos que sea una traficante *exitosa*, que no esté integrada en los roles inferiores del comercio (como mulas o trabajadoras sexuales que venden o intercambian pequeñas cantidades de drogas)⁸.

El caso del éxito como traficante de drogas de la Keka resulta ser una cuestión relativamente excepcional en el mundo de la venta de drogas. Los estudios sobre mujeres traficantes indican, con cierta homogeneidad que, aunque las mujeres participan cada vez más en la distribución de drogas, siguen siendo una minoría entre los traficantes, y suelen desempeñar los roles más bajos (Dunlap y Johnson, 1996). A pesar de que

⁸ Ver, para el rol de las mujeres como *mulas*, Carey (2014) y Fleetwood (2014).

las investigaciones se llevaron a cabo en diferentes épocas y geografías, utilizando diferentes metodologías, casi todos aportan evidencias de una estructura jerárquica en la que las mujeres ocupan roles periféricos o subordinados (Maher y Hudson, 2007). Incluso en aquellos estudios que identificaron a mujeres dealers con éxito, las mujeres tendían a ocupar puestos de nivel bajo o medio, mientras que los puestos más poderosos estaban dominados por hombres (Adler y Adler, 1983; Adler, 1993).

Sin dudas esto, podríamos acordar, que se replica en esta tesis; tanto en el caso de la Keka como de Lupe, los proveedores de la droga eran varones. Ella nunca llegó a un punto en donde no dependiera de ningún hombre y distribuyera drogas a gran escala. En otras palabras, no pudo romper con una lógica de *patronazgo*—en el ámbito callejero ese “trato” importa *reputación*, en el ámbito privado se repone como *prestigio*—que tiene una ética del “honor” diferente cuando la identificación del patrono era su hermanastro policía (y ella era una transa), que cuando era el barra brava (y ella era una dealer). Siendo Lupe, consiguió posicionarse como *dealer* en un “territorio” (los apellidos de familias adineradas) sin implicancias territoriales—lo que implicó volar por debajo del radar del control policial y de la barra brava. Los ámbitos privados complejizan las posibilidades de control y vigilancia; por tanto, el patronazgo se modificó, sin que se perdiese la dinámica de provisión de favores y recursos por parte del patrón⁹.

Si bien las ventas mensuales alcanzaron cantidades medianamente grandes, con ganancias sorprendentes, nunca fue una “narcotraficante”—

⁹ Agradezco este señalamiento a Tomás Bover, con respecto al concepto de *patronazgo* de Eric Wolf; lo mismo que las particularidades del desarrollo de una “amistad instrumental” y una “amistad emocional” que, sin dudas, podrían ser dos concepciones productivas para pensar el tráfico de drogas [Comunicación personal, 15 de julio de 2022]. Un ejemplo importante, es el trabajo etnográfico de Garriga Zucal (2007), que utiliza estas tipologías de amistad para pensar las relaciones entre hinchas de fútbol.

nunca se vio a sí misma de esta forma—como muestran los medios de comunicación y las plataformas de entretenimiento (Natarajan, 2006).

* * *

No pongo en duda que la economía de las drogas ilícitas es un mercado laboral segmentado por el género (Maher y Hudson, 2007; Cozzi, 2022). Aun así, esta etnografía pretende situarse en un segundo grupo de estudios que tuvieron en cuenta a las mujeres y sus roles en las economías ilegales de la venta de drogas. Un primer conjunto de investigaciones tiene su punto álgido en la década del 90 (Bourgois, 1989; Baskin *et al.*, 1993; Fagan, 1994; Mieczkowski, 1994; Miller, 1995; Morgan y Joe, 1996; Dunlap y Johnson, 1996; Jacobs y Miller, 1998; Denton y O'Malley, 1999). Gran parte de este grupo de trabajos describía a las mujeres a través de ciertas representaciones tradicionales como víctimas pasivas e indefensas (Adler, 1993; Maher y Daly, 1996); incluso algunos trabajos han señalado que las mujeres ingresan al mundo del delito a causa de la victimización, la marginación económica y las necesidades de supervivencia (Steffensmeier y Allan, 1996: 470).

Algunos antecedentes etnográficos

Uno de los estudios más leídos repone a las mujeres como “empleadas” de traficantes masculinos. A pesar de tener cierto éxito, la posición en la jerarquía del comercio de drogas era baja, el rol más común quedaba circunscripto a ser el objeto sexual de los traficantes masculinos—se posicionaban como *acompañantes* en los séquitos que seguían al traficante exitoso (Adler, 1993: 91). Tanto Maher y Daly (1996) como Steffensmeier y Allan (1996), presentaron observaciones que destacaban

las diferencias de género en la economía ilegal de la droga. El argumento estaba enfocado en que los hombres percibían a las mujeres como carentes de las cualidades necesarias para tener éxito en el negocio del narcotráfico, un mundo duro, que necesitaba las destrezas y habilidades masculinas para abrirse paso. Por esto, consideraban a las mujeres propensas al chisme, poco fiables y débiles para soportar, por ejemplo, un interrogatorio policial—por tanto, prefieren no trabajar con ellas; el comercio de ventas de drogas no era considerado un ámbito para las mujeres (Goffman, 2014: 241). Lo que concluía en que las propias mujeres, muy a menudo, se autopercebían a través de la mirada masculina (Steffensmeier y Allan, 1996: 477).

Ahora bien, algunos trabajos del conjunto de estudios antes referenciado y una tendencia más reciente de investigaciones sobre mujeres traficantes de drogas contradice esta perspectiva precedente y tradicional de *víctima pasiva* (Mieczkowski, 1994; Morgan y Joe, 1996; Denton y O'Malley, 1999; Denton, 2001; Anderson, 2005). La afirmación que realizan Denton y O'Malley (1999: 514) acerca de que los estudios sobre las mujeres traficantes estaban en realidad "centrados en los hombres" y, por tanto, "que presentan conclusiones estrechamente masculinistas sobre la naturaleza de las operaciones, los recursos y las habilidades implicadas en el tráfico de drogas", es acertada. Por su parte, Anderson (2005: 373 y ss.) propone que se abandone el enfoque unilateral de "disfunción, dependencia, explotación y victimización", así como, la "narrativa patológica" que ha dominado este tipo de estudios—sugiere que en su lugar se establezca una narrativa de empoderamiento. Anderson plantea un enfoque interesante: reconfigurar los "roles secundarios" (cocineras, embolsadoras, trabajadoras sexuales) como "roles fundamentales" para la organización de la economía ilegal de la droga.

Aun así, hay pocos estudios que muestren a mujeres traficantes exitosas. Barbara Denton (2001) es una precursora en esta perspectiva. Porque observa y explica las funciones empresariales que asumen las mujeres y cómo llegan a tener éxito—incluso en competencia con traficantes masculinos. Pero la tesis fundamental de Denton, que coincide con lo observado en mi trabajo, es que las mujeres no eligen ser traficantes por desesperación y necesidad—sino por curiosidad y por emoción. Esto propone un cambio metodológico y epistemológico que implica dejar de ver a las mujeres dealers “como traficantes masculinos que son mujeres”. Como vamos a analizar más adelante, y como pudo leerse en el presente trabajo, las mujeres utilizan una inteligencia no masculinizada, incluida un tipo de confianza generizada para ser dealers exitosas. Un ejemplo, que presentan muchos de estos trabajos, es que las mujeres no están en desventaja al no querer utilizar la violencia; más bien todo lo contrario, la mantención de un negocio pacífico es, en la mayoría de los casos, un punto cardinal del éxito. En relación, con otros transas y traficantes, pero, sobre todo, en relación con las instituciones estatales de vigilancia y policiamiento, ser mujer—incluso ser madre y llevar ese bebé en brazos—es una ventaja que desvía la atención a otros actores más violentos y que encajan mejor con ciertos estereotipos delictivos (Denton y O'Malley, 1999: 523).

Un punto importante, que bien conoce la criminología, es que cuando cambia el *contexto social* y la *geografía* donde se llevan a cabo las investigaciones, también las conclusiones cambian. Estos contextos sociales diferenciales influyen en los roles de las mujeres. Por ejemplo, los mercados de drogas blandas, privados y a pequeña escala, donde se resta importancia a la violencia, suelen facilitar el tráfico de drogas por parte de mujeres (Sandberg, 2012). Cuando la geografía se vuelve callejera y pública, las prácticas violentas pueden tener otro valor y, por tanto, causar un cambio en los roles de las mujeres al insertarse en esta economía ilegal.

El mercado de las drogas duras presenta limitaciones estructurales abrumadoras para las mujeres. Los estudios sobre mujeres traficantes deben reconocer estas limitaciones, pero también deben examinar las estrategias que ellas desarrollan para superarlas. Las investigaciones de Sandberg (2008, 2012) sugieren usar como marco teórico el *capital callejero*, sintetizando un enfoque que incluye las perspectivas tradicionales de víctima y las perspectivas contemporáneas del empoderamiento.

Un paradójico olvido de lo masculino

Una cuestión que quiero señalar, por su importancia, es que si bien las nociones generales con las que se referencia la cultura callejera están fuertemente generizadas: por ejemplo, nombrándola como “masculina”, “un mundo de hombres”, o en términos de Bourgois (2015) una “cultura hipermasculinizada e hipersexualizada”, no se ha complejizado ni ha recibido mucha atención la noción de género en estas culturas callejeras (Mullins y Kavish, 2021). Connell (2005) entre varios tipos de masculinidades, conceptualiza lo que llama *masculinidad de protesta*—caracterizada por la violencia, la resistencia escolar, la delincuencia, el consumo excesivo de drogas, el alcohol, las motos y los autos y las relaciones breves y heterosexuales. Mullins y Kavish (2021) retoman este tipo de masculinidad y desarrollan otro similar pero más apropiado para la presente investigación: la *masculinidad callejera*.

Se basan en la comprensión del género como una *práctica*, es decir, los hombres muestran regularmente su género a través de actividades que expresan la masculinidad callejera. Este tipo de masculinidad valora la elegancia, la violencia, las represalias, la ropa de moda y el vínculo con las mujeres (heterosexuales).

La concreción de una reputación violenta, es útil dentro del *código callejero* (Anderson, 1999), pero especialmente lo es en el universo de la venta de drogas: ganarse el respeto, disuadir de posibles ataques y castigar con justicia—especialmente cuando no se ha pagado sus deudas al dealer (Jacobs, 2000; Venkatesh, 2000, 2008; Jacobs y Wright, 2006; Bourgois, 2015; Mullins y Kavish, 2021). No quiero aquí exagerar la naturaleza del género en la actividad de ventas de drogas, pero creo que es relevante—siendo esta una etnografía sobre una mujer traficante—señalar que se entiende por “capital de género”.

Este último, puede convertirse en un capital extra, que permite si no estar en mejores condiciones, al menos hacer frente a los riesgos que implica la comercialización callejera. Y, aún mejor, si podemos dejar de lado el concepto de “capital” para referirnos a un esquema de apoyo—material, de redes vinculares, rutinas y prácticas que se *tienen* y *mantienen* en un *portfolio* personal—estaríamos avanzando en la comprensión de los procesos, en los significados nítidos y vagos de la reputación y el respeto.

La gestión del portfolio

Es útil la explicación de Sandberg (2008) sobre la utilización del concepto de *capital callejero*, en cuanto esta teorización contiene la socialización temprana y la racionalidad práctica que implica, muchas veces, la iniciación en el tráfico de drogas ilegales; también desarrolla una posición intermedia entre la agencia individual y las limitaciones estructurales—dos cuestiones que son fundamentales para entender la posición de las mujeres dealers. Aun así, el concepto de *capital* es limitante de la comprensión de los procesos de gestión de las relaciones que se *tienen* y se *mantienen*, de la multiplicidad de relaciones que sostienen una actividad, y aun más, como actividades y recursos que podríamos considerar antagónicos a otros, están vinculados y se complementan.

En tanto, hablar de *capital* compromete, de cierto modo, la atención a los procesos, encubre sutilezas y vuelve la explicación poco dinámica. La idea de “capital” se apoya sobre lo que se “tiene” o “posee”, desdibujando los procedimientos de obtención pero, sobre todo, los de mantenimiento, pérdida o cambio. Al contrario, el *portfolio*, no es una “cosa”, es un concepto financiero que necesita de la “gestión” del sujeto, lo que la vuelve una categoría más adecuada y productiva. Es un resumen de diferentes tipos de *relaciones continuas*, que aportan recursos variados, disminuyen o aumentan los riesgos, que otorgan estabilidad, beneficios materiales, que dan confianza o miedo, que generan amor y aborrecimiento. Son “relaciones que uno ‘tiene’ (un concepto pasivo), pero que también hay que ‘mantener’ (concepto activo)”¹⁰. Hay relaciones que se tienen desde el principio, y que se hace un esfuerzo por mantener o, por el contrario, se intentan desvincular; otras relaciones no se tienen y se hace un esfuerzo por obtenerlas, y luego por mantenerlas o profundizarlas—lo mismo hay relaciones que se suplantán o intercambian, se olvidan o resurgen.

Cuando utilizo en este trabajo, en diferentes pasajes, el concepto de *portfolio* estoy refiriéndome a dos dimensiones: la primera, los conocimientos *técnicos* sobre las drogas ilegales y la venta de drogas y los conocimientos *mitológicos* sobre los códigos y las culturas de las drogas—son cruciales aquellos vinculados a cómo evitar a la policía, o evitar el conflicto con otros dealers o transas, realizar buenos tratos, la disposición de utilizar la violencia y la autopresentación como transa o dealers. La segunda, tiene que ver con las *relaciones continuas* e interrelacionadas. Estas *relaciones* (que funcionan como recursos) son la familia, los amigos, los vínculos amorosos, pero son también los vecinos, la escuela y la policía; su propio cuerpo, su sexualidad y su reputación; pero, también las

¹⁰ Agradezco a Jack Katz el señalamiento de este concepto para suplantarlo al de “capital”. Y reproduzco alguna parte de los intercambios que tuvimos sobre este concepto y su uso teórico y práctico [Comunicación personal, 8 de agosto de 2022].

prestaciones estatales, los subsidios o las deducciones fiscales. Y el valor de cada relación está definida por las relaciones que, a su vez, tienen ese familiar o amigo; el *portfolio* se configura por muchas capas de vinculaciones y recursos.

Trataré de señalar las relaciones que se mantienen o cambian cuando se produce la transformación identitaria entre la Keka y Lupe. La Keka, por ejemplo, tenía una relación con su hermanastro (la familia) que implicaba un vínculo laboral ilegal y una serie de complicidades con la policía. Disfrutaba de una cercanía mayor con los vecinos del barrio (que desapareció cuando fue Lupe), con Lili—la almacenera—pero también con otros vecinos. Por su parte, para Lupe las relaciones también se extendían indirectamente con, por ejemplo, los dueños de los boliches y bares, o con los “RR.PP. de la bolsa”, con apellidos y empresas de familias adineradas, con el trabajo formal y los espacios y prácticas de distinción.

El *portfolio* puede contener procesos económicos, pero también, sociales. Si se piensa junto con el “capital cultural” bourdesiano, la diferencia fundamental es que el *portfolio* mantiene una dinámica procesual, siempre hay una dificultad de ser transferido a otros ámbitos sociales y subjetivos. Ahora bien, el *capital callejero* tiene características “objetivas”, como el color de piel (Sandberg, 2008) y el sexo; y está determinado por formas de “hacer género”—mostrar una actitud violenta es la forma más común de los varones de “generizarse” y, por tanto, ser visto como “un hombre” (Mullins y Kavish, 2021). Estas peculiaridades “objetivas” están presentes en la gestión de un portfolio, la acción de administración es diferente para una mujer que para un varón, pero también es desigual para sujetos que se ubican en estratos sociales diferenciales.

¿Cómo utilicé el concepto de *portfolio* a partir de mi trabajo de campo? A través de una serie de estrategias que traté de definir desde la observación y los relatos obtenidos de los protagonistas, cuando se ponen en

movimiento durante el intercambio de drogas, pero también, en cómo se configuran las relaciones vinculadas al tráfico, y aquellas que quedan por fuera del comercio de drogas. El *portfolio* tiene un contenido y una gestión diferente para la Keka y para Lupe; aunque en ciertas fronteras pueden combinarse y funcionar conjuntamente. Y el *proceso* que esta etnografía convierte en texto, en cuanto al aprendizaje que la Keka y Lupe tuvieron como traficantes, explica el *porqué* su experiencia de vida contiene estas maniobras contrapuestas y complementarias. Una mirada procesual como es la etnografía, que no saca una foto, sino que registra movimientos, sucesión de eventos, transformaciones, permite captar ese proceso de acumulación de activos en el *portfolio*, algo que una instantánea dejaría plasmado de un modo equívoco, señalando capitales inertes en lugar del flujo dinámico de la valorización del *portfolio* de la Keka, Lupe y su vacío posterior volviendo a ser la Keka.

La Keka y Lupe: entre lo callejero y lo discreto

Los mercados de drogas ilegales—más estudiados—y sus contextos sociales se caracterizan por el desarrollo de una cultura callejera (Anderson, 1999; Bourgois, 2009, 2015; Rios, 2011; Goffman, 2014), que esta hipermasculinizada; y las mujeres que ingresan en estos mercados *saben* que tienen menos recursos callejeros corporizados. Por lo que despliegan una serie de estrategias multifacéticas para superar esta desventaja—podemos decir que complejizan el “hacer género”. Pero existen otros mercados de drogas, con lógicas de sociabilidad diferentes, que son menos estudiados. Intentaré, en lo que sigue, establecer ciertas comparaciones entre dos formas de tráfico, que tienen ciertas similitudes, pero también sustanciales diferencias.

Del jogging a la tanga Victoria's Secret

Una premeditada desexualización fue perceptible, tanto en la experiencia de la Keka, como de las otras mujeres que vendían drogas—Jesica y Mirella. Cuando sus relatos se refieren a la manera en que se relacionaban con sus propios cuerpos expresan un claro procedimiento de desaxualización, o lo que Miller (2001) refirió como “ser uno más de los chicos”. La regla número uno de la Keka era no usar el sexo para cerrar tratos ni ventas. Cuando le recordé la “relación” que había tenido con el barra brava, me contestó: “a veces te conviene, pero casi nunca. Desde el momento que tenés sexo podés quedar fuera de juego. Tuve que ponerme ortiva en la cancha. Cuando me decían ‘ahí viene la noviecita’ o algo así... los cortaba en seco”.

Era importante evitar las relaciones sexuales o personales con los hombres que pertenecían a la economía ilegal de la venta de drogas. En muchas ocasiones la Keka destacaba la importancia de estar soltera—aunque no evitaba las relaciones de una noche, ocasionales. Otras etnografías también señalaron esta estrategia de “parecer un chico”; y, en especial, observaron que al momento de tener éxito y cuanto más alto en la jerarquía iban ascendiendo más difícil era respetar esta restricción, porque las mujeres se volvían más deseables para los varones del negocio—y una forma de frenar o detener ese ascenso era “llevarlas a la cama” (Grundetjem y Sandberg, 2012). En cierto sentido, hay una lucha constante para evitar ser reducida a la condición de pareja sexual¹¹—por lo que ser

¹¹ La gestión de un portfolio está vinculado a la capacidad de agencia, a la búsqueda de respeto en otro mundo, como tantos otros, masculinizado. Ganar respeto no es volverse *macho*, sino ser capaz de transformar la femineidad en un recurso extra dentro del portfolio—algo que la Keka logró consagrar con su consecuente transformación en Lupe.

soltera y evitar relaciones sexuales es vital para mantener ciertos valores y relaciones en el *portfolio*.

Sin embargo, en esta etnografía y en otras se presenta como algo cotidiano ser acosada sexualmente—las mujeres relatan frecuentes y repetidos abusos sexuales y físicos. La Keka sentía que los dichos y comentarios sexualizados eran una forma de los hombres de “ponerla a prueba”, para ver “hasta donde estaba dispuesta a llegar; cuáles eran mis límites”. Una estrategia—que no surgió en mi trabajo—era utilizar un lenguaje sexista, similar al de los hombres, y de cierta manera, “redoblar la apuesta” (Grundetjem y Sandberg, 2012), es una forma de acción sexualizada que tiene la mujer, inesperada por los hombres.

El cuerpo como símbolo de los parámetros estéticos hegemónicos es igual para las mujeres que son traficantes—en la lógica de la cultura callejera las mujeres traficantes deben ser especialmente conscientes de su aspecto. Por otro lado, esta narrativa—en el caso de mi trabajo—no la podemos pensar como una reconstrucción totalmente racional (Goffman, 2014), ya que cuando la Keka *switchea* su persona en Lupe—entre la transa y la dealer—el cuerpo toma protagonismo y cambia radicalmente la lógica de control sobre su imagen; es decir, se manifiesta el deseo de experimentar con su cuerpo vinculado a una imagen estética hegemónica.

Obtener un trabajo legítimo fue el puntapié para que la Keka se pueda independizar de la policía—que también significaba la emancipación de su familia—y se convirtiera en Lupe; aunque, por fin, logró una independencia total de la red familiar cuando su atractivo y su corporalidad tomaron protagonismo y pudo conseguir el apoyo de la Barra Brava.

El *outfit* de Lupe era atrevido y provocador, mostraba sus largas piernas, usaba transparencias y escotes en la espalda, o usaba remeras “top” que mostraban la panza. Se había puesto un arito en el ombligo y,

habitualmente mostraba por sobre el hueso de la cintura, el elástico con la marca Victoria Secret de sus tangas—todo esto era una “copia” del estilo de vestir de Elisa y de sus consejos de cómo mostrarse ante los demás. Las primeras prendas de marcas costosas fueron un regalo de Elisa. Había aprendido a volver glamorosos gestos o formas que en otras partes de la estructura social ella consideraba como “ser rocha”¹²—incluso el uso de “una visera”. Cuando era la Keka no podía ser sexy siendo “rocha”, cuando fue Lupe podía ser sexy siendo “cheta”.

La mediadora de la violencia

Otra estrategia es la de la *postura violenta*. La escena del prefacio, si bien, se repitió algunas veces más—según diferentes entrevistados al menos otras seis veces me relataron ver a la Keka golpear y correr a jóvenes de su casa con extrema violencia—ese tipo de acciones violentas fueron disminuyendo. Incluso llegando al punto en donde ella se presentaba como mediadora de la violencia, sobre todo de la amenaza que mostraba el Moneda hacia los clientes. Lo que quiero señalar, en este punto, es que una vez consolidada a través de ciertos actos violentos una reputación que implicaba respetar los tratos y acuerdos, la violencia se fue gestionando y dosificando, hasta llegar a una táctica pacífica de *salvataje* del comprador o cliente. Este pasaje de una personalidad violenta a una pacífica¹³, sucedió, al menos, por dos razones.

¹² Rocha implica tener ciertos gustos y prácticas culturales, vivir en determinados barrios populares y pertenecer a una clase socioeconómica baja. Esos gustos pueden ser vestirse con ropa deportiva, ajustada, marcando las “curvas” del cuerpo, de forma provocativa, escuchar cumbia y moverse y hablar con cierta jerga. Es una posición cultural contraria a “ser cheta”. Lupe en muchas ocasiones no decía “chetas”, sino que se refería a ese estilo cultural diciendo “fresas”, una palabra que había aprendido de Elisa, quien la había importado de sus varias estadías en México.

¹³ Se podría considerar como un “proceso civilizatorio”, como un autocontrol emocional y la incorporación de la represión de ciertas emociones (Elias y Dunning, 2014).

La primera, precisamente, es la acumulación de experiencia y la capacidad de gestión de la violencia dentro del *portfolio*—en el ejemplo de haber tenido sexo con el barra brava, volverse “dura” (*ortiva*) y utilizar la violencia (o la amenaza de violencia) para *equilibrar* su imagen, le devolvía cierta reputación. La *gestión* y el uso *justo* de la violencia es uno de los valores más importantes que se deben poseer en el portfolio. Pues como señala correctamente Zaitch (2005), no es tanto la violencia real como la *amenaza* de violencia lo que resulta eficaz en la economía ilegal de la droga¹⁴. La Keka, tuvo que construir esa imagen de *persona dura*, en especial, por su aspecto de “nena”—que, si bien pudo explotarlo en algunos casos, con lo que Jacobs y Miller (1998) llamaron “asimilación contextual”, en las primeras ventas en la red de líneas ferroviarias, a veces vestida con el uniforme del colegio y otras con su hija recién nacida; de igual manera la perjudicó en otras ocasiones.

Probablemente las mujeres traficantes tengan que compensar el hecho de no ser hombres de varias maneras diferentes (Dunlap *et al.*, 1997: 50), una de ellas es el uso de la violencia. Aunque quiero dejar claro que esta estrategia es principalmente útil—en cuanto violencia excesiva y exageración de la representación de un personaje violento—especialmente entre las traficantes que están involucradas en los mercados de drogas ilegales integrados en la cultura callejera (Grundetjem y Sandberg, 2012). Cuando el mercado de drogas corresponde a un tipo de cultura “empresarial”, la estrategia de una postura violenta pierde su sentido de ser—entonces, el respeto necesita de otras destrezas y habilidades, con otro sentido de los vínculos sociales y con la capacidad de agregarse a otras redes.

¹⁴ En su amplio estudio sobre la violencia, Randall Collins (2008), sostiene que la mayoría de las expresiones de violencia, no pasan sus condiciones de amenaza o fanfarronada.

La segunda, quizás tenga que ver con su vínculo con la policía. Esta importa particularmente, ya que es algo sabido por todos en el universo transa que los traficantes de drogas corren altos riesgos de ser robados, porque la gente que los rodea o conoce, especialmente los compradores y otros transas, saben que tienen dinero y drogas disponibles para ser robados (Jacobs, 2000). Aunque “sus chicos” tenían órdenes claras—de la Keka—sobre cómo lidiar con las incursiones de ladrones y rateros en su territorio, lo cierto es que pocas veces tuvieron que resolver alguna situación de robo contra la “empresa” o contra algún cliente, porque mayormente el control territorial estaba delegado a la policía—este control policial agregaba *fe* a los negocios. La *precariedad legal* (Jacobs, 2000; Goffman, 2014), que implica no poder denunciar la violencia, los robos o las represalias recibidas a las instituciones estatales (policía o poder judicial), estaba amparada por el *nexo* comercial con la policía¹⁵.

Poner cara de póker

Otro recurso implica, como lo sugieren Grundetjem y Sandberg (2012), el *desapego emocional*—que es básicamente, el ocultamiento de los verdaderos sentimientos frente a los demás compañeros de negocio. En el caso de la Keka logró un desapego emocional casi absoluto—con una sola excepción: el apuñalamiento que la lleva a la cárcel. Pero antes de eso, incluso la violación que sufrió, nunca dejó que la afectara, o para decirlo con otras palabras, nunca mostró a los demás que la violación la había afectado.

¹⁵ El reciente estudio de Auyero y Sobering (2021: 51) profundiza sobre esta “complicidad” entre funcionarios estatales y actores ilícitos, y como esta “protección extorsiva esponsorada por el Estado” hace que se establecen abstenciones en algunos casos y una aplicación selectiva del cumplimiento de la ley (generalmente contra algún rival de otra organización criminal).

En este punto el desapego emocional se combina con la *desexualización*—de esta manera pudo actuar como si el acoso sexual no la perturbara. Quizás cuando fue Lupe ese desapego emocional no tuvo que ser tan invulnerable, ya que con Elisa—según ellas—se contaban todo (aunque su apertura afectiva no se dio con un varón). Y esta disminución del desapego emocional, vino de la mano con una atenuación de su desexualización (que sucedió en el rencuentro con su propio cuerpo), aunque nunca supe si el hecho de no tener una relación amorosa estable era una decisión personal o un residuo de esta desexualización, y una estrategia crucial de mantención de ciertas relaciones estables dentro de su *portfolio*—por ejemplo, que no se le conociera un noviazgo “estable” le aseguraba conservar esa relación “indefinida” con el barra brava y, por tanto, un ingreso fluído de droga.

El distanciamiento emocional puede ser muy útil, pero sin dudas, tiene un costo. Soportar el acoso sexual y otras experiencias degradantes actuando como si no significaran nada, es difícil. La última vez que la visite en la cárcel, la Keka me dijo: “Cuando estaba con Pedro conectaba con una parte mía... que me olvidaba que existía. Más tiempo pasás en este negocio, más difícil es volver a ser como eras antes”. Estos dilemas que tienen las mujeres traficantes se pueden observar con cierta atenuación en los varones. “Al principio yo practicaba la cara de malo en un espejo—me decía el Chino—y varias veces cuando acompañé a la Keka a realizar alguna venta, después ella me cagaba a pedos y me decía ‘no te hagas el simpático boludo, vos pone cara de póker’ (...) Tenía que ser como no era, yo soy así como soy acá, me cago de risa... pero no puedes ser así en todos lados. A veces tenés que ser ortiva... no mostrar tus emociones”.

La Keka no lloraba, no mostraba miedo y siempre trataba de dar la apariencia de estar calmada y, por tanto, que siempre tenía todo calculado. En especial cuando estaba en presencia de hombres—ya sea su

hermanastro o los “pibes de la barra”—debía parecer emocionalmente fría y “sin corazón”. Grundetjem y Sandberg (2012: 629) consideran este punto como la clave para conseguir la aprobación y la confianza de los hombres del negocio.

Los vecinos de Villaverde y los RR.PP. de la bolsa

“A mí me robaron tres veces... me entraron a mi casa. Por suerte yo no estaba. Pero parece que saben cuándo estoy y cuando no estoy. Las tres veces hice la denuncia y siempre me dio la sensación que la policía sabía quiénes eran”, me decía la vecina de enfrente de la casa de la Keka. Esta vecina como otras, tenía una relación cordial con la Keka. Se saludaban cuando se cruzaban por la calle o cuando se veían salir o entrar a sus casas. La Keka, al haber crecido en esa casa, conocía y era conocida por todos los vecinos de varias cuadras a la redonda. Ella se encargaba de mantener esas relaciones de respeto y cordialidad, saludaba a todos—incluso conocía pequeños datos personales, como sus nombres, sus profesiones o donde trabajaban.

“Todas las veces que le robaron a Julia [la vecina de enfrente] fue la policía—me explicó la Keka. La primera fue un ‘desacuerdo’ [hace comillas con las manos] con el Pepi sobre cuánta plata tenía que entregarle. Lo mandé a la mierda, le dije que esa era su parte de la plata de toda la venta mensual... él no estaba de acuerdo y me decía que lo estaba cagando. A los dos días le revientan la casa a Julia”. La interrumpí, y le pregunté que tenía que ver Julia con ella. “Nada”, me dijo. “Pero cuando los vecinos saben que vos sos la transa del barrio, y te aseguro que todos saben, y los que dicen que no se están haciendo los boludos (...) Para bien o para mal sos la responsable de todo. Para que la policía te banque y te cuide el

territorio tenés que llevarte bien con los vecinos. Cuando los vecinos empiezan a denunciarte... cagaste. O te mudás o vas en cana. Por eso yo me llevo bien con todos. Los saludo, me quedo hablando en la calle, cuando alguno me viene a comprar le hago precio... esas cosas". Volví a interrumpirla y le dije "¿entonces le roban a la vecina para que te denuncie a vos?"—"Claro... mandan a un perejil a robarle para apretarme a mí".

"A nadie le importa que vendas drogas, es un negocio más, no da miedo...". Pero cuando un vecino es robado, la sensación es que a cualquiera le puede pasar lo mismo—ese es el sentimiento que explota la policía—y, "cuando tenés de vecinos a un juez o a algún político", que la apunten a la Keka como la productora de la delincuencia le genera un gran problema.

En la próxima entrega de dinero, la Keka, le dio un "extra" a su hermanastro—eso hizo que vuelva la paz. "Fui a hablar con Julia, le dije que se quede tranquila que no la iban a volver a robar"—la Keka, de cierto modo, se tuvo que hacer cargo, tuvo que dar la cara.

Otras vinculaciones vecinales favorecían la reputación de la Keka. Lili, la almacenera, la había acogido como una hija desde que la Keka era niña, y ese afecto, se había extendido a Clara y Pedro. Un vecino, que vivía a una cuadra y media, era el padrino de confirmación de la Keka—y también había sido amigo de su padrastro. Ella tenía una red de apoyo y contención entre los vecinos, que de algún modo u otro, facilitaron su éxito como transa—por ejemplo, el cuidado que Lili dio a sus hijos fue crucial para que ella dedicase el tiempo necesario al desarrollo de la "empresa" de venta de cocaína.

Para Lupe, esto fue bien diferente, en sus estancias en barrios cerrados y departamentos lujosos, los vecinos no jugaban ningún rol de importancia. En el tiempo que participé de esos espacios que ella frecuentaba no conocí a nadie que no perteneciera al "grupo" de familias amigas. La red de apoyo

vecinal fue suplantada por otras redes y otros recursos: los dueños de las discotecas, los gerentes de restaurantes o de clubes de campo, también los “RR.PP. de la bolsa”—como les decía el Chino—personas que son intermediarios entre el dealer y el cliente. Choferes de limusina, patovicas de la puerta de los boliches, mozas en los bares, conserjes de hoteles de cinco estrellas, managers de estrellas del deporte, etc. En tres ocasiones Tato me señaló que en una “party” en el departamento de Lupe había un importante manager de jugadores de fútbol de un club local, o un gerente de un glamoroso hotel de la “city” porteña. Estas personas funcionaban como *intermediarios* con otros clientes importantes y poderosos.

Este tráfico privado, se basaba en la *discreción*, y esa reserva está de cierta forma garantizada por estos trabajadores intermedios, que en muchos casos no son consumidores, sino simplemente *nexos* entre un vendedor y un comprador.

Fue Lupe la que me explicó esto—“Hubo un momento que con el Chino no podíamos darnos cuenta de dónde salía tanta guita. Porque teníamos registrado más o menos lo que compraba cada uno. Tato, Steff, Antonia, Elisa... Y, había semanas que Steff compraba el doble, que Tato compraba el triple... Hasta que lo hablé directamente con Tato. Y ahí me di cuenta que a él le pedía el dueño de un banco, el gerente del club de campo donde comía todos los fines de semana su familia, el manager de un jugador de fútbol. (...)”.

Al mismo tiempo, el provecho que obtenían grandes empresarios o adinerados “señores” de la noche porteña, a través de Lupe—y otros dealers—era el de publicitar un “servicio” de venta de drogas de calidad para los empleados de sus empresas o para los jóvenes ricos que circulaban por los VIP de sus boliches.

El pensamiento empresarial

La perspectiva empresarial es *opuesta y compuesta*, en un mismo movimiento, a la lógica de la cultura callejera, de alguna forma las estrategias y recursos implicaban un rechazo de ciertos roles convencionales femeninos y una adopción de ciertos roles convencionales masculinos. El *pensamiento empresarial*¹⁶ en el tráfico callejero, así como en el privado o “indoor” sugiere, a primera vista, la posibilidad de compatibilizar esos roles convencionales femeninos (como ser novia o madre) con el *universo transa*. Ya que como se puede leer en el presente estudio, la Keka, si bien podría rechazar ciertos mandatos femeninos convencionales, no quería rechazarlos para suplantarlos por los mandatos convencionales masculinos. Lo que quería era independencia y éxito siendo una mujer deseada—con su metamorfosis como Lupe pudo lograr estos objetivos.

Este punto es para mí especialmente importante, porque explicita mejor que los anteriores un argumento teórico y empírico que es la cuestión principal de esta etnografía: la diferenciación de dos tipos de tráfico. Lo he nombrado como *pensamiento empresarial*, pero es referenciado en Dwyer y Moore (2010) como “negocio legal”, en Grundetjem y Sandberg (2012) como “vocación de servicio”, o como “mentalidad de mercado” en Andre (2021). Muchos traficantes de drogas describen su actividad como un “negocio” y comparan constantemente lo que hacen con lo que ocurre en los mercados formales y legales (Dwyer y Moore, 2010). Y no es para nada raro que esta forma de presentar la venta de droga se vea señalada—y explicitada—por las mujeres traficantes, ya que es mucho más fácil de combinar esta perspectiva empresarial con el hecho de ser mujer que si se

¹⁶ Coincidimos con Grundetjem y Sandberg (2012) en que probablemente esta ética empresarial (o vocación de servicio), encaja y funciona mejor en los mercados privados y de drogas blandas, donde la cultura callejera violenta es menos dominante.

hace hincapié o se trata de combinar, por ejemplo, con la violencia y la masculinidad callejera.

La Keka reforzaba su respetabilidad tomándose el negocio en serio; preocupándose por la calidad de su producto y por la seguridad de sus clientes. A pesar de que quizás, en algunas circunstancias se podía engañar a algún comprador, la Keka siempre supo que la confianza era primordial en el negocio de la droga. Por eso es que ponía en práctica diferentes modos de *fidelizar* a sus clientes. Ella creía que no debía diluir demasiado el producto, y que lo que usaba para “cortar” la cocaína debía ser también de calidad (incluso cuando vendía a sus clientes de clase baja y media). “Si vendés porquerías no durás mucho. Como en cualquier negocio... una panadería o una carnicería, si vendés porquerías te compro una vez, la segunda ya no voy. Lo que das, siempre vuelve”. Posteriormente, siendo Lupe, esto se consolidó y, con ciertos cambios, significó un aumento considerable de ganancias.

En este sentido, para ella ser de confianza, razonable y, sobre todo, que los acuerdos e intercambios de drogas se lleven a cabo con celeridad y sin complicaciones, eran las formas que tenía de utilizar su inteligencia y su ética empresarial para ser una traficante exitosa—sin tener que recurrir a la violencia (Denton, 2001; Hutton, 2005). Tanto la Keka como Lupe, se enorgullecían de organizar las “empresas” en torno a “normas éticas” (Morgan y Joe, 1996). Las definiciones de las diferentes transacciones de drogas estaban vinculadas con un diferencial lenguaje empresarial: “líneas de crédito”, “escalar la empresa”, “profit”, entre tantas otras.

Como decía antes, esta última cuestión me interesa particularmente porque a diferencia de las tres estrategias anteriores—desexualización, postura violenta y desapego emocional—el *pensamiento empresarial* no es un intento de ser “uno más de los chicos” (Miller, 2001). Las primeras tres estrategias intentan *compensar* un fuerte estereotipo de debilidad y

desconfianza que sufren las mujeres en el universo de la ilegalidad—los varones suelen considerar que las mujeres podrían convertirse fácilmente en delatoras (Goffman, 2014).

Ahora bien, la perspectiva empresarial pretende redefinir el juego de poder. La Keka sabía cómo ser violenta, a pesar de que su aspecto físico mostrará otra cosa—pero también sabía que en muchas ocasiones dependía de la fuerza bruta del Moneda. Esa dependencia tiene que ser camuflada. De lo contrario cuando ella estaba sola podía considerarse que era débil o vulnerable. Ese camuflaje es tener una buena dirección del negocio; esta es una forma audaz de enfrentarse a un estatus inferior (Hutton, 2005) y, también, es “asimilación contextual” (Jacobs y Miller, 1998). De acuerdo a mi etnografía y otros estudios anteriores, las traficantes que mejor desarrollaban esta estrategia solían tener un entorno social más variado que otras traficantes. Este entorno se caracterizaba, por ejemplo, con tener o haber tenido un empleo legítimo o con poseer algún tipo de estudio superior; es decir, poder valerse de un conjunto más amplio de recursos—o una red de apoyo más compleja— para lograr una ejecución exitosa de esta estrategia; para decirlo de otra manera, tener un portfolio más diverso en recursos.

* * *

Quisiera señalar dos cuestiones de importancia. La primera es que hay estudios que contradicen lo dicho hasta aquí. En el caso de Jacobs y Miller (1998) observaron a mujeres traficantes que nunca intentaban “parecer un chico más”. Y, por el contrario, buscaban en el hecho de ser mujer su ventaja dentro del negocio. Por ejemplo, utilizaban esa mirada condescendiente de los varones para llamar menos la atención y evitar los

encuentros con la policía¹⁷. También en la etnografía de Adler (1993: 91) se muestra cómo los hombres “flexibilizaban las reglas para las ‘damas’”—por ejemplo, para pagar las deudas, ya sea por la compra de drogas para vender o para consumir. Si bien, estos ejemplos, contradicen parte de las estrategias que propuse más arriba, no dejan de ilustrar el rol inferior de las mujeres en la economía de las drogas; pues no son consideradas como iguales y si pretenden ser incluidas, necesitan ser creativas y trabajar mucho.

La segunda cuestión crucial a tener en cuenta, es que varios de estos recursos también son utilizados por hombres. Tanto varones como mujeres tienen que quitarle importancia a la feminidad y evitar actuar de forma femenina. Por tanto, la postura violenta y el desapego emocional son estrategias comunes para hombres y mujeres—a pesar de que las mujeres tengan que sobrecompensar y exagerar la representación violenta. Ahora bien, la desexualización funciona de manera desigual. Las mujeres traficantes, por lo general, evitan las relaciones sexuales para no ser percibidas como objeto sexual, o como una “puta”; por el contrario, los varones obtienen prestigio al “poseer” más de una mujer, pero deben evitar las relaciones homosexuales (Grundetjern y Sandberg, 2012).

El trabajo y las relaciones legítimas

Jordan, sin dudas, era el más exitoso empresario del grupo y un gran consumidor de cocaína—pero antes que cocainómano era adicto al trabajo. El consumo de cocaína estaba intermediado por la capacidad de pasar más tiempo trabajando. En otras palabras, el consumo no tenía un fin en sí mismo, sino que funcionaba como combustible en la producción

¹⁷ En ciertas escenas de mi trabajo se pueden ver estas estrategias en funcionamiento, en especial, cuando la Keka utilizaba su aspecto de “nena” para no levantar sospechas o llevaba a su hija recién nacida a realizar las transacciones.

de ganancias y la diversificación de las empresas¹⁸. Había recientemente convertido a la empresa familiar en una *startup*, y logrado triplicar su valor. Jordan tenía un increíble aspecto físico, era asiduo practicante de deportes de aventura—pero su vida era moverse de una reunión a otra reunión de trabajo, tomando alcohol y consumiendo cocaína.

Parte de la cocaína que Tato le compraba a Lupe era para su hermano—pero cuando Jordan estaba presente se llevaba una buena cantidad para su consumo personal. “Si, estoy siempre de viaje. Pero son viajes de trabajo. Ahora estoy unos días más en Buenos Aires. De acá tengo dos días en Catamarca de reuniones y de ahí vuelvo a Madrid”, me decía Jordan, con cierta antipatía y sin siquiera mirarme. Para Jordan, pero igual para Tato o Elisa, el consumo de cocaína se presentaba como un complemento de sus trabajos—o sus jornadas laborales.

Con Lupe pasaba lo mismo. La venta de drogas y su consolidación como dealer, no la hicieron dejar su trabajo legítimo en la tienda de ropa. Por el contrario, ella seguía trabajando en el comercio casi todos los días; y no quería abandonarlo. No le importaba el salario, o tener aportes jubilatorios; lo que importaba eran las relaciones legítimas y estables que le otorgaba tener un trabajo formal y legal. Este tipo de relaciones son muy difíciles de obtener cuando las experiencias se desarrollan en la informalidad. Y, una forma de reforzarlas y *mantenerlas* era seguir trabajando en la tienda.

Pasé muchas tardes tomando café en la tienda, varias veces Antonia iba también de visita (y a veces se compraba algo). Otros días, aunque pocos,

¹⁸ Una cuestión fundamental que deja bien clara la etnografía de Carlos Castaneda (1998) es que el consumo de drogas no se vuelve problemático cuando resulta ser un fin para otro medio y no un fin en si mismo. La observación aguda de Octavio Paz, en ese mismo libro, indica que ese consumo de drogas debe insertarse en una visión del mundo y del trasmundo, una escatología, una teología y un ritual. Quizás la cuestión no sea prohibir el consumo de drogas, sino más bien reponer el sentido del mundo para los consumidores.

estaba Helena (la dueña). El local generaba ventas entre amigas, y muchas veces era utilizada como “galería” de moda—alguna amiga diseñadora de ropa o de indumentaria de Helena presentaba su nueva colección de ropa en su tienda en Villaverde. Se hacían eventos con champagne, vino y canapés. La tienda para todas—Helena, Elisa y Lupe—servía para obtener y mantener esas relaciones estables; ninguna de las tres tenía una necesidad económica de trabajar en ese comercio.

En el tráfico callejero, la venta de drogas suplantaba el trabajo legítimo—intensificando los vínculos anónimos e inestables; pero también financiando el tiempo de ocio: ver televisión, jugar a los videojuegos, pasar largas horas en las plazas. Aquí hay una similitud y una diferencia con el tráfico privado. De cierto modo es análogo, el hecho, de que las ganancias le pagaron a Lupe su ticket de entrada al círculo de élite, pero ese tiempo libre está cargado con otras actividades y ligado con la productividad laboral. En este tráfico discreto, lo que es diferente, es que el trabajo legítimo y formal se ve fortalecido—un comercio ilegal intermediado por las preocupaciones y las relaciones laborales de un comercio legal—y de esta manera, tanto el anonimato como la informalidad en las relaciones se ven desdibujados.

Jugando en otra liga

Recuerdo una noche en el departamento de Lupe a fines del 2016. Había unas ocho personas, los de siempre. De fondo se escuchaba una banda indie—*Titus Andronicus*—, que había sacado su último disco en el 2015 con piezas musicales densas y extensas, por momentos un poco deprimentes; pero que encajaba perfectamente con la escena. Tato y Steff estaban sentados en el sillón de cuero color suela—ella estaba arrojada con el celular en la mano y Tato inclinado consumiendo cocaína mientras hablaba. El Chino miraba el televisor, que estaba muteado, en el “segundo”

living del departamento. Antonia, Lupe y Tini charlaban cerca de la ventana que daba al balcón. Todos con su cóctel en la mano, como una vieja escena del París de la década del 20.

En un momento, y con un estallido corporal, que gritaba "ahora présteme atención todos a mí", Steff se estiró para alcanzar su cartera y sacó un diminuto frasquito con un polvo rosa en su interior. "Les traje algo especial esta noche...", dijo riéndose y con orgullo—mientras hacía un pequeño movimiento agitando el frasquito entre dos dedos. Se produjo un silencio de unos segundos. Tato con cara de desconfianza preguntó: "¿Es la Gucci?". Y antes que Steff pueda contestar, interrumpió: "¿Cuánto la pagaste?". "Me la consiguió un amigo, la venden en Palermo... 40 dólares el gramo. ¿Quieren?". Lupe se acercó y le pidió a Steff el frasquito, lo miró de cerca—como si fuera una bioquímica frente a una muestra orgánica que tiene que analizar. Steff se la sacó de la mano y fue a buscar un platito a la cocina. Volvió con la "cocaína rosa" extendida en el plato.

"¿Quién decís que te la vendió?", insistió Tato. Steff dijo que no lo conocía, que era un amigo de un amigo. En ese momento, y creo que, por primera vez, a pesar de haberla visto un centenar de veces antes, escuche la voz de Tini: "No tomes eso Steff". Tato estuvo de acuerdo con Tini y dijo que él no iba a tomar. Steff se decepcionó por unos minutos, dejó la "pink cocaine" sobre el plato en la mesa ratona y volvió la atención a su celular.

"Si quieren tomar Gucci yo les consigo... pero la posta", dijo Tato. "Conozco a alguien que la vende... es de confianza". Steff había quebrantado unas de las reglas fundamentales para comprar drogas: que el dealer sea de confianza—no simplemente conocido. La noche avanzó y cuando estaba cerca de amanecer, solo quedábamos el Chino, Tato, Tini, Lupe y yo.

Quedé sorprendido por el conocimiento sobre drogas que tenía Tini. Estábamos todos sentados en los sillones, charlando y tomando alcohol. Sin decir palabra, Tini se levanta, agarra el plato, se va a la cocina y arroja

a la basura la cocaína rosa. Entonces, yo aprovecho para preguntar al aire por qué era rosa. “Es una droga que está de moda en Europa... pero es muy difícil de conseguir acá”, dijo Tato. Tini, lo interrumpe, mientras volvía de la cocina: “Pero no es cocaína. Es sintética (...) Te acordás Tato que la probamos el año pasado en Milán”, Tato asiente con la cabeza. “Fue en la *Fashion Week* en Milán—continúa Tini—por eso le dicen Gucci [se ríe]”—creo que cuando me miró, pudo notar mi cara de desconcierto y, un poco molesta, dijo: “Como la marca de ropa”, hizo un movimiento de cabeza y continuó: “Lo que se vende en Argentina como *pink cocaine* es un invento colombiano... todo porquería. La Gucci ni siquiera tiene color rosa... en realidad en las fiestas y los eventos de moda en Italia o Londres te lo venden en capsulitas rosas, pero cuando lo abrís es un polvo blanco”, sentenció Tini como una experta en drogas.

Tini era una mujer de alrededor de 30 años, flaca y alta, fanática de la moda y el diseño. Íntima amiga de Antonia y Tato, esa intimidad se trasladaba a sus familias. Solían compartir vacaciones, viajes y estadías juntos en diferentes lugares del mundo. Ella pertenecía a una importante familia empresaria de la gastronomía, dueña de una reconocida cadena de restaurantes y *dark-kitchen* en Italia, Inglaterra y Holanda—también los tenía en Argentina y Uruguay. “Es una droga de la *high-society* europea... la dosis cuesta más o menos 400 euros”. Tato me mira y dice: “Lo que trajo Steff es para sacarle la plata a los nenes ricos que van a fiestas electrónicas. Es el paco de los ricos” [todos se ríen].

Esa noche Tato me llevó hasta mi casa y en el viaje me comentó que hay algunos dueños de boliches en Capital, que “promocionan” secretamente que en su boliche se puede conseguir “Gucci”—eso hace que la discoteca sea un lugar de fiesta para la “clase alta”, muy top y exclusivo. “El que me la consigue es José Luis ¿Te acordás? El viejo que vimos en Rose o en Asia ¿Te acordás?”, respondí que sí con la cabeza y agregué: “El viejo lobo de

mar". Tato exclamó: "¡Ese!". El dealer de José Luis era un reconocido vendedor de drogas sintéticas—de la mejor calidad y mayor variedad, importadas y nacionales. La dosis habitual de Gucci era de 0,15 gramos y su valor ascendía a los 450 dólares.

Era una droga legendaria entre las clases más altas. Incluso en fiestas de empresarios y millonarios no todos tenían acceso a comprar Gucci—y muchos eran engañados por esta cocaína rosa o Tuci. Me contó José Luis en otro encuentro que tuvimos, que lo que se vendía de color rosa era un resabio de "2C-B" (el nombre original de la droga). Que cuando unos colombianos la descubrieron en Europa, la quisieron vender en Sudamérica, pero el negocio no les cerró—y entonces, empezaron a cortarla y estirla, le pusieron colorante rosa y empezaron a decirle "Tuci" (una mala pronunciación de Gucci). Estos narcos colombianos la promocionaron como "la" droga de los ricos y le pusieron un precio por gramo altísimo.

* * *

Tato consiguió la droga. Fue después del año nuevo del 2017. Lupe había realizado una pequeña tertulia en su departamento. Una semana después, Lupe, Tato, Antonia y Elisa viajaban a Punta del Este—"Tenemos que pasar el rato en Gorlero", bromeó Tato. Gorlero es una avenida de Punta del Este donde se pasean los empresarios más importantes de Latinoamérica—comen, beben y se muestran en los diferentes restaurantes.

Había comprado dos gramos—dos pildoritas de plástico rosas. Esa noche cada uno consumió una pequeña dosis. Lo demás se lo iban a llevar al viaje. El efecto dura hasta ocho horas y tiene su punto álgido a las dos o tres horas. Lupe se volvió loca. Quería incorporar a su negocio la venta de

Gucci. Se lo comentó a Tato al pasar, él no se mostró muy convencido. Y casi como respondiendo a una asesoría comercial de su empresa, le dijo: “Es un comercio muy chico Lupe. Y ya está ocupado en Argentina”. La venta de Gucci movía mucho dinero, pero con una demanda reducida. No era un mercado que pudiera fraccionarse o diversificarse entre varios dealers. La inversión inicial para lograr los contactos necesarios para conseguir al menos cien gramos de Gucci era astronómica. Lupe no podía jugar en esas ligas.

El intercambio de drogas como transa y como dealer

El intercambio de recursos es la razón de existencia de todos los tipos de mercados. Por supuesto, no está exento de esta prerrogativa el mercado de las drogas ilegales; los estudios sobre esta economía ilegal presentan a la venta de drogas como un intercambio no fraudulento de una cantidad de sustancia por otro recurso—habitualmente dinero. Dicho esto, lo que caracteriza estos intercambios es la *reciprocidad* (Levitt y Venkatesh, 2001; Sifaneck *et al.*, 2007; Jacques y Wright, 2008, 2014; Mohamed y Fritsvold, 2010, 2011). La reciprocidad es una característica fundamental de la venta de drogas, pero como explican Jacques y Wright (2014) las drogas no siempre se compran: también se regalan y se obtienen a través del fraude. Pueden obsequiarse, y en estos casos, la provisión de droga se entrega sin el requisito de reciprocidad—y se suplanta por el *altruismo* (Coomber, 2003; Caulkins y Pacula, 2006; Jacques y Wright, 2008). Por su parte, el fraude implica la transferencia de drogas basada en premisas falsas (Jacobs, 2000; Dickson-Gómez *et al.*, 2004; Furst *et al.*, 2004); aquí no hay reciprocidad ni tampoco altruismo, lo que encontramos es *depredación*¹⁹.

¹⁹ Sobre un concepto similar al de Jacques y Wright, revisar el capítulo 4 de la etnografía de Zapata (2022), que utiliza el término de “ventajeo”.

Esta categorización tripartita es útil—hasta cierto punto. Su utilidad reside en que señala con claridad que el “costo” de la droga no puede medirse simplemente por su precio. Entran en juego muchas más variables para establecer su “costo”: serán, al menos, también la cantidad de obsequios y la gravedad de los fraudes. Por supuesto, estos estudios se centran en la racionalidad de los sujetos que participan en la actividad de esta economía ilegal—incluso podría decirse que la perspectiva de la acción racional domina las investigaciones sobre la venta de drogas ilícitas (Caulkins, 2007), y aunque ha aportado importantes saberes sobre este universo, se ha vuelto un obstáculo para comprender con mayor profundidad la sociabilidad entre los traficantes y su clientela.

Teniendo en cuenta esto último, Jacques y Wright (2014), por un lado, ponen en crisis la racionalidad vinculada exclusivamente a la venta de drogas—a través de las cuales un vendedor gana dinero y un comprador obtiene un producto; pero, por el otro, señalan que es plausible que factores más allá de las explicaciones de “costo-beneficio” afecten las ventas de drogas y el comportamiento de los traficantes y clientes. Demuestran que en muchos casos los obsequios y los fraudes pueden ser más racionales que un intercambio (venta) justo.

En el caso de los regalos que realizan los traficantes a sus clientes estos son racionales, en cuanto son calculados para producir más dinero o menos costos en las transacciones futuras (Coomber, 2003; Denton, 2001). En la primera parte de mi observación, por ejemplo, regalar pequeñas cantidades de marihuana tenía ese propósito; pero, en la segunda parte, los obsequios tenían un matiz diferente, no siempre tenían una racionalidad económica preminente y evidente. La estrategia de fidelización de clientes y atracción de nuevos clientes, le funcionaba a la Keka, pero no siempre sucede así. Una etnografía realizada en Sydney reveló que “ninguno de los traficantes [principalmente callejeros] declaró

haber atraído a nuevos clientes regalándoles drogas” (Coomber y Maher, 2006: 740). No hay formas que sean universales, en muchos casos depende del contexto social y urbano, o el tipo de droga que se regale y se venda, quién es el proveedor y cómo se proyecta el negocio.

El fraude también puede ser racional. De hecho, los traficantes y los compradores no hacen negocios con todo el mundo (o con cualquier persona), salvo que no tengan otra alternativa, porque al hacerlo abren la puerta a los depredadores y defraudadores (Jacobs, 2000; Jacobs *et al.*, 2000; Topalli *et al.*, 2002). La racionalidad en el fraude la encontramos en el cálculo de aprovechamiento; implica, básicamente, proporcionar drogas y dinero, pero no todo lo que se prometió (Dickson-Gómez *et al.*, 2004: 918). La eficacia del fraude, se presenta en una línea difusa y difícil de manejar, que pendula entre la cantidad de aprovechamiento y la capacidad de ocultamiento.

En este sentido, ni los fraudes ni los obsequios deben exagerarse. Grandes beneficios a través del fraude, puede volver la maniobra fraudulenta evidente y, por tanto, poco eficaz, lo que conlleva un alto riesgo de *represalias* (Jacobs y Wright, 2006). Por eso las transacciones de drogas que me fueron relatadas, generalmente, eran descritas como “justas”—y los engaños siempre eran moderados e intermitentes. La mayoría de las veces se engañaba a un cliente, no tanto por los beneficios que se obtenían, sino porque el cliente se lo *merecía*—por su apariencia o por su falta de conocimientos. De la misma forma, si los obsequios son excesivos o demasiado frecuentes pueden crear problemas porque los clientes “crean expectativas” (Coomber y Maher, 2006: 949). Por eso los regalos deben mantener una *justa medida*, vinculada a la temporalidad y al tamaño—dos cuestiones fundamentales en los sistemas de dones para Mauss (2012).

Aun así, la perspectiva de la acción racional es predominante—sostendré, como señalé antes, que esto es un obstáculo para comprender prácticas y sociabilidades en el mercado de la droga. En lo que sigue, realizaré un análisis de la sociabilidad en el mercado de la droga a través de dos variables conceptuales: estatus social y distancia social. Ambas variables se articulan dentro del *portfolio*. El estatus social nos habla de cualidades de los sujetos que participan en el intercambio de drogas; mientras que la distancia social nos habla del tipo de relación que tienen las partes en el intercambio.

Hacia el final, avanzaré sobre la utilización del sistema de dones de Mauss, puesto en funcionamiento empíricamente para presentar una posición teórica alternativa, que complementa una visión racionalista y economicista del mercado de drogas ilegales; y para darle forma a los dos tipos de mercado de drogas: el primero, público y anónimo, y el segundo, privado y de proximidad afectiva.

Según lo dicho, propongo dos ejes para pensar los intercambios de drogas, y tratar de este modo poder identificar las formas de las ventas, los regalos y los fraudes; y, simultáneamente, poder definir con mayor claridad ambos tipos de tráfico. El primer eje es el del *estatus social*—que se integra por cuatro tipos: simbólico, vertical, radial y normativo.

El *estatus simbólico* se define por el conocimiento que el sujeto tiene sobre un tipo específico de interacción. Como indica la presente etnografía y otros estudios, en el comercio de drogas, el vendedor, en casi todos los casos tiene más conocimientos que el cliente. En los relatos y entrevistas pude detectar que, tanto la Keka como los demás jóvenes, sabían que ellos tenían—en casi todas las situaciones—el poder para decidir engañar o no a sus clientes. A pesar de eso, en otras ocasiones se encontraban con clientes experimentados, allí lo que sucedía, generalmente, era una venta justa. Si bien existe cierta homogeneidad en los precios de las drogas, la

posible variabilidad de estos se debe, habitualmente, a las diferencias entre el conocimiento que tiene el traficante y el cliente (Jacques y Wright, 2014). Los clientes con poco o nulo conocimiento tienen mayores posibilidades de recibir un trato más desfavorable.

El *estatus vertical* está determinado por la riqueza. Cuanto más bienes y servicios posean una persona, mayor es su estatus. Hemos visto anteriormente que los clientes que se sabían que tenían un ingreso mensual fijo recibían un trato más favorable—droga de mejor calidad o un mejor precio, para conservarlos como clientes y volverlos recurrentes. Incluso pude observar cómo los clientes con un alto nivel económico, recibían más cantidad de regalos que aquellos que son pobres o desempleados. Quiero decir que, lejos de lo que se puede creer como lógico, que una persona con más dinero, pague un precio más elevado, eso no es así—sino a la inversa: cuanto mayor es el estatus vertical, más favorable se vuelve la transferencia de drogas.

El *estatus radial* se reduce a la participación en instituciones sociales—las más comunes son el trabajo y la familia. Más inserto esté el sujeto en las actividades comunitarias, mayor será su estatus radial. Pero como podemos concluir según mi trabajo—pero también otras investigaciones, a saber, Maher (1996), Jacques y Wright (2014) y Hoffer (2016)—que lo realmente determinante en este tipo de estatus es el *trabajo*—por ejemplo, si el cliente se clasifica como “laburante” o como “vago”. Los compradores que tienen un empleo reciben mejores tratos; lo que es comprensible no solo por la cuestión económica de contar con un ingreso mensual, sino también por la seguridad que genera para el vendedor tratar con individuos vinculados, que contribuyen con la comunidad. Este tipo de estatus radial se enlaza y refuerza con el estatus vertical: tener un trabajo remunerado aumenta la riqueza.

Por su parte, el *estatus normativo* se explica a través de la respetabilidad. Aquí hay dos conceptos relacionados: respeto y confianza. Por lo cual, este tipo de estatus disminuye o aumenta según la cantidad de control social que hay que aplicar al comportamiento del individuo. Más respeto y más confianza se le tiene a alguien menos se debe controlar su comportamiento por lo cual el estatus normativo es alto. Un ejemplo que observa Jacques (2010), bastante común, es el *regateo*. Una forma de disminución del estatus normativo es el regateo excesivo. La negociación en los mercados está siempre presente—mucho más en la economía de las drogas ilegales. Uno negocia con su reputación y con todo su estatus para conseguir mejores intercambios. Pero cuando el regateo se pasa de la raya, puede ser considerado una falta de respeto o de confianza y, por tanto, devenir en un aumento del precio o en un futuro fraude.

La *distancia social*, es el otro eje y está constituido por tres tipos de distancias: relacional, organizativa y cultural. La *relacional* se vincula al grado de participación que un sujeto tiene en la vida de otro: cantidad de interacciones, frecuencia, duración y sus vínculos comunes en una red más amplia de sociabilidad. Muchas investigaciones anteriores han centrado su análisis en este concepto de distancia relacional (Jacobs, 2000; Pearson, 2001; Denton, 2001; Coomber, 2003; Murphy *et al.*, 2004). Los clientes “habituales” son estafados con menos frecuencia (o nunca), y tienen más probabilidades de recibir regalos o rebajas. En este sentido, cuando se reduce la distancia relacional y se tiene un vínculo más íntimo se obtienen más obsequios, mejores precios y menos fraudes.

En tanto, la *distancia organizativa*, nos indica el grado de acción colectiva que realizan dos o más sujetos (Philips y Cooney, 2005). Hay dos figuras que caracterizan esta distancia organizacional: la familia y la pandilla. El concepto de familia o de pandilla es común para los miembros de una banda que trabajan conjuntamente—en mi trabajo de campo las

referencias a “son como mí familia” o “lo considero un hermano”, fueron repetidas. Y, es frecuente, que los traficantes soliciten ayuda a sus amigos para vender drogas (Denton, 2001; Dickson-Gómez *et al.*, 2004; Jacques y Wright, 2014; Hoffer, 2016), siendo el beneficio de esta acción cooperativa la obtención de drogas gratuitas o un mejor precio de venta.

Para concluir con los tipos de distancia social, nos encontramos con la *distancia cultural*; cuanto más cercanos y parecidos sean los sistemas culturales de dos individuos menos distancia cultural habrá: tener la misma nacionalidad o hablar el mismo idioma, son los principales ejemplos. Los estudios estadounidenses señalan como punto principal la etnia o la raza. Bourgois (2015) observó que una mayor distancia cultural entre el vendedor y el cliente, muchas veces, daba lugar a un mayor costo de la droga y a una mayor probabilidad de fraudes. En mi trabajo el impacto de esta variable fue difícil de determinar; porque la distancia cultural entre los vendedores y sus clientes siempre fue estrecha. Sólo pude observarla con claridad cuando la venta se realizaba a extranjeros, tanto Lupe como el Chino, expresaron tener un precio diferencial cuando el comprador era de otro país.

* * *

Con todo esto explicitado, podemos concluir que se conforman dos tipos de tráficos diferentes: como *transa* y como *dealer*. En la primera parte de mi etnografía, reconstruida principalmente a través de testimonios y relatos, el tráfico era principalmente de venta callejera, pública y anónima²⁰. El estatus social y la distancia social entre los vendedores y los

²⁰ Este es el tipo de tráfico más estudiado, en general, se caracteriza por las ventas minoristas o de narcomenudeo, para ver ejemplos, Maher y Curtis (1992), Dunlap (1997), Jacobs (2000), Venkatesh (2000,

clientes era variable. El estatus vertical y radial podía abarcar a un individuo de clase baja hasta uno de clase alta—el comprador podía ser alguien que estuviera desempleado, tuviera un empleo modesto hasta ser dueño de una empresa. El estatus simbólico de la Keka fue aumentando a medida que fue manteniéndose en el negocio. Su conocimiento fue en aumento, y ella transfería su experiencia a los y las jóvenes que iban sumándose a la “empresa”. Y el conocimiento—es decir, el estatus simbólico—de los compradores también era muy variable. Aun cuando la Keka prefería mantener un intercambio justo, hubo casos en que sus subordinados, aprovechándose del desconocimiento del cliente, lo engañaron. Por último, el estatus normativo fue generalmente muy equilibrado; y la Keka prefería ganarse el respeto y la confianza de su gente y de los clientes a través del pensamiento empresarial y no a través de la utilización de la violencia o la intimidación. A pesar de esta observación, es atinado señalar que al menos de forma indirecta—en este tipo de venta incorporada en la cultura callejera—la Keka, indirectamente, aseguraba sus tratos de forma violenta: una violencia estructural (policial).

En el análisis de la distancia social; comenzando por el tipo relacional, es posible señalar, que se mantenía en los niveles mínimos en el tráfico callejero. El anonimato era la característica principal de la relación entre vendedor y comprador. Las ventas se hacían en espacios públicos y con celeridad: intercambios rápidos y justos. Algunos compradores eran más conocidos por la recurrencia—es decir, por un acercamiento económico, pero no por un acercamiento social. En la mayoría de los casos no se conocía el nombre, y se lo referenciaba a través de alguna característica específica (el rengo, el albañil, la tetona, la platinada, etc.). Y la distancia organizativa era casi nula; muy pocos compradores tenían algún vínculo directo o indirecto con algún vendedor. En pocos casos, el comprador era

2008), Miller (2001), Topalli *et al.* (2002), Dorn *et al.* (2002), Gay (2005, 2015), Alarcón (2012), Bucerius (2014), Bourgois (2015), Bourgois y Schonberg (2009).

amigo de la novia de fulano o es el primo de algún compañero de colegio. Y finalmente la distancia cultural era relativamente ecuánime; del total de las ventas la mayoría se realizaban a otros jóvenes de clase media, luego un porcentaje menor era a personas de clase baja, y una cantidad mínima a personas de clase alta. El grueso eran jóvenes de clase media con los cuales tenían una distancia cultural nula o ínfima.

El *portfolio* aquí, por las características de las relaciones y distancias sociales en el tráfico callejero, jugaba un papel fundamental. La postura violenta, la desexualización y el desapego emocional, eran estrategias que se ponían en acción constantemente para compensar las variaciones en los estatus y las distancias sociales.

En la segunda parte de mi etnografía, donde la observación participante fue lo principal, el tráfico era privado, íntimo y de proximidad afectiva. Gran parte de las ventas se hacían en departamentos, casas de country, vehículos de alta gama y vips de discotecas—nunca en la calle, una plaza o una esquina. En estos intercambios el estatus social y la distancia social se volvían menos dinámicos y variables. El estatus radial y vertical se articulaban perfectamente—un trabajo empresarial con un salario abultado. El conocimiento de los compradores “indoor” era considerablemente superior al conocimiento de los compradores callejeros y ambulantes—muchos, por ejemplo, podían identificar por el brillo o el color de la cocaína que tanto, o con que aditivo estaba “cortada”. Y la confianza y el respeto son casi absolutos, entre vendedores y compradores. Esto tiene una razón de ser, y se vincula con la *distancia relacional*: en estos círculos de consumo de drogas, el dealer tiene que ser parte del grupo. En ocasiones de total extrañeza o necesidad extrema los grupos de élite o alguno de sus miembros pueden comprar a un traficante que no conocen.

Con los tres tipos de distancias sociales, sucede algo similar; se mantienen casi constantes y equilibradas. Este tipo de tráfico suplanta el anonimato por la intimidad: vendedores y compradores consumen juntos, salen de fiesta y comparten almuerzos y cenas, se cuentan sus intimidades. La distancia relacional es casi inexistente: la amistad es la forma constituyente de los intercambios de cocaína. No existe, prácticamente, posibilidad de realizar transacciones anónimas. La amistad se confunde con el emprendimiento, la amistad es un recurso productivo para expandir y proteger la empresa.

Dicho esto, es más que normal que la distancia organizativa sea mínima; las familias de los círculos de élite comparten clubes de campo, deportes y otros espacios de recreación, hacen negocios juntos habitualmente y construyen grupos de pertenencia pequeños y endogámicos. Cuando un dealer puede integrarse en más cantidad de esos espacios, entonces, los intercambios se vuelven más habituales, cuantiosos y seguros. Estos grupos de jóvenes no suelen entrar en un barrio de clase baja a buscar un transa; por lo que la distancia cultural también es inexistente. Como dije antes, el dealer, tiene consumos, gustos, privilegios y costumbres similares a sus clientes—dicho con otras palabras, estéticamente tanto vendedores como compradores se homogenizan, comparten estilos de vida, frecuentan los mismos espacios, tienen más o menos las mismas pautas de consumo. La Keka tuvo que transformarse en Lupe; y lo consiguió con tanto éxito que al final, los resabios de la Keka se volvieron un problema para ella. Sólo en el caso de mantener constante la variable de la riqueza (estatus vertical), podemos ver que la distancia cultural tiene algún efecto en la venta a extranjeros.

En este tipo de tráfico privado y afectivo, lo que se pone en juego, sobre todo, es el pensamiento empresarial. Cuando la riqueza, un buen trabajo, el conocimiento, la respetabilidad se combinan con la amistad y la

pertenencia cultural, se consiguen tratos más favorables, más regalos y menos fraudes. Los riesgos por la práctica ilegal de la venta y el consumo disminuyen sustancialmente, los encuentros con el sistema penal y las situaciones de violencia son inexistentes—igualmente innecesarias.

Podríamos hipotetizar observando al cliente, y siguiendo a Jacques y Wright (2014), que cuando el estatus social aumenta en el comprador y disminuye la distancia social con el vendedor, aumentan las probabilidades que la transferencia de drogas sea un obsequio, y no una venta o un fraude. Luego cuando el estatus social aumenta en el comprador, pero no disminuye la distancia social, la probabilidad es que la transferencia sea una venta y no un fraude. Si observamos al traficante, podemos decir que cuando aumenta su estatus social disminuye el riesgo y el costo de las drogas. Un traficante con alto estatus social, es decir, respetado, integrado en la comunidad, con conocimientos de su producto y negocio, y una más pequeña distancia social con su clientela, hace tratos más justos. El precio de las drogas se reduce, y aumenta el tamaño de los regalos y disminuye la gravedad de los engaños.

Si bien, esto fue estudiado en muchas otras etnografías y trabajos cualitativos, la mayoría de ellas partía de la aplicación de la teoría de la acción racional. Por este motivo, tanto los obsequios como los fraudes se pensaban primero en su capacidad de generar un rédito económico—y su puesta en práctica dependía de una consideración de costos/beneficios. Hasta aquí traté de, además de la racionalidad económica, poder incorporar cualidades y distancias sociales—que de alguna manera ponen en juego otras acciones al momento de defraudar y regalar.

Hacer amigos vendiendo cocaína

Levitt y Dubner (2005: 103) escriben que “una banda de crack funciona más o menos como una empresa capitalista estándar”. Y tienen razón, si nos centramos en el tipo de tráfico callejero; de hecho, ellos mismos en su libro, para ejemplificar sus dichos utilizan la etnografía de Venkatesh (2000), quien demuestra que los traficantes de la zona sur de Chicago no son los monstruos que presentan los medios de comunicación; muy por el contrario, son personas sensatas que toman decisiones razonables en medio de un contexto difícil. Por supuesto que Venkatesh está pensando en una “razonabilidad” sociológica, no tan vinculada a una “empresa capitalista estándar”²¹. Aun así, lo que importa aquí es que la racionalidad que impera en este tráfico callejero es la económica, y este factor es el que decide sobre las transacciones e interacciones sociales.

Por nuestra parte, no descartaremos el factor económico, solo trataremos de matizarlo. Me posicionó, en este sentido, más cerca de los trabajos de Crawford (2016, 2019, 2021), y utilizaré su concepto de “economía ambivalente”, para acoplar los sistemas de dones al tráfico de drogas privado y afectivo. Podrían ser útiles otras conceptualizaciones, por ejemplo, “economía moral de compartir” (Bourgois y Schonberg, 2009: 6), o “una economía social compleja” (Venkatesh, 2000: 105), o una “economía humana” (Graeber, 2001: 238). En última instancia, lo que importa es incorporar el factor humano y social al intercambio económico.

Sería justo señalar que el tráfico callejero en centros urbanos deprimidos puede funcionar muy diferente al tráfico callejero, público y anónimo que planteamos aquí—es decir, el factor geográfico y el espacio urbano son cuestiones claves a tener en cuenta. Seguramente compartan ciertas

²¹ La etnografía de Andre (2021) describe como los corredores de la bolsa (*financial traders*), no operan en el mercado, exclusivamente a través de la racionalidad y el interés propio. Andre, un empresario y negociador de la bolsa, que realizó una etnografía en su espacio laboral. Utilizó el ejemplo de las apuestas amistosas entre *traders* para mostrar que gran parte del comportamiento que parece racional y egoísta no lo es, y que la persistencia de las teorías del egoísmo racional se debe en gran parte a una interpretación superficial de las representaciones de identidad y otras formas culturales.

características, quizás sean lo público, callejero y anónimo²². Pero, probablemente otras peculiaridades sean bien distintas, por ejemplo, el tipo de policiamiento que reciben (Mohamed y Fritsvold, 2010, 2011; Rios, 2011; Jacques y Wright, 2012, 2015; Goffman, 2014; Fassin, 2016), las relaciones más o menos conflictivas con los vecinos (Auyero y Sobering, 2021; Rodríguez Alzueta, 2022b), y finalmente el vínculo más general con la justicia penal y la prisión (Wacquant 2010; Alexander, 2014; Goffman, 2014).

No debemos olvidarnos que la Keka en su primera etapa—antes de volverse *freelancer*—contaba con la complicidad de la policía. Y, por ejemplo, hasta cierto punto, era beneficioso para los vecinos de Villaverde, que ella controlara—junto con la policía—el territorio barrial. No había robos de oportunidad ni entraderas; el ladrón era quizás la figura delictiva más despreciada cuando ella controlaba el territorio.

Aún hecha esta aclaración, ambos tipos de tráfico que señalé en mi trabajo son diferentes en ciertos factores y similares en otros. Y en este último apartado quisiera concentrarme en el tráfico privado, íntimo y de proximidad afectiva—el que se estudia menos y el que, por tanto, conocemos menos. En los barrios cerrados o en un departamento lujoso, entre los jóvenes y adultos blancos, adinerados y empresarios, el consumo de drogas es un *proceso social productivo*. Los intercambios económicos dependen de las redes sociales y, al mismo tiempo, son constituyentes de

²² Lo que me interesa que quede claro, es que pueden existir muchos tipos de tráfico de drogas. El tráfico pobre, urbano, callejero y anónimo; el que se caracteriza por el narcomenudeo y el asentamiento en “bunkers” es el más estudiado y, quizás, el que conocemos mejor. Mi planteo es que el tráfico donde el comprador es principalmente de clase media, comparte algunas características con este tráfico pobre—como la venta ambulante, callejera y, generalmente, anónima—pero se diferencia en otras cosas: el trato con la policía, la seguridad que proviene de la geografía misma, ciertas formas de gestionar las rivalidades violentas, entre otras. Y finalmente, el *tráfico de élite*, que presenta cualidades y formas culturales bien diferentes a los dos anteriores.

las mismas, por lo que separar los factores económicos de los sociales no tiene mucho sentido.

En todos los intercambios de drogas existe una "apuesta"; cuando se va a cometer una transgresión, como vendedor o comprador, hay un conocimiento de que la situación conlleva cierto riesgo. El riesgo aumenta cuando las partes no se conocen y disminuye cuando se construyó cierta confianza. En este tráfico de "alta gama" la ilegalidad de las drogas garantizaba esta cualidad socialmente productiva, ya que como dice Crawford (2021), la ilegalidad era la que exigía que las personas que hacían los tratos confiaran unas en otras. En cada pequeña "apuesta", se consolidaba la confianza en la otra persona, lo suficiente como para participar juntos en la violación de la ley. De esta forma, la venta y el consumo de drogas construía la confianza necesaria para la amistad.

Me interesa, particularmente, la preocupación de Michael Eve (2002) sobre que los sociólogos no pueden aceptar ni ver que la amistad tiene un *significado estructural*. Eve está pensando en aquello que escribió el sociólogo Anthony Giddens (1995: 116), quien sostenía que la amistad íntima moderna es una forma de "relación pura", y agrega: "a diferencia de los lazos estrechos que se establecen en ambientes tradicionales, la relación pura no está anclada en condiciones externas de la vida social o económica (flota, por así decirlo, en el vacío)".

Dentro de la economía de la venta privada de drogas esto no es así. Las amistades entre traficantes y consumidores son, al mismo tiempo, "sociales" y "económicas"; y como vimos antes, están condicionadas por estructuras de estatus y distancias sociales. En este sentido, se puede afirmar que el tráfico de drogas—"indoor"—congrega ciertas nociones de la sociología contemporánea, y de esta forma, ejemplifica lo que Mauss (2012) argumentaba hace cien años atrás. Y, a la inversa, la relevancia de Mauss para la comprensión del tráfico de drogas es importante, ya que en

la mayoría de los casos el comercio de drogas ilegales se referencia como un ejemplo de capitalismo sin restricciones y de *laissez-faire*—argumento que intentaré evitar aquí.

* * *

Mauss explica con suficiente claridad su proyecto político pragmático: el de una *economía humana*. Le preocupaba—igual que a Durkheim—que el individualismo y la racionalidad económica se estuvieran convirtiendo, en su época, en “hechos sociales”. Escribe Mauss (2012: 242) “sería bueno volver a moldear esos conceptos de derecho y economía que nos hemos complacido en oponer: libertad y obligación, liberalidad, generosidad, lujo y ahorro, interés, utilidad”. Lo que entusiasmaba a Mauss de “las Trobiand” era que había florecido allí una suerte de híbrido: un acto libre y gratuito, y, al mismo tiempo, de producción e intercambios interesados²³. El don puro, así como, el intercambio puro, ninguno existe, resultan imposibles de aplicar (empíricamente).

Hann y Hart (2011: 173) lo explican de esta manera: “Mauss insistió (...) en que todos somos a la vez individuales y sociales; la acción económica es siempre, en diversos grados, interesada y desinteresada. Si aspiramos a ser cada vez más humanos, no servirá de nada aferrarse a un extremo de esta dialéctica a expensas del otro”. Por tanto, no debemos separar los dones y los intereses. Podríamos, entonces, adelantar—siguiendo a Crawford (2021: 268), que los dones “incluidos los que nutren las amistades que

²³ Hart (2007: 481) argumenta que “la principal conclusión ética de Mauss es que el intento de crear un mercado libre de contratos privados es utópico y tan irrealizable como su antítesis, un colectivo basado únicamente en el altruismo. En todas partes, las instituciones humanas se basan en la unidad del individuo y la sociedad, la libertad y la obligación, el interés propio y la preocupación por los demás. El capitalismo moderno se apoya en un apego insostenible a uno de estos polos y hará falta una revolución social para restablecer un equilibrio humano”.

sustentan los negocios de la droga, tienen que *integrar* el interés y el desinterés". Siempre nos interesamos por la persona a la que hacemos un regalo, y en el mismo momento, nos desinteresamos por beneficiarnos materialmente de una forma burda; debemos dar *libre y obligatoriamente*. No podemos hacer hincapié en el factor de "libertad" ni tampoco en el de "obligatoriedad"; lo que debemos hacer es centrarnos en la *reciprocidad*. El obsequio no está especificado previamente en ninguno de sus aspectos—en la forma, el tamaño, el momento de dar, etc.—y, "es esta apertura lo que hace que dicha reciprocidad sea socialmente productiva" (Crawford, 2021: 269).

El tráfico de drogas privado, íntimo y de proximidad afectiva, parece manifestar esta "unidad". Por supuesto, tenemos que avanzar con cuidado, para no presentar una clasificación "imposible de aplicar", como la de Malinowski (Mauss, 2012: 242)²⁴. No pensemos en una dialéctica, sino más bien en una aporía: esto es la *ambivalencia* del regalo. La lógica comercial está presente en el tráfico de drogas, igual que nuestra confusa (des)donación interesada. Los obsequios tienen una serie de características que pueden funcionar simultáneamente, pero que a priori son contradictorias—incluso excluyentes. Pensemos, por ejemplo, en los elementos del interés propio, los factores de integración social y las posibilidades de establecer o reafirmar el orden moral. Eso es lo que vuelve a los obsequios tan poderosos y persuasivos; son herramientas esenciales para los lazos sociales, ya que puede beneficiar a un individuo, crear un sistema social y comunicar, todo simultáneamente, los valores culturales que importan en un acontecimiento determinado.

²⁴ Irónicamente, y a pesar de lo que se crea, hay muy poca investigación *empírica* que busque formas actuales de prácticas y funcionamiento del don y contra-don. Sacando los trabajos clásicos de inicio de la década del 80 de Theodore Caplow, y pasando por el trabajo de Komter (2005), podemos encontrar en Rodríguez Alzueta (2016, 2022), Cozzi (2022) y Zapata (2022), otros interesantes intentos.

El punto clave es que el obsequio puede combinarse, aun teniendo estas características, con el intercambio mercantil. Cuando hacemos un regalo se ponen en juego múltiples motivaciones—y arriesguemos más: es necesario que así sea. Ninguna “racionalidad” tiene prioridad, o debería tenerla. Esta es la cuestión que no debemos descuidar.

El intercambio de drogas de los jóvenes de clase alta presenta esta tensión fundamental entre lo social y lo económico—quizás como ningún otro ejemplo²⁵. El tráfico de drogas privado, íntimo y de proximidad afectiva se sustenta en una *economía ambivalente*; donde la amistad se exterioriza como una posición interdependiente pero contradictoria. Y, algo no menos importante, es que esas relaciones *recíprocas* son las que legalizan, mantienen y dan forma a los contratos ilícitos—no hay una legalización a través de la intimidación o de la violencia; cuando esa reciprocidad se pierde, lo que sigue es el abandono—o el cambio de dealer—y la pérdida del prestigio como dealer. Esto equivale a quedar “fuera de juego”, fuera del negocio. No hay, en estas instancias, un acto de violencia que reponga la reputación, o renueve el orden moral. Tirar tiros no va a devolver un posicionamiento en la jerarquía social clandestina.

Debemos tratar de resistirnos a la tentación de plantear a la amistad como una “relación pura”, que se ubica en el polo opuesto de la acción interesada propuesta por el “monismo tautológico” de la teoría económica contemporánea. Mirar de cerca la forma de sociabilidad de los dealers y consumidores socioeconómicamente privilegiados nos permite comprender que una “economía moral” no está compuesta por comportamientos que se expresan en un contexto moral, sino que la

²⁵ Agradezco la advertencia de Esteban Rodríguez Alzuela sobre la posibilidad de una “amistad maldita”—siguiendo a Bataille—y como a través de una amistad puramente *instrumental* se desarrollan los vínculos y las relaciones también en el tráfico callejero. Hay algo que analizar en cómo se pueden construir relaciones estables a través de la desconfianza, el anonimato y la no-intimidad; un trabajo etnográfico revelador es el de Carey (2017), que establece como punto alternativo de interacción social a la *desconfianza* [Comunicación personal, 14 de julio de 2022].

acción económica produce relaciones morales. La amistad nunca puede ser una *conveniencia*, pero tampoco está liberada de las “condiciones externas” de la racionalidad económica. Este tráfico de drogas de los círculos de élite se consolida a través del prestigio y la confianza, y una sólida red de amistad; una “ética del honor” que sólo es posible en redes de personas que se conocen entre sí y que poseen intimidad. Esto garantiza la discreción y, por tanto, sustentan un negocio ilícito y económicamente rentable a lo largo del tiempo sin prácticamente riesgos—la amistad vuelve “segura” la venta de drogas y, está última, promueve la amistad.

Apéndice metodológico

A principios del año 2015²⁶ comencé a ir dos o tres días por semana, después de la hora del almuerzo, a charlar con la Keka. Cuando le propuse escribir sobre ella, nunca le dije que me interesaba saber cómo, dónde y por qué vendía cocaína. Aunque era un secreto conocido por todos los

²⁶ Las fechas están desfasadas, las geografías fueron alteradas, los nombres fueron modificados. Muchos de los sujetos de esta investigación tienen causas penales pendientes. Incluso en la actualidad la causa por tentativa de homicidio de la Keka sigue sin resolverse. Por estos motivos los datos fueron modificados.

vecinos de Villaverde que la Keka se dedicaba a hacer eso. Le dije que me interesaba escribir “sobre su vida”, cómo era su vida, cómo eran sus experiencias. Por supuesto, su aguda inteligencia le hizo suponer que lo que me interesaba era saber sobre cómo vivía vendiendo drogas pero, de cierto modo, supongo, que agradeció mi torpe sutileza. Yo lo hice, particularmente, porque entendía que las preguntas sobre la comercialización de drogas las debía responder con mi trabajo de campo, y no debían ser preguntas que tuviera que hacerle directamente a ella.

Durante las primeras ocho semanas no me invitó a pasar a su casa. Simplemente salía con su mate hasta la reja de entrada, no la abría, y apoyada sobre sus codos me compartía un mate y charlábamos, casi siempre varias horas. Los primeros días tuve que responder más preguntas y contar más sobre mí que lo que pude saber y preguntarle a ella. Vi llegar al Chino, al mismo horario religiosamente, varios de esos días—entraba sin dirigirme ni palabra, gesto o mirada.

La tercera semana estuvimos hablando cerca de media hora en la puerta de su casa—era un día de otoño, un poco frío y ventoso. Estaba preguntándole lo que había hecho el fin de semana pasado, cuando me interrumpe y me dice: “Vamos a tomar unos mates a tu casa...”. Me quedé un momento dubitativo. Nunca había pensado en la posibilidad de que los encuentros se produjeran en mi casa. Había ensayado en mi mente varias escenas, pero ninguna de ellas se había desarrollado en mi “espacio íntimo”. Le dije que sí, como si ya hubiese proyectado la posibilidad. Ella se dio cuenta de mi falsa seguridad.

Ese día se quedó en mi casa hasta tarde—se fue justo antes de las 21hs. Pude notar que ella también estaba “investigándome”, su capacidad como observadora, sin dudas, era mejor que la mía (quizás fue una cualidad desarrollada en la calle mientras intercambiaba drogas). No se mostraba impresionada por nada, o al menos, no por las cosas que a mí me parecían

importantes y que yo ponía en juego para impresionarla. “Sos prolijo... parece una casa en la que no vive nadie”, me dijo después de dar un pequeño recorrido por el living y la cocina. No me preguntó nada sobre mi casa, pero observó todo. Hablamos de banalidades, sobre los cambios urbanos de Villaverde—“este barrio ahora es un quilombo de gente”—, sobre que ella conocía a mis abuelos y que en algún momento fue muy amiga de mi prima.

Los encuentros en mi casa se volvieron más recurrentes. Me di cuenta que ella se sentía más cómoda hablando conmigo en la privacidad de mi hogar, que en la vereda frente a su casa—y evidentemente aun no quería invitarme a pasar más allá de la reja perimetral. Sucedió algo que, las primeras veces, me desconcertaba un poco: cuando le hacía una pregunta ella contestaba sobre otra cosa, y luego de un rato de hablar de lo que tenía ganas, respondía mi pregunta—la mayoría de las veces yo tenía que hacer un esfuerzo para recordar qué le había preguntado originalmente.

Después de siete meses, tuve una sensación genuina de que ella por primera vez me contaba algo que le importaba verdaderamente—de la nada comenzó a hablarme de sus hijos. Hasta ese momento no habíamos hablado de nada vinculado con las drogas—nunca la había visto con ningún papel de cocaína, ni consumiendo ni tampoco “drogada”. Solo habíamos compartido mates, y algunas pizzas, empanadas y cervezas. Y tampoco me había hablado de algo personal de ella—no sabía sobre sus relaciones amorosas, no me había hablado de sus padres, nada.

Un tiempo después me confesó, entre risas burlonas, que varias veces que vino a casa había—antes de llegar—consumido cocaína, incluso lo había hecho en el baño de mi casa. Desde muy temprano iniciado mi trabajo de campo ella siempre se divirtió frente a mis equivocaciones, incomprendiones o inexperiencias.

Te entrenás o te sale natural

Goffman (1989: 128) dice que cuando se hace trabajo de campo uno “tiene que abrirse a que te desprecien. Tienes que dejar de hacer puntos para demostrar lo ‘inteligente’ que eres”. Esto no es nada fácil, porque todo lo que implica y se exige al realizar una investigación, participar en seminarios de posgrado y escribir una tesis, es justamente lo contrario. Nos demandan, con nuestra forma de escribir y exponer nuestras ideas, estar mostrando tener ciertos “saberes”—una “inteligencia” del campo disciplinar en el que pretendemos insertarnos. Despojarse de esta actitud de mostrar y demostrar conocimiento es realmente difícil. Estar, por tanto, dispuesto *a ser un estúpido* es algo fundamental para la realización de una buena investigación etnográfica.

Mi cuaderno de campo está repleto de escenas donde fui expuesto, tomado por tonto, ridiculizado, incluso ignorado abiertamente por mi desconocimiento y equivocaciones. En ambos espacios y contextos (con la Keka y con Lupe) se dieron situaciones donde mi incomprensión me dejó en una condición incómoda. Mi aprendizaje se trasladó de la vergüenza a la aceptación, para concluir en la comprensión.

Al principio sentía mucha vergüenza cuando se sucedía algunas de estas escenas—me quedaba en silencio, me transpiraban las manos, etc.—luego comencé a aceptarlas como parte del trabajo de campo—trataba de salir de la situación con alguna broma o cambiaba de tema para retomar la charla truncada previamente—hasta que comprendí que, incluso, eran necesarias. Nunca fue mi pretensión “volverme un nativo”, ni en la casa de la Keka, ni tampoco en el departamento de Lupe. No había forma de que lo pudiera lograr.

Un aprendizaje producto de una equivocación fue que ser una transa o una dealer no es algo *público*. No es algo que se ostenta. Una noche estábamos en *Liquid Bar Night Club*, que era referenciado por Tato y los

demás, como el boliche de “los hijos de la soja”. Era un boliche, con una excelente ubicación en avenida Santa Fe, habitué de extranjeros y jóvenes adinerados que habían aparecido como “nuevos ricos” después del boom de la soja. Uno de los dueños—asociado con amigos—era el hijo de un magnate de la empresa automotriz. Este grupo de amigos había vuelto a la Argentina hacía un tiempo desde Costa Rica, donde tenían un bar y hacían surf.

Esa noche mientras esperaba en la barra que me dieran unos *cocktail*—que invitaba habitualmente Tato—al volver a la mesa, casi choco con dos viejos amigos, que me saludaron eufóricos por la casualidad del encuentro. Los saludé con los tragos en la mano, intercambié unas palabras y volví a la mesa. La segunda ronda de bebidas la invitó Antonia, y me ofrecí—esta vez voluntariamente—a ir a comprarlos. Estábamos sentados en una mesa al fondo de la vieja casona donde funcionaba “Liquid”.

Comencé a pasar algunas mesas y me encontré nuevamente con mis amigos. Charlamos unos minutos, y uno de ellos insinuó querer consumir un poco de cocaína. Tuve la mala idea de comentar que una de las chicas con las que estaba vendía. Seguimos hablando un poco más y luego me fui a buscar las bebidas. La voz se corrió, mi amigo le comentó a un conocido, ese conocido a otro y así. Entonces le llega, inesperadamente, un pedido a Lupe de un desconocido. Generó una sorpresa en el grupo. Lupe miraba a Tato, Antonia miraba a Elisa, Tato miraba a Antonia. ¿Quién era? ¿Cómo sabía que Lupe vendía cocaína? Tuve que confesar mi error. “Sos así de boludo porque te entrenás o te sale natural...”, me dijo Lupe, inmediatamente se fue del bar con Elisa y Antonia. Estar dispuesto a ser, por momentos, el estúpido del grupo fue todo un proceso de inserción en el campo.

La puñalada

Cuando la Keka me invitó a entrar a su casa me pareció sentir que, por fin, había “entrado al campo”, pero no era así. Un acontecimiento que sucedería unos meses después fue, en realidad, el punto bisagra que marcó ese movimiento de ingreso. Una tarde como cualquier otra agarré mi pequeño anotador, que me cabía dentro del bolsillo, el grabador y salí de mi casa caminando para lo de la Keka. Era un día de mucho calor de diciembre, hacia unas semanas que la vestimenta diaria eran shorts y ojotas. La puerta de entrada abierta daba acceso a un pequeño living y luego seguían dos habitaciones sobre un lateral—una un poco más grande que la otra—y sobre el otro lateral un pequeñísimo baño y la cocina con una mesita que le cabían tres sillas apretadas. La cocina tenía una puerta al patio, que casi siempre estaba abierta, porque era la única forma para que entrara luz natural, la cocina no tenía ventanas. Al patio también se podía acceder por un pasillo exterior que unía el frente con el fondo de la casa. Me acerqué a la puerta de entrada, realicé unos golpecitos y esperé la autorización para pasar. La Keka estaba tomando unos mates en la mesita de la cocina.

Los días que las charlas sucedían en la vereda y, luego, cuando comenzaron a suceder en la cocina o en el patio bajo una sombrilla de lona, algo se repetía constantemente: el Chino llegaba y me ignoraba—lo mismo pasaba con Lea y Lisa; ni siquiera un movimiento de cabeza, una mirada o un gesto con la mano. Nada. En alguno que otro momento, me quedé solo con el Chino en la cocina, por unos minutos. El tiempo se detenía y se convertía en una materia factible de tensar, se volvía una eterna incomodidad: en silencio, sin mirarnos, sin intentar un comentario estúpido para romper con la tensión. Yo sacaba el anotador y “hacia” que escribía, garabateaba sobre lo ya escrito. Fue así por varios meses, pero ese día de fin de año, para mi sorpresa, algo había cambiado.

La Keka me estaba hablando de algo sobre Clara, de la escuela y de sus compañeros. Mas o menos a la misma hora de siempre, escuchamos al Chino que abre y cierra la puerta de reja. No tenía que asomarme para saber que era él, mucho menos la Keka. El Chino entra a la cocina, la saluda a ella apretándole el hombro derecho y me extiende la mano para chocar puños. Mi cara de sorpresa o extrañeza generaron una carcajada en la Keka, que exclamó: “Te dije que estos chicos están bien educados”. Si bien el Chino no dijo nada, el saludo fue una expresión de que algo había cambiado. Volvió al living, se sentó en el sillón y se puso a mirar el celular.

El fin de semana pasado, la Keka, el Chino y Lea habían estado charlando, tomando cerveza y comiendo pizza—el Chino hamburguesas—como hacían habitualmente. Hasta altas horas de la noche. Entonces la Keka les contó una historia. Hacía unos años atrás cuando yo salía de mi casa, caminando a la estación de tren, un “rastrero” intentó robarme... blandiendo un cuchillo. Quería mi mochila y mi celular. A pesar de que en la mochila no tenía nada de considerable valor, me resistí al robo. Recibí una puñalada en el costado izquierdo, justo arriba de la cadera. El lugar usual donde se lanza el puntazo apurado que inicia el enfrentamiento. La hoja afilada entró bastante. El cuchillo no era pequeño, dejó un corte de más de tres centímetros de ancho. Me podría haber matado; o podría haber muerto desangrado. En ese movimiento en que el cuchillo penetró la carne y salió con el filo ensangrentado, le arrojé un cross de derecha al ladrón, que se tambaleó, hizo unos pasos para atrás y soltó el chuchillo. La segunda piña fue menos certera, pero echó a correr al delincuente.

Todo fue una gran fabulación. Luego de que me saludara el Chino y de seguir conversando un poco más con la Keka en la cocina, nos levantamos y nos fuimos al patio. Nos sentamos bajo la sombrilla y entonces, la Keka me contó la historia inventada sobre el supuesto robo—“vos seguime la corriente... vos decí todo que sí. Así no te quejas más que los pibes no te

dan cabida". La épica del relato generaba la confianza que hacía falta para forjar un vínculo. Un rato después, habían pasado cerca de dos horas que seguíamos hablando y tomando mate, apareció Lisa. Con sus usuales movimientos hiperquinéticos y su verborragia, dijo: "A ver... mostranos la cicatriz". El Chino se acercó lentamente hasta la puerta del patio y se apoyó en el umbral. Lea apareció justo detrás de Lisa, bien cerquita. La Keka me miró y con un gesto casi imperceptible me ordenó que me ponga de pie y les muestre la cicatriz. Me puse de pie, me levanté la remera y mostré la herida de la puñalada.

Hacía muchos años atrás, en mi adolescencia, me habían operado de varicoceles. Una operación simple, casi como una cirugía para sacarte el apéndice—pero del otro costado del cuerpo. No conlleva casi riesgo. Según el cirujano mi proceso de cicatrización se produjo con un exceso de colágeno, lo que provocó que la cicatriz que era pequeña y sólo necesitó dos puntos de sutura, se convirtiera en una cicatriz más notoria y se extendiera sobre la zona que cortó el bisturí. Se parecía mucho a una herida de una cuchillada. "Ah te pegó tremenda puñalada", exclamó Lea. "¿Lo corriste al rastrero?", preguntó Lisa. Me quedé en silencio y sólo esboqué una sonrisa. "Sos boludo, ¿Vos lo hubieses corrido con la herida abierta?", dijo la Keka. "Yo lo sigo hasta abajo de la cama...", se escuchó una carcajada generalizada. "Tranquilo *chan-clon*", dijo la Keka, refiriéndose a Van Damme. Se levantó de su silla, agarró la pava y fue a calentar más agua.

Fly-on-the-wall

Ser una mosca en la pared es una frase en la etnografía estadounidense para describir una "técnica metodológica" en la observación participante, que implica pasar desapercibido en el lugar donde se está realizando el trabajo de campo—es una forma más actual de decir: "volverse nativo",

aunque no es exactamente lo mismo. Esta pretensión puede llevarnos al problemático *tropo de la selva*.

Desde el famosísimo texto “The Stranger” de Alfred Schütz publicado en 1944, hubo un grupo de etnógrafos que sostuvieron que “ser diferentes” y mantenerse con un sentido de “extranjería” les daba ciertas ventajas para insertarse en el campo y conseguir explicaciones sobre costumbres y prácticas cotidianas²⁷. No me resultó de esa manera. Tuve un proceso de aprendizaje constante. A pesar que el trabajo de campo duró aproximadamente cinco años, había cosas que aún no comprendía del todo y otras en las que no pude participar; y aunque, el tiempo en el “territorio” parece extenso, fueron muchas veces las que sentí un aprendizaje vertiginoso—una sensación de que no tenía tiempo para aprender algunos códigos o prácticas para no equivocarme o hablar de más.

Sin dudas en la casa de la Keka me sentía más cómodo que en el departamento de Lupe, eso fue así desde el principio hasta el final. Mi inmersión, tuve la impresión, que fue más gustosa en aquel living con la pintura descascarada de la Keka, que en los pisos de madera lustrosos del departamento de Lupe. Intuyo que esto sucede por una puesta a prueba de los privilegios como investigador académico—una necesidad de reconocimiento y respeto que precisamos por ser los que *creamos* conocimiento científico²⁸. Sin dudas algo de este reconocimiento lo hallaba más en las reuniones en lo de Keka que en las *parties* de Lupe.

²⁷ Las investigaciones etnográficas de Egon Bittner son un buen ejemplo de cómo utilizar la posición de “extranjería” en el trabajo de campo (ver Cicourel, 2019; Manning, 2019).

²⁸ Este debate sobre las relaciones de poder entre los sujetos/participantes y el investigador, es tratado con más profundidad y originalidad en Cesraéa Rumpf (2017). En su trabajo los participantes entrevistados generan imágenes que hablan de su realidad vivida y, por lo tanto, incluye a dichos participantes como colaboradores en el proceso de investigación. Las imágenes producidas por los sujetos criminalizados contrarrestan las imágenes narrativas académicas y de la justicia penal, que suelen ser imágenes unidimensionales.

En mi experiencia la apariencia no fue un problema—estoy pensando en el trabajo etnográfico de Loïc Wacquant (2006) o de Alice Goffman (2014). Ambos invirtieron mucho tiempo en la transformación de sus cuerpos, vestimentas y prácticas cotidianas—gustos musicales, alimentación, etc. Mi apariencia encajó bien en los dos ámbitos donde realicé mi trabajo de campo. Aunque siempre pensaba como vestirme, si afeitarme o no, en qué momento escribir, sacar la grabadora (o el celular). Intentar no interferir, no ser notado, es muy agotador, porque de cierta forma uno debe olvidarse de uno mismo, dejarse en segundo plano.

En el tiempo que pasé en lo de la Keka, la apariencia no importaba, pero sí la actitud. Nunca consumí cocaína en ningún momento de mi trabajo de campo. En lo de la Keka, los chicos me insistían mucho más para que consuma—en lo de Lupe, casi nadie convida a otro. Me di cuenta que había una atención latente sobre mi persona por no compartir la droga con los demás. No podían “olvidarse” que yo estaba ahí, como un intruso, un *outsider*, porque estaba “sobrio”. Al principio, tomar alcohol servía para calmar los reclamos o las invitaciones de consumir algo. Pero poco a poco el alcohol ya no fue suficiente.

Había varias diferencias en la forma de consumir la cocaína y la marihuana en lo de la Keka y en lo de Lupe. Una diferencia fundamental era que en lo de la Keka había casi constantemente olor a marihuana. La cocaína no tiene olor, es insípida para el consumidor habitual—el amargor ya no se siente después de un tiempo. Es una droga blanca o “aterciopelada”, es una droga “elegante”—en palabras de José Luis. La marihuana por el contrario tiene mucho olor, hay que realizar un trabajo artesanal antes de consumirla, deja mugre, cenizas, hace humo. No se puede disimular la “acción de drogarse”. No se puede llevar en un *Snuff*²⁹ frugal y refinado.

²⁹ Frasco metálico, que por lo general tiene una tapa arrosca que cuando se saca le viene adherida, depende el modelo, una “pajita”, una “cucharita” o una “pala” pequeña, también de metal, para esnifar la cocaína.

En lo de Lupe no se fumaba marihuana. Era considerada una droga “sucia”, sin clase. En lo de la Keka pasaba todo lo contrario, la marihuana era una droga de bienvenida, siempre alguien te extendía un “fasito” para compartir una charla o cualquier otra cosa.

Cuando el alcohol no servía para disimular mi presencia, comencé a usar la marihuana. Fumaba, pero lo hacía mal, no llevaba el humo hasta los pulmones y lo retenía allí por un tiempo para causar el efecto esperado. Lo mantenía un tiempo en la boca o la garganta y luego lo expulsaba por la nariz. Que el humo ingrese por la boca y salga por la nariz daba la sensación de estar realizando el ejercicio “correcto” de fumar marihuana. Y, paralelamente, con ese “mal fumar”, empecé a ensayar una actitud de “estar drogado”: responder preguntas con lentitud, *delay* o con cierto retraso, reír exageradamente por aquello que no justifica dicha carcajada, estar en una pose “hundido” o “desarticulado” en el sillón—ciertas posturas, ademanes o gesticulaciones hacían a ese *estar drogado*. Esa actitud me permitió lograr un efecto de invisibilidad—que no era esconderme, sino más bien licuarme en la realidad del otro³⁰.

En lo de Lupe fue de otra manera. No pude seguir usando la “técnica” de “estar drogado”—si fumaba marihuana estaba inmediatamente *game over*. Y no hay una forma simulada de “aspirar mal” la cocaína. A esta

³⁰ Esta cuestión es fundamental para cualquier trabajo etnográfico que se realice con observación participante. Si el trabajo de campo etnográfico es considerado como entrevistas o charlas con “atención flotante” que duran algunas horas, entonces, no es crucial ser una “fly-on-the-wall”. Pero cualquier etnografía que pretende una inmersión densa en la vida de los otros—sin configurar una narrativa de “jungle book”, pues siempre es ficticia la idea de “volverse nativo”—deberá presentar un impacto en el cuerpo, en el estilo, en la actitud (incluso en la alimentación y en la forma de dormir) del investigador. Por que como sostiene Ingold, lo que llamamos “observación participante” es una “educación de la atención”, es una clase magistral en la que llegamos como novatos a aprender tal o cual cosa. Y la cuestión no tiene que ver con la temporalidad—una observación de meses o años—tiene que ver con que el aprendizaje siempre es *transformativo*: “da forma a la manera en la que uno piensa y siente, y lo convierte en una persona diferente” (2015: 220-221). Importantes etnografías nos relatan como fueron esas transformaciones y nos enseñan formas, métodos y estrategias para pasar lo más desapercibidos posibles (cf. Wacquant, 2006; Venkatesh, 2008; Contreras, 2013; Goffman, 2014—incluso se puede encontrar en importantes trabajos de no-ficción).

cuestión había que sumarle una notoria diferencia en la calidad (y la exclusividad) de la vestimenta y la indumentaria—por ejemplo, el celular o los lentes de sol. Tener objetos de marca implica pagar por un símbolo de estatus—la estrellita de Mont Blanc en los anteojos—pero también es pagar por usar algo de mejor calidad. Algunas marcas “menores” son legítimas si se construye un estilo, por ejemplo, Adidas si se tiene un estilo *sporty chic* o *vintage*; o se puede combinar ambas cosas: una marca reconocida y exclusiva y un estilo único.

Steff, presumía su ropa Ralph Lauren, a través de lo que se conoce como *preppy style*—usar prendas de punto en tonos pasteles, incluir ropa relacionada al mundo del tenis, el polo o el golf, también mezclar *trenchs* color beige para dar un estilo universitario estadounidense. Le encantaba que le dijeran: “sos igual a Blake Lively en *Gossip Girl*”. Tato lo sabía y siempre hacía una jugarreta. Se acercaba a alguien en una reunión o fiesta y le decía: “Mirala a Steff, ¿no es igual a esa actriz de *Gossip Girl*?”. Y, en algún momento se escuchaba: “Sos igual a la actriz de *Gossip Girl*”, y con una sonrisa de oreja a oreja y sus ojos celestes achinados, Steff casi gritaba: “¡Blake Lively!”, y luego se hacía la desentendida. A Lupe le encantaba esa secuencia, se reía apretando la cara en la espalda de Tato o hundiendo la carcajada en algún almohadón del sillón.

“Tú estilo es no tener estilo”, me decía Elisa. Era una broma habitual. Quienes me conocían, sabían que era “el que investigaba”, no sé sabía bien qué, pero escribía y escribía. Los que no me conocían, creían que era un joven adinerado con un estilo *grunge*—una moda de los 80 o 90, desenfadada y rebelde—que tenía algún tipo de pretensión de ser escritor o bohemio; otros veían en mi un estilo *hipster*, por la barba y alguna ropa que consideraban *vintage*. Tener un estilo es ser *cool*—tener personalidad—sobresalir y distinguirse del resto, pero, al mismo tiempo, permite—al contrario de lo que puede pensarse—no llamar la atención.

Cuando los otros podían darme una “identidad”—joven adinerado hípster—dejaba de llamar la atención, todos se sentían más cómodos, y prácticamente desaparecía de la escena.

Comencé a usar ropa de mi padre. Mi abuela, le compraba a mi papá, en su adolescencia ropa de marca—comprables para una clase media acomodada. Camisas Penguin o Sherwood, jeans Levi's, algunas remeras NASA y algún buzo Fiorucci. Mi estilo era lo que los demás creían que era, pero intentaba ser un estilo vintage, grunge o hípster—o una mezcla de todo eso. Lo que realmente me importaba era que me permitía pasar desapercibido.

El tiempo libre es tiempo “que no produce”

En el 2017 iniciaba mi primer año del doctorado en ciencias sociales. Me había anotado a cursar todos los seminarios iniciales. Ese año, quizás más que cualquier otro, estuve de fiesta con Lupe, Tato, Steff, Elisa y Antonia; salíamos los martes y los jueves a diferentes *afteroffice*, casi siempre se extendía a un *afterparty*, los viernes o sábados había fiestas de piso compartido o fiestas privadas en casas de country o departamentos, los sábados el *afterparty* sucedía en alguna *discoteque cool* o *chic* del momento, los domingos tocaba ir a alguna *rooftop* o un *speakeasy* de moda. Por supuesto el dinero no me alcanzaba para sostener la “gira” semanal—a veces intercalada entre semana; pero más que el dinero, el problema era el tiempo. Tanto Tato como Lupe, nunca tuvieron problema en “invitarme” los *drinks* y las comidas—nunca pagábamos entrada a ningún lado, casi siempre nuestros nombres figuraban en alguna lista vip de una empresa. Las empresas y otras entidades, como hoteles lujosos o clubes de campo exclusivos, tienen “listas” propias de ingreso a discoteques, bares y pubs, también tienen mesas reservadas y atención exclusiva.

Muchas veces nos invitaban “rondas” de *drinks* o nos enviaban botellas de champagne como “invitación de la casa”. Muchas veces todos los integrantes de la mesa bebían y comían toda la noche sin que nadie desembolsara un solo peso. Tener dinero, es tener influencias, y esto te da poder. Las influencias, los contactos y el poder, te da más dinero. Todo eso es buena publicidad para cualquier bar o restaurante; una buena atención en un restaurante puede lograr que elijas ese lugar para tu próxima reunión de negocios, y dejar una gran montaña de dinero en comidas gourmet y vinos importados. Sucede lo mismo con los hoteles o los bares³¹.

Estas influencias, privilegios y dinero, permiten tener y ostentar el tiempo libre—momentos de ocio. Tener tiempo libre es extremadamente costoso. El tiempo es dinero, y el tiempo “sin producir” no es rentable. Los realmente adinerados pueden pasar tiempo “sin producir”—y aún más, gastando dinero. Por más que yo no pagara casi nunca lo que consumía, me era imposible seguir el ritmo de vivir el tiempo de ocio.

Las noches se volvieron largas. El consumo de alcohol aumentó y las resacas fueron inevitables. Comencé a dormir varias horas durante el día. Luego de dos o tres clases en un seminario que cursaba los viernes a la mañana en el que prácticamente me quedaba dormido, o me era imposible prestar atención, lo abandoné. Otro curso de los lunes a media mañana corrió la misma suerte. De los cinco seminarios que estaba realizando pude completar la cursada de tres, y solo entregar el trabajo final de uno. Los otros dos los perdí por no entregar las evaluaciones

³¹ Hay toda una línea de investigación floreciente sobre los negocios, tratos e intercambios de drogas vinculados con el trabajo sexual vip. El rol como *intermediario* de conductores de limusinas, gerentes de *discoteques* y de lujosos hoteles y la utilización de los *penthouse*. Incluso las contrataciones de acompañantes (o “novias de alquiler”) para viajes y reuniones de negocios. Pude lograr—gracias a Tato—algunas conversaciones con trabajadoras sexuales vip, que ganan muchísimo dinero, son prácticamente *top models* que viven rodeadas de lujos y “buena vida”.

finales. En ese momento no me daba cuenta el impacto que el trabajo de campo estaba teniendo en mi cotidianeidad—y mi vida académica.

Cambié radicalmente mi grupo de amigos. Los sujetos de estudio se convirtieron en mi nuevo “grupo de amigos”. Luego de varios cumpleaños y reuniones a las que no asistí de mis habituales amigos del barrio y excompañeros del colegio o la universidad, me dejaron de invitar. Cuando terminé el segundo año de trabajo de campo varios de estos cambios eran notorios. No tenía tiempo para leer ni escribir (más que las notas de campo al final del día). Durante varios años no publiqué ningún *paper*—que me exigía mi trabajo como becario doctoral. Mi vida pendulaba entre recuperar las fuerzas durante el día para el “reviente” moderado de las noches. Mi esfuerzo estaba puesto en poder seguir el ritmo. En sostener la experiencia de tiempo libre.

La policía no es toda la misma policía

Sólo algunas veces quise profundizar sobre cómo la policía le entregaba la droga a la Keka—había intrigas obvias: de dónde la sacaban, a quiénes más proveían, cuánto territorio controlaba, cómo eran los ajustes de cuentas, hasta dónde llegaba el entramado de involucramiento. Esas pocas veces que pregunté todo se cubría de un manto de tensión e incomodidad. Mucho de lo que se logra satisfactoriamente o que queda trunco en el trabajo de campo es por una cuestión de buen o mal “timing”. Hacer ciertas preguntas o querer inmiscuirse en algún asunto antes de tiempo puede estropear el camino recorrido hasta ese momento. Y, por otro lado, tener buen “timing” es las más de las veces imposible. “Todavía no flaquito. El Chino no quiere... vos tranqui”, me decía la Keka una de las primeras veces que le pregunté dónde cortaban y empaquetaban la cocaína—¿Quería ver cómo lo hacían? ¿Cuál era el proceso? ¿De qué

hablaban mientras tanto? ¿Qué chistes hacían? ¿Tomaban mates o cerveza mientras trabajaban? ¿Implicaba mucha concentración? ¿Qué olor había en la habitación?

La última vez que pregunté sobre la cocaína policial la Keka me cortó con su tono de voz de autoridad y de regaño: “¿Qué querés? Que te suba al móvil [policial] y te abrazás a la merca y ves todo el recorrido que hacen. Dejate de hinchar las bolas. Si ya los viste bajar los paquetes una vez. ¿Qué más querés? No preguntes más... Mejor tomate el palo si no querés que te cague a patadas en el orto. ¡No quiero que nadie me rompa las pelotas!”.

Cuando la Keka se enojaba todo en ella se sincronizaba con una personalidad construida para mostrar dureza. Es difícil describir la sensación que se sentía cuando uno era el foco de su ira. Utilizaba su cuerpo de una manera que parecía que se iba haciendo más y más gigante, y se movía de tal forma que daba la sensación de venirse encima, entrando y saliendo del espacio personal del otro. Su voz se volvía grave y provocaba cierta resonancia particular en los oídos. De repente parecía que toda la habitación, la calle, el barrio estaban en silencio—su voz retumbando ocupaba todo el espacio. Al mismo tiempo uno tenía la sensación que se iba haciendo más y más pequeño, diminuto, que comenzaba a encorvar la espalda, bajando los hombros, escondiendo el pecho, tratando de cubrirse o esconderse con los brazos y las manos. El espacio se hacía más estrecho y lo único que se movía era ella, con su cuerpo gigante y su mirada que metía miedo. De repente estabas en un rincón, como un niño, indefenso. Recuerdo la sensación corporal de salir de casa en hurtadillas, casi caminando de espalda, volver caminando nervioso y quedar así por el resto del día.

No fue la única vez que tuvimos con la Keka una situación de tensión o un desacuerdo. Tampoco sólo pasaba con ella, sino que también hubo

acontecimientos difíciles con alguno de los chicos de la "empresa". Una noche de sábado, mientras jugábamos a las cartas, tomábamos cerveza y comíamos maní salado, entre risas y "gastes", el Lea se me acerca y me ofrece cocaína: "Ey, Nahu querés un poco..."—"No Lea, gracias", dije casi sin mirarlo, concentrado en el juego de cartas. "Dale chabón toma un poco..."—"No, no, posta que no quiero", lo miré y mantuve un poco la mirada. "No seas ortiva, nunca consumís... si estás acá con nosotros tomá un poco", insistió. No contesté. De un manotazo me arranca las cartas de las manos y sube el tono: "Tomá agarra, dale agarra", y me extiende un papel de cocaína. La Keka sin mover un músculo, sin mirarlo, dice: "No jodas Lea, él no consume... no jodas. Andá a tomar aire afuera. Nos cagaste el partido [de cartas]".

Lea salió refunfuñando y el Chino salió atrás de él. Nos quedamos con Lisa y Keka sentados en el living, frente a las cartas desparramadas en la mesa, el cenicero repleto de colillas y un plato con un poco de cocaína y alguno manises. "Volvele hablar... hace esto para llamar la atención", le dice Lisa a la Keka. "Está hecho un boludo...", contesta la Keka. Se hace un silencio de unos minutos. "¿Qué pasó?", pregunto. "El fin de semana pasado [el Lea] se mandó una cagada grande", me dice Lisa y la mira a la Keka buscando autorización para continuar el relato. La Keka se levanta y va hacia la heladera a buscar más cerveza. Lisa continúa: "Salió a bailar con unos amigos a Club XXI... estaba recontra falopeado y borracho. Lo sacaron los patovas porque se agarraron a piñas, y siguieron peleando afuera. Cuestión que llega la policía y se los llevan a todos. Y el boludo este chapeó con el Pepi, tipo: 'tengo amigos policías... llamalo, llamalo'".

Había varias reglas que no podían romperse, algunas las imponía la Keka, otras les venían impuestas por los otros participantes del negocio—en este caso por la policía. Nunca, sin importar las circunstancias, podían nombrar al Pepi u otro policía que conocían por estar vinculado con el comercio de

drogas. La policía no es en todos lados la misma policía. No toda la policía es corrupta o trabaja en complicidad dentro de las economías ilegales.

Al otro día a que Lea fuera detenido, cerca del mediodía, el Pepi se aparece en la casa de la Keka. “Hay un boludo de tus pibes que está en cana y anda boconeando. No te preocupes, ya está todo arreglado, lo van a trasladar acá [la comisaria de Villaverde] como un favor”. El Pepi era un hombre singular, con una estatura promedio, que decía las amenazas a través de bromas y siempre con un tono agradable, simpático—lo que siempre me pareció que le daba un carácter más siniestro. Ahora la Keka le debía un favor, uno grande. Antes de que Lea pueda volver a su casa, el Pepi lo llevó a dar un paseo, y le “explicó” que no tenía que volver a nombrarlo. Hacía unos días que la Keka no le hablaba a Lea, lo tenía “en capilla”.

* * *

Al menos diez veces estuve en una situación en donde la policía podría haber detenido a Tato, Lupe, Elisa o Antonia. Tres controles vehiculares, dos llamadas de atención policial en el departamento de Lupe, tres avisos de quejas de la seguridad privada del country (que eran policías retirados) en la casa de Elisa y dos encuentros con la policía al salir de unas fiestas privadas de piso compartido en San Telmo. En todas las situaciones la droga y el alcohol estaba a la vista o al alcance de un mínimo control policial, pero en todas las veces la policía hizo la “vista gorda”. Sin dudas esto fue diferente para Lea y Lisa, incluso para la Keka cuando ya no fue Lupe; y, por supuesto, es diferente a lo que registran las etnografías de jóvenes urbanos de barrios marginales.

Memoria involuntaria

“Mirá, mirá...”, la Keka me desliza el celular sobre la mesa. Solo pude sostener la mirada un segundo sobre la pantalla. Hacía un rato que estaba en casa tomando mates y charlando.

Esa tarde la Keka llegó a casa sin avisar, no esperaba verla ese día. Yo estaba leyendo y pasando en limpio algunas notas de campo, acomodando y completando citas bibliográficas. Tenía en la mesa del comedor la pava de mate, fotocopias, la notebook y algunos libros apilados. Un libro estaba abierto boca abajo sobre la mesa. La Keka se sentó en una de las sillas, agarró la pava y se cebó un mate. Hizo un ruido de carraspera con la garganta y me regañó: “Cómo podés tomar este mate... calentá el agua que yo lo arreglo”. Me levanté, cargué un poco de agua y llevé la pava hasta una hornalla. En ese momento, mientras le daba la espalda, escucho una risa.

Cuando me doy vuelta la Keka tenía en sus manos el libro que estaba abierto con el lomo hacia arriba. Y sus ojos apuntaban a un diálogo que estaba resaltado—la tapa y el nombre del libro había llamado su atención—el diálogo había traído al presente un recuerdo³². “¿De qué te reís?”, le pregunté. “Cómo se va a enamorar de un chorro. Eso está prohibido en el rubro”, me contesta y vuelve a reírse. Antes que pueda preguntarle de nuevo de qué se reía, continuó: “Si a mí me dice transa asquerosa le bajo todo el comedor de un soplamoco”, y se sigue riendo. Apuré la pregunta: “¿De qué te reís?”. “Es que me hizo acordar que una

³² Luego de esta situación fortuita, traté de sistematizar una forma de “entrevista” diferente: a través de lecturas. De vez en cuando leíamos juntos algún fragmento de un libro que servía como disparador para que ella me contara alguna experiencia personal o, incluso, que me diera su opinión sobre la escena que leíamos. Esta forma de conversación sucedía habitualmente en mi casa, pero algunas otras veces también en la suya. Los textos los elegía yo—generalmente se trataba de investigaciones etnográficas sobre la vida de jóvenes relacionados con la delincuencia, la venta de drogas y los encuentros con la policía, crónicas o relatos ficcionales que abordaban estas mismas temáticas. De cierta manera ella conoció cuál era el marco teórico con el que yo pretendía pensar su vida—y gracias a la utilización de esta práctica metodológica y los comentarios que ella me hacía de ciertas conclusiones a las que llegaban estos investigadores e investigadoras (algunos muy reconocidos) pude descartar textos y conceptos teóricos que tenía pensado utilizar como herramientas hermenéuticas.

vez anduve con un chorro". Hice una cara de complicidad y esboqué una sonrisa. "Bancá, pero no me enamoré. Bueno un poco sí. Era pendeja, fue hace banda. El pibe era un falopa, me robaba merca. Yo vendía poco y me acuerdo que guardaba en unos cajones de la mesita de luz siempre algunas tizas. Este iba y siempre se llevaba alguna. Él pensaba que yo no sabía, o no me daba cuenta. Pero nunca me pidió que salga a chorear con él. Lo hubiese cagado a patadas en el orto si me proponía eso. No tenía tanto amor... demasiado que me hacía la otra cuando me choreaba a mí".

Seguimos hablando un poco más sobre la rivalidad entre ladrones y transas. Ladrones y policías son igual de peligrosos para un transa³³. Aunque la Keka vivió la experiencia con la policía con cierta excepcionalidad, ella no ignoraba que todos los demás transas evitaban el contacto policial. Aunque los tiempos de buenaventura y tranquilidad eran ahora cuestión del pasado.

La notaba preocupada. Se ensimismaba de vez en cuando, después de algunas bromas o derivas anecdóticas, en cierto desasosiego. La muerte de Antonia y la visita del Pepi a su departamento en la ciudad, se representaban en el ceño fruncido de su rostro, que cada tanto la dejaba tildada mirando a la nada. "¿Estás preocupada?", le pregunté. "Mirá, mirá...", la Keka me desliza el celular sobre la mesa. En la pantalla del celular pude ver la foto de Antonia muerta. La vi por un segundo. "Me la mandó el Pepi hace dos días... es un apriete. No sé bien qué hacer... Si irme de viaje o algo. Quiere que vuelva a vender para él, estoy casi segura".

En muchos casos no sabía si ciertos comentarios que la Keka me hacía eran pidiendo ayuda o alguna sugerencia (con forma de consejo), o simplemente se dejaba llevar por la conversación y la intimidad que teníamos. Lo cierto, es que yo, casi nunca ofrecía un consejo o una ayuda—

³³ Agradezco en este punto las sugerencias bibliográficas que me realizó Philippe Bourgois, en tanto, hay un conjunto creciente de investigaciones que vienen estudiando esta rivalidad, por ejemplo, la etnografía de Randol Contreras (2013) [Comunicación personal, 9 de noviembre de 2022].

nunca supe hasta donde involucrarme en ciertas situaciones que implicaban intervenir de forma mucho más activa en escenarios ilegales o clandestinos.

En ese momento, ni ella ni yo, podíamos imaginar que lo que sucedería en menos de un mes sería ese fenómeno de *memoria involuntaria*, que la llevaría a la cárcel. Muchas veces pensé que si, finalmente, hubiese decidido “guardarse”—viajando o refugiándose en algún lugar—o si yo hubiese intervenido con alguna ayuda o consejo, podría haberse evitado esa larga temporada encarcelada. Incluso, algo más importante, podría haber mantenido esa vida como Lupe, que tanto disfrutaba. En una de mis visitas a la cárcel, ella me dijo: “me subió esa memoria [de la violación] a la cabeza como sube una burbuja en el agua”. La Keka tenía, y me dejó en las notas de mi cuaderno de campo, una infinita cantidad de reflexiones con hermosas tónicas literarias.

Aquel picnic, sería el evento que iba a romper con una temporalidad *lineal*, o quizás antes que romper, transformaría esa cronología en una temporalidad *ascendente*, en la que el recuerdo no deviene, sino que “sube” a la superficie del presente. La memoria involuntaria es un tipo de memoria que no puede evocarse a voluntad y que escapa al dominio de la razón. Tiempo después pude notar que hay una importancia esencial en el uso, por parte de ella, de la palabra “memoria” y no “recuerdo”, siendo la primera una *huella* y la segunda una *construcción*. Muchas veces el recuerdo como construcción nos permite el olvido. La huella, quizás, sea ese *tiempo pleno*, que importa el tiempo de la experiencia y de la memoria, que se abre solo unos pocos días, unas pocas veces, días festivos o trágicos.

Agradecimientos

Por muchos años de permitirme ingresar en sus vidas. Sin pedirme nada a cambio, soportando mis errores y mis intromisiones. A las y los protagonistas de esta historia. A cada uno de ellos mis agradecimientos.

A mi familia, toda. Por la oportunidad de esta vida.

Por su amistad, contención y revisión minuciosa de este trabajo, a mi director Esteban Rodríguez Alzueta. A Marianela Ganduglia por su amor y su paciencia, pero sobre todo su sensibilidad para leer y sugerir tonos y ritmos que hice míos, pero que son suyos. Otros amigos que leyeron con atención e hicieron que mi tesis sea lo que es: Tomás Bover, Agustín Casagrande, Carola Bianco. A todos los integrantes del Grupo de Estudio "Socio-antropológico del Sistema Penal" del LESYC (UNQ), con los que pasamos toda una jornada de discusión y comentarios sobre esta etnografía.

Quisiera agradecer a Jack Katz y Philippe Bourgois por su lectura, comentarios y reciprocidades, que aportaron una mirada bien diferente a las lecturas que tuve en estas latitudes sureñas. Mientras desde Latinoamérica cargamos con ciertos prejuicios sobre las "escrituras del yo", que consideramos como una forma narcisista lexical—cuestión, entre otras, que hace que siempre que se ponen en funcionamiento esos registros estilísticos tengan el efecto no deseado—los comentarios, tanto de Katz como de Bourgois, fueron hacia la necesidad de incorporar en el relato mis sentires y mis acciones. Lo intenté y espero cause el efecto anhelado.

A Máximo Sozzo, por sus clases en la Maestría en Criminología (UNL) y por estar de acuerdo con todos los cambios que realice en mi investigación y allanarme el camino—junto con todo el equipo gestor de la Maestría—para la presentación y defensa de esta tesis.

Agradecer, por último, a CONICET que financió esta investigación de más de 5 años—sin políticas públicas que estimulen la investigación en ciencias

sociales nada de todo esto sería posible. También a los equipos de investigación de la Universidad Nacional de Quilmes y de la Universidad Nacional de La Plata. Compañeras y compañeros con los que el intercambio fue fundamental para llegar al resultado de esta investigación.

Referencias

Adler, Patricia: *Wheeling and Dealing: An Ethnography of and Upper-Level Drug Dealing and Smuggling Community*, New York: Columbia University Press, 1993.

Adler, Patricia y Peter Adler: "Shifts and Oscillations in Deviant Careers: The Case of Upper-Level Drug Dealers and Smugglers", *Social Problems* 31(2), 1983, 195-207.

Alarcón, Cristian: *Si me querés, quereme transa*, Buenos Aires: Aguilar, 2012.

Alarcón, Cristian y Philippe Bourgois: "Narrar el mundo narco: diálogo", *Salud Colectiva*, 6(3), 2010, 357-369.

Alexander, Michelle: *El color de la justicia. La nueva segregación racial en Estados Unidos*, Madrid: Capitán Swing, 2014.

Anderson, Elijah: *Code of the Street: Decency, Violence, and the Moral Life of the Inner City*, New York: W.W. Norton, 1999.

Anderson, Elijah: "Going Straight. The Story of a Young Inner-city exconvict", en: David Garland (ed.): *Mass Imprisonment. Social Causes and Consequences*, London: Sage, 2001, 121-137.

Anderson, Jon Lee: "Gangland. Who controls the Street of Rio de Janeiro?", *The New Yorker*, 5 de octubre de 2009.

Anderson, Tammy: "Dimensions of Women's Power in the Illicit Drug Economy", *Theoretical Criminology*, 9(4), 2005, 371-400.

Andre, Alex: "The Concealed Gift", *Anthropological Theory*, 21(1), 2021, 50-81.

Appadurai, Arjun (ed.): *La vida social de las cosas: perspectiva cultural de las mercancías*, México: Grijalbo, 1991.

Auyero, Javier, Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes (eds.): *Violence at the Urban Margins*, New York: Oxford University Press, 2015.

Auyero, Javier y Katherine Sobering: *Entre narcos y policías: las relaciones clandestinas entre el estado y el delito, y su impacto violento en la vida de las personas*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2021.

Baskin, Deborah, Ira Sommers y Jeffrey Fagan: "The Political Economy of Violent Female Street Crime", *Fordham Urban Law Journal*, 20, 1993, 401-407.

Boltanski, Luc: *The Making of a Class: Cadres in French Society*, Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

Bourgois, Philippe: "In Search of Horatio Alger: Culture and Ideology in the Crack Economy", *Contemporary Drug Problems*, 16, 1989, 619-649.

Bourgois, Philippe: *En busca del respeto: vendiendo crack en Harlem*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.

Bourgois, Philippe y Jeffrey Schonberg: *Righteous Dopefiend*, Berkeley: University of California Press, 2009.

- Bucerius, Sandra: *Unwanted: Muslim Immigrants, Dignity, and Drug Dealing*, Oxford: Oxford University Press, 2014.
- Caillé, Alain: "Gift", en: Keith Hart, Jean-Louis Laville y Antonio David Cattani (eds.): *The Human Economy: A Citizen's Guide*, Cambridge: Policy, 2010, 180-186.
- Campbell, Nancy: *Using Women: Gender, Drug Policy and Social Justice*, London: Routledge, 2000.
- Carey, Elaine: *Women Drug Traffickers: Mules, Bosses, & Organized Crime*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 2014.
- Carey, Matthew: *Mistrust: An Ethnographic Theory*, Chicago: Hau Books, 2017.
- Castaneda, Carlos: *Las enseñanzas de don Juan*, México: FCE, 1998.
- Caulkins, Jonathan: "Price and Purity Analysis for Illicit Drug: Data and Conceptual Issues", *Drug and Alcohol Dependence*, 90(1), 2007, 61-68.
- Caulkins, Jonathan y Rosalie Pacula: "Marijuana Markets: Inferences from Reports by the Household Population", *Journal of Drug Issues*, 36, 2006, 173-200.
- Chomczynski, Piort y Roger Guy: "Flying Under the Radar: Low-Profile Drug Dealers in a Mexico City Neighborhood", *Journal of Drug Issues*, 49(2), 2019, 308-323.
- Chomczynski, Piotr, Roger Guy y Rodrigo Cortina-Cortés: "Business: The Social Anatomy of Small-Time Drug Dealing in a Mexico City Neighborhood", *Journal of Contemporary Ethnography*, 48(6), 2019, 750-772.
- Cicourel, Aaron: "Recordando a Egon Bittner", *Cuestiones Criminales*, 2(3), 2019, 239-242.
- Collins, Randall: *Violence. A Micro-Sociological Theory*, Oxford: Princeton University Press, 2008.
- Connell, R. W.: *Masculinities*, Berkeley: University of California Press, 2005.

- Contreras, Randol: *The Stickup Kids: Race, Drugs, Violence, and the American Dream*, Berkeley: University of California Press, 2013.
- Coomber, Ross: "There's No Such Thing as a Free Lunch: How 'Freebies' and 'Credit' Operate as Part of Rational Drug Market Activity", *Journal of Drug Issues*, 33, 2003, 941-962.
- Coomber, Ross, Leah Moyle y Nigel South: "The Normalisation of Drug Supply: The Social Supply of Drugs as the 'Other Side' of the History of Normalisation", *Drugs: Education, Prevention and Policy*, 23(3), 2016, 255-263.
- Coomber, Ross y Lisa Maher: "Street-Level Drug Market Activity in Sydney's Primary Heroin Markets: Organization, Adulteration Practices, Pricing, Marketing and Violence", *Journal of Drug Issues*, 36, 2006, 719-754.
- Cozzi, Eugenia: "Las pibas y el mundo del delito", *Revista Cordón*, abril 22, 2022a.
- Cozzi, Eugenia: *De ladrones a narcos: violencias, delitos y búsquedas de reconocimiento*, Buenos Aires: Teseo, 2022b.
- Crawford, David: "Suburban Drug Dealing: A Case Study in Ambivalent Economics", *Research in Economic Anthropology*, 36, 2016, 197-219.
- Crawford, David: *Dealing with Privilege: Cannabis, Cocaine, and the Economic Foundations of Suburban Drug Culture*, Laham: Lexington Books, 2019.
- Crawford, David: "Ambivalent Economics of Middle-Class Drug Dealers", *Anthropology News website*, March 5, 2020.
- Crawford, David: "Inconvenient friendship: How successful cocaine dealers manage social obligations", *Economic Anthropology*, 8(2), 2021, 259-272.
- Curtis, Ric: "Crack Cocaine and Heroin: Drug Eras in Williamsburg, Brooklyn, 1960-2000", *Addiction Research & Theory*, 11(1), 2003, 47-63.
- Curtis, Ric y Travis Wendel: "Toward the Development of a Typology of Illegal Drug Markets", *Crime Prevention Studies*, 11, 2000, 121-152.

Darcy, Clay: "Men and the Drug Buzz: Masculinity and Men's Motivations for Illicit Recreational Drug Use", *Sociological Research Online*, 25(3), 2020, 421-437.

Denton, Barbara: *Dealing: Women in the Drug Economy*, Sydney: UNSW Press, 2001.

Denton, Barbara y Pat O'Malley: "Gender, Trust and Business: Women Drug Dealers in the Illicit Economy", *British Journal of Criminology*, 39(4), 1999.

Denton, Barbara y Pat O'Malley: "Property Crime and Women Drug Dealers in Australia", *Journal of Drug Issues*, 31(2), 2001, 465-486.

Desmond, Matthew: *Desahuciadas: pobreza y lucro en la ciudad del siglo XXI*, Madrid: Capitán Swing, 2017.

Dickson-Gómez, Julia, Margaret Weeks, Maria Martinez y Kim Radda: "Reciprocity and Exploitation: Social Dynamics in Private Drug Use Sites", *Journal of Drug Issues*, 34, 2004, 913-932.

Dorn, Nicholas, Murji Karim y South Nigel: *Traffickers: Drug Markets and Law Enforcement*, London: Routledge, 2002.

Dunlap, Eloise y Bruce Johnson: "Family and Human Resources in the Development of a Female Crack-Seller Career: Case Study of a Hidden Population", *Journal of Drug Issues*, 26(1), 1996, 175-198.

Dunlap, Eloise, Bruce Johnson y Ali Manwar: "A Successful Female Crack Dealer: Case Study of a Deviant Career", *Deviant Behavior*, 15(1), 1994, 1-25.

Dunlap, Eloise, Bruce Johnson y Lisa Maher: "Female Crack Sellers in New York City: Who They are and What They Do", *Women & Criminal Justice*, 8(4), 1997, 25-55.

Dwyer, Robyn y David Moore: "Beyond Neoclassical Economics: Social Process, Agency and the Maintenance of Order in an Australian Illicit Drug Marketplace", *International Journal of Drug Policy*, 21(5), 2010, 390-398.

Ehrenreich, Barbara: *Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos*, Madrid: Capitán Swing, 2014.

- Elias, Norbert y Eric Dunning: *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México: FCE, 2014.
- Eve, Michael: "Is Friendship a Sociological Topic?", *European Journal of Sociology*, 43(3), 2002, 386-409.
- Fagan, Jeffrey: "Women and Drugs Revisited: Female Participation in the Cocaine Economy", *The Journal of Drug Issues*, 24(2), 1994, 179-225.
- Fassin, Didier: "True Life, real lives: Revisiting the boundaries between ethnography and fiction", *American Ethnologist*, 41(1), 2014, 40-55.
- Fassin, Didier: *La fuerza del orden: una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2016.
- Fassin, Didier: *Prison Worlds: An Ethnography of the Carceral Condition*, Cambridge: Polity Press, 2017.
- Fleetwood, Jennifer: *Drug Mules: Women in the International Cocaine Trade*, New York: Springer, 2014.
- Fleisher, Mark: "Ethnographers, pimps, and the company store", en: J. Ferrell y M. S. Hamm (eds): *Ethnography at the Edge: Crime, Deviance and Field Research*, Boston: Northeastern University Press, 1998, 44-64.
- Fraser, Suzanne y Kylie Valentine: "Gendered Ethnographies: Researching Drugs, Violence and Gender in New York", *Australian Feminist Studies*, 20(46), 2005, 121-124.
- Frenette, Alexandre y Richard Ocejo: "Sustaining Enchantment: How Cultural Workers Manage Precariousness and Routine", en: Ethel Mickey y Adia Harvey Wingfield: *Race, Identity and Work*, Bingley: Emerald, 2018.
- Furst, Terry, Christopher Herrmann, Ray Leung, John Galea y Kirsten Hunt: "Heroin Diffusion in the Mid-Hudson Region of New York State", *Addiction*, 99, 2004, 431-441.
- Garriga Zucal, José: *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*, Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- Gay, Robert: *Lucia: Testimonies of a Brazilian Drug Dealer's Woman*, Philadelphia: Temple University Press, 2005.

- Gay, Robert: *Bruno: Conversations with a Brazilian Drug Dealer*, Durham: Duke University Press, 2015.
- Giddens, Anthony: *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona: Península, 1995.
- Goffman, Alice: *On the Run: Fugitive Life in an American City*, Chicago: The University of Chicago Press, 2014.
- Goffman, Erving: "On Fieldwork", *Journal of Contemporary Ethnography*, 18(2), 1989, 123-132.
- Graeber, David: *Toward An Anthropological Theory of Value. The False Coin of Our Own Dreams*, New York: Palgrave, 2001.
- Grundetjern, Heidi y Sveinung Sandberg: "Dealing with a Gendered Economy: Female Drug Dealers and Street Capital", *European Journal of Criminology*, 9(6), 2012, 621-635.
- Hann, Chris y Keith Hart: *Economic Anthropology: History, Ethnography, Critique*, Cambridge: Polity, 2011.
- Hari, Johann: *Tras el grito*, Buenos Aires: Paidós, 2015.
- Hart, Keith: "Marcel Mauss: In Pursuit of the Whole. A Review Essay", *Comparative Studies in Society and History*, 49(2), 2007, 473-485.
- Hoffer, Lee: "The Space between Community and Self-Interest: Conflict and the Experience of Exchange in Heroin Markets", *Research in Economic Anthropology*, 36, 2016, 167-196.
- Hutton, Fiona: "Risky Business: Gender, Drug Dealing and Risk", *Addiction Research and Theory*, 13(6), 2005, 545-554.
- Ingold, Tim: "Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía", *Etnografías Contemporáneas*, 2(2), 2015, 218-230.
- Ingold, Tim: "¡Suficiente con la etnografía!", *Revista Colombiana de Antropología*, 53(2), 2017, 143-159.

Jacques, Scott: "The Necessary Conditions for Retaliation: Toward a Theory of Non-Violent and Violent Forms in Drug Markets", *Justice Quarterly*, 27(2), 2010, 186-205.

Jacques, Scott y Richard Wright: "The Relevance of Peace to Studies of Drug Market Violence", *Criminology*, 46, 2008, 221-253.

Jacques, Scott y Richard Wright: "The Code of the Suburb and Drug Dealing", en: Francis Cullen y Pamela Wilcox (eds.): *The Oxford Handbook of Criminological Theory*, Oxford: Oxford University Press, 2012.

Jacques, Scott y Richard Wright: "A Sociological Theory of Drug Sales, Gifts, and Frauds", *Crime and Delinquency*, 60(7), 2014, 1057-1082.

Jacques, Scott y Richard Wright: *Code of the Suburb: Inside the World of Young Middle-Class Drug Dealers*, Chicago: University of Chicago Press, 2015.

Jacobs, Bruce: *Robbing Drug Dealers: Violence Beyond the Law*, Hawthorne: Aldine de Gruyter, 2000.

Jacobs, Bruce y Jody Miller: "Crack dealing, gender and arrest avoidance", *Social Problems*, 45(4), 1998, 550-569.

Jacobs, Bruce y Richard Wright: *Street Justice: Retaliation in the Criminal Underworld*, Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

Jacobs, Bruce y Richard Wright: *Code of the Suburb: Inside the World of Young Middle-Class Drug Dealers*, Chicago: The University of Chicago Press, 2015.

Jacobs, Bruce, Volkan Topalli y Richard Wright: "Managing Retaliation: Drug Robbery and Informal Sanction Threats", *Criminology*, 38(1), 2000, 171-198.

Katz, J.: *Seductions of Crime: Moral and Sensual Attractions in Doing Evil*, New York: Basic Books, 1988.

Katz, J.: "On becoming an ethnographer", *Journal of Contemporary Ethnography*, 48 (1), 2018, 1-35.

Katz, J.: "Hot Potato Criminology: Ethnographers and the Shame of Poor People's Crimes", *Annual Review of Criminology*, 2, 2019, 21-52.

Komter, Aafke: *Social Solidarity and the Gift*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

Levitt, Steven y Sudhir Venkatesh: "An Economic Analysis of a Drug-Selling Gang's Finances", *Quarterly Journal of Economics*, 115, 2001, 755-789.

Levitt, Steven y Stephen Dubner: *Freakonomics: A Rogue Economist Explores the Hidden Side of Everything*, London: Allen Lane, 2005.

López-Cedeño, Francisco: "La etnografía como obra literaria", *Claridades*, 7, 2015, 171-194.

Maher, Lisa: "Criminalizing Pregnancy: The Downside of a Kinder, Gentler Nation?", *Social Justice*, 17(3), 1990, 111-135.

Maher, Lisa: "Hidden in the Light: Occupational Norms among Crack-Using Street-Level Sex Workers", *Journal of Drug Issues*, 26(1), 1996, 145-175.

Maher, Lisa y Kathleen Daly: "Women in the Street-Level Drug Economy: Continuity or Change?", *Criminology*, 34(4), 1996, 465-491.

Maher, Lisa y Ric Curtis: "Women on the Edge of Crime: Cocaine and the Changing Contexts of Street-Level Sex Work in New York City", *Crime, Law and Social Changes*, 18, 1992, 221-258.

Maher, Lisa y Susan Hudson: "Women in the drug economy: a metasynthesis of the qualitative literature", *Journal of Drug Issues*, 37(4), 2007, 805-826.

Manning, Peter: "El trabajo de Egon Bittner", *Cuestiones Criminales*, 2(3), 2019, 187-206.

Mauss, Marcel: *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Madrid: Katz, 2012.

Mieczkowski, Tom: "The experiences of women who sell crack: some descriptive data from the Detroit Crack Ethnography Project", *Journal of Drug Issues*, 24(2), 1994, 227-248.

Miller, Jody: "Gender and Power on the Streets: Street Prostitution in the Era of Crack Cocaine", *Journal of Contemporary Ethnography*, 23(4), 1995, 427-452.

Miller, Jody: *One of the Guys: Girls, Gangs and Gender*, New York: Oxford University Press, 2001.

Mohamed, Rafik y Erik Fritsvold: *Dorm Room Dealers: Drugs and the Privileges of Race and Class*, Boulder: Lynne Rienner, 2010.

Mohamed, Rafik y Erik Fritsvold: "Under Cover of Privilege: College Drug Dealing in the United States", en: Damon Barrett (ed.): *Children of the Drug War: Perspectives on the Impact of Drug Policies on Young People*, New York: The International Debate Education Association, 2011, 91-103.

Møller, Kim y Sveinung Sandberg: "Credit and Trust: Management of Network Ties in Illicit Drug Distribution", *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 52(5), 2015, 691–716.

Møller, Kim y Sveinung Sandberg: "Putting a Price on Drugs: An Economic Sociological Study of Price Formation in Illicit Drug Markets", *Criminology*, 57(2), 2019, 289–313.

Morgan, Patricia y Karen Ann Joe: "Citizens and Outlaws: The Private Lives and Public Lifestyles of Women in the Illicit Drug Economy", *Journal of Drug Issues*, 26(1), 1996, 125-142.

Mullins, Christopher y Daniel Kavish: "Street Life and Masculinities", en: Jeffrey Ian Ross (ed.): *Routledge Handbook of Street Culture*, New York: Routledge, 2021, 183-193.

Murphy, Sheigla, Dan Waldorf y Craig Reinerman: "Drifting into Dealing: Becoming a Cocaine Seller", *Qualitative Sociology*, 13(4), 1990, 321-343.

Murphy, Sheigla, Paloma Sales, Micheline Duterte y Camille Jacinto: "A Qualitative Study of Ecstasy Sellers in the San Francisco Bay Area", Final Report to the National Institute of Justice, 2004.

Natarajan, Mangai: "Understanding the Structure of a Large Heroin Distribution Network: A Quantitative Analysis of Qualitative Data", *Journal of Quantitative Criminology*, 22(2), 2006, 171-192.

Page, Brian J. y Merrill Singer: *Comprehending Drug Use: Ethnographic Research at the Social Margins*, New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2010.

Pastor Armas, Álvaro: "El riesgo de ser un dealer: el involucramiento de jóvenes universitarios en el microcomercio de marihuana en Lima Metropolitana", *Debates en Sociología*, 43, 2016, 63-92.

Pearson, Geoffrey: "Normal Drug Use: Ethnographic Fieldwork Among an Adult Network of Recreational Drug Users in Inner London", *Substance Use & Misuse*, 36(1/2), 2001, 167-200.

Philips, Scott y Mark Cooney: "Aiding Peace, Abetting Violence: Third Parties and the Management of Conflict", *American Sociological Review*, 70, 334-354.

Piñeiro, Eleder y Carlos Diz: "El trabajo de campo como abandono: una reflexión sobre la metodología de la observación participante", *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1), 2018, 59-88.

Preble, Edward y John Casey: "Taking Care of Business—The Heroin User's Life on the Street", *International Journal of the Addictions*, 4, 1969, 1-24.

Rios, Victor: *Punished: Policing the Lives of Black and Latino Boys*, New York: New York University Press, 2011.

Rodríguez Alzueta, Esteban: "Consumo y delito: si no hay futuro hay joda", en: Esteban Rodríguez Alzueta (ed.): *Hacer bardo: provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*, La Plata: Malisia, 2016, 169-189.

Rodríguez Alzueta, Esteban: "Mucha falopa: mitos en torno al comercio de drogas ilegalizadas en los barrios más pobres", *Revista Cordón*, abril 14, 2022a.

Rodríguez Alzueta, Esteban: "Universos transas: ilegalismos y reproducción social", *Revista Cordón*, mayo 27, 2022b.

Rumpf, Cesraéa: "Decentering Power in Research with Criminalized Women: A Case for Photo-Elicitation Interviewing", *Sociological Focus*, 50(1), 2017, 18-35.

- Salmón Perrilliat, Esteban: "La empatía como metodología. Una receta contra el exotismo", *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, 152, 2017, 367-378.
- Sandberg, Sveinung: "Street Capital: Ethnicity and Violence on the Streets of Oslo", *Theoretical Criminology*, 12(2), 2008, 153-171.
- Sanberg, Sveinung: "The Importance of Culture for Cannabis Markets: Towards an Economic Sociology of Illegal Drug Markets", *British Journal of Criminology*, 52(6), 2012, 1133-1151.
- Sandberg, Sveinung y Heith Copes: "Speaking With Ethnographers: The Challenges of Researching Drug Dealers and Offenders", *Journal of Drug Issues*, 43(2), 2012, 176-197.
- Sifanek, Stephen, Geoffrey Ream, Bruce Johnson y Eloise Dunlap: "Retail Marijuana Purchases in Designer and Commercial Markets in New York City: Sales Units, Weights, and Prices per Gram", *Drug and Alcohol Dependence*, 90(1), 2007, 50-51.
- Small, Mario: "De-Exoticizing Ghetto Poverty: On the Ethics of Representation in Urban Ethnography", *City and Community*, 14(4), 2015, 352-358.
- Steffensmeier, Darrell y Emilie Allan: "Gender and Crime: Toward a Gendered Theory of Female Offending", *Annual Review of Sociology*, 22, 1996, 459-487.
- Sterk, Claire: *Fast Lives: Women Who Use Crack Cocaine*, Philadelphia: Temple University Press, 1999.
- Topalli, Volkan, Richard Wright y Robert Fornango: "Drug Dealers, Robbery and Retaliation: Vulnerability, Deterrence and the Contagion of Violence", *British Journal of Criminology*, 42, 2002, 337-351.
- Veblen, Thorstein: *Consumo ostentoso*, Buenos Aires: Mil uno, 2008.
- Venkatesh, Sudhir: *American Project: The Rise and Fall of a Modern Ghetto*, Cambridge: Harvard University Press, 2000.
- Venkatesh, Sudhir: *Gang Leader for a Day: A Rogue Sociologist Takes to the Street*, New York: Penguin, 2008.

Wacquant, Loïc: *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Wacquant, Loïc: *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*, Barcelona: Gedisa, 2010.

Whyte, William Foote: *La sociedad de la esquina: la estructura social de un barrio bajo italiano*, Madrid: CIS, 2015.

Willis, Paul: *Profane Culture*, Boston: Routledge, 1978.

Zaitch, Damián: "The Ambiguity of Violence, Secrecy, and Trust Among Colombian Drug Entrepreneurs", *Journal of Drug Issues*, 35(1), 2005, 201-228.

Zapata, Jeremías: *Entre el don y el ventajeo: motivaciones, prácticas y relaciones alrededor de usos de drogas ilegalizadas. Una etnografía en un barrio del conurbano bonaerense*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, En Prensa.